



Bailar al borde del abismo

GRÉGOIRE DELACOURT

Por el autor de *La lista de mis deseos*



MAEVA

D.J.57

GRÉGOIRE DELACOURT

Bailar al borde del abismo

Traducción:

ROSA ALAPONT



MAEVA

Índice

Bailar al borde del abismo
Índice
Dedicatoria
Cita
Primera parte. Brasserie André
Segunda parte. Pomme de Pin
Tercera parte. La ruta de los vinos
La cabra del señor Seguin
Notas
Agradecimientos
Créditos

Para *la chica sentada en el coche*; descubrí que también ella sabía unir
a las personas.

«Escribo para recorrerme.»

Henri Michaux, *Passages*

Primera parte

BRASSERIE ANDRÉ

—Contestaré que sí.

—Entonces, intentaré no equivocarme de pregunta.

71[1]

Recuerdo aquella embriaguez; de repente, el embeleso de los viejos abetos, que no habían visto nada tan bonito. Recuerdo que la recibieron como a una pequeña reina. Los castaños se inclinaban hacia el suelo para acariciarla con los ápices de sus ramas. Las flores de retama dorada se abrían a su paso y exhalaban el más grato aroma del que eran capaces. Recuerdo que toda la montaña la agasajaba y que, más tarde, al acercarse al borde de una meseta con una flor de codeso entre los dientes, había divisado abajo, al fondo de la planicie, la casa del señor Seguin, con el redil detrás, y que eso la había hecho llorar de risa y la había llevado a exclamar: «¡Qué pequeña es!, ¿cómo he podido aguantar ahí dentro?».

Un tanto achispada, se revolcaba por la hierba con las patas al aire, rodaba a lo largo de los taludes, hecha un batiburrillo con las hojas caídas y las castañas. Luego, de pronto, se levantaba de un brinco y, ¡hale hop!, allá que iba de nuevo, con la cabeza por delante, entre los matorrales y los arbustos, ya fuese por un pico o por el fondo de un barranco, hacia arriba, hacia abajo, por todas partes.

Era como si hubiera diez cabras del señor Seguin desperdigadas por la montaña, y entonces yo soñaba con ser una de ellas, con conocer a mi vez las grandes campánulas azules, las dedaleras color púrpura de largos cálices, todo ese bosque de flores silvestres desbordantes de jugos embriagadores.

Y cuando mi madre, o en raras ocasiones mi padre, me leía esa historia cruel, me echaba a llorar, no por el lobo, enorme, inmóvil, sino por el viento que de pronto empezaba a soplar.

Por la montaña, que viraba al violeta, por la tarde que caía.

Por el adverbio trágico que pronunciaba entonces Blanquita, el adverbio que ponía de manifiesto toda la imposibilidad de nuestros deseos, la ilusión de nuestras eternas beatitudes: *ya*.

Yo tenía siete años y sabía que *ya* se había acabado; que una vez rozadas, tocadas, apenas probadas, las cosas *ya* se desdibujaban, que solo subsistía de ellas un recuerdo, una promesa triste.

Casi treinta y tres años más tarde, como la cabritilla del cuento de Alphonse Daudet, había confiado en aguantar, al menos hasta el amanecer.

70

Hasta entonces, mis amaneceres habían tenido la tibieza de las caricias, en ocasiones del sol, o de las manos de mi marido, de mi sexo húmedo, un sotobosque, su remoto aroma a tierra.

Mis amaneceres habían despuntado a veces con las risas de nuestros hijos, ciertos domingos de primavera, con sus gritos cuando había nevado fuera y no querían ir al colegio porque preferían rodar por el manto blanco, dejarse llevar, caer en la humedad fría, hacer el muñeco de nieve más grande del mundo.

Hasta el momento, mis amaneceres habían sido los pequeños guijarros de una vida bien ordenada, de una vieja promesa, la de seguir los caminos trazados por otros que creían en las trayectorias perfectas o, en su defecto, en las mentiras piadosas. Mis próximos amaneceres se anunciaban ventosos.

Y uno de ellos, devastador.

69

Si tuviera que resumir en pocas palabras, como ante un tribunal o un médico, lo que sentí al principio, diría que urgencia, vértigo, abismo, goce, y añadiría que sentí dolor.

Dolor, en cierto modo.

Y en lo que respecta al final, al desastroso y bello amanecer, diría que paz, diría que alivio, diría también que vanidad, evasión, libertad, alegría, diría que un deseo desmedido, al igual que decimos amor desmedido.

Sí. Ante todo, un deseo desmedido.

68

Bondues.

Vivíamos en una gran casa blanca en el campo de golf de Bondues, a catorce kilómetros de Lille. Ninguna barrera, ninguna valla separaba las distintas propiedades; sin duda fue eso lo que llevó a mi marido a decir que no cuando nuestros tres hijos exigieron un perro –dos votos a favor de un labrador beis, uno a favor de un braco de Weimar azul–, prometieron ocuparse de él todos los días, ¡lo juramos! ¡Lo juramos! No, porque es evidente que el animalito podría escaparse.

Léa, la menor de nuestras hijas, deshecha en lágrimas, sugirió que lo podíamos atar fuera.

Entonces le hablé de Blanquita, con sus ojos de mirada dulce, su barbita de suboficial, sus pezuñas negras y brillantes, sus cuernos anillados y sus largos pelos blancos que la envolvían como una hopalanda, la linda cabra a la que habían encerrado en el establo completamente a oscuras, pero que logró escapar por la ventana que había quedado abierta. Léa se encogió de hombros, soltó un breve suspiro trágico, *ya*, y dijo: «Pero si lo queremos, no hay motivo alguno para que se escape».

Mi marido no me había atado ni encerrado y, sin embargo, yo estaba a punto de huir.

Y eso que amaba la acogedora comodidad de nuestra casa. Las arias de ópera que escuchábamos. El soplo del viento que en ocasiones acarreaba granos de arena de los búnkeres, así como el perfume delicado del mullido césped de los *greens*. Me gustaba nuestro viejo manzano del jardín y sus ramas bajas, como un gesto de cortesía. Los aromas de nuestra cocina, e incluso el de las cacerolas carbonizadas por las niñas, que preparaban con regularidad caramelo quemado. Me gustaba el olor de mi marido, tranquilizador y cálido. Sus miradas desenfocadas dirigidas a mi boca, a mis senos, el modo en que me amaba, educado, solícito, honesto y sincero, pese a los altibajos. Había amado su valentía cuando cayó enfermo, admirado su ausencia de rabia y, en aquella violenta odisea, apreciado mis insospechadas fuerzas.

Amaba a nuestras dos hijas y a nuestro hijo, sobre todo la idea de que podría matar por ellos, arrancarle con los dientes la carne a un animal vivo si se

estuvieran muriendo de hambre, enfrentarme a las tinieblas con tal de que dejaran de tener miedo.

Para terminar, quería a mi madre, pese a su resistencia a ver la realidad de frente y su elegante depresión. La manera en que pellizcaba el brazo a mis hijos cada vez que los veía, como para cerciorarse de que eran reales. Me gustaba acudir todos los días a la tienda, descubrir las sonrisas embelesadas de mis clientas cuando mis manos envolvían los paquetes para regalo y rizaban la cinta de satén con las tijeras. También me gustaba el orgullo de mi marido cuando cada seis semanas volvía con un coche nuevo, su aire de niño malo. El paseo al que entonces nos arrastraba, que en ocasiones se prolongaba hasta el mar, hasta Wimereux, Boulogne, Fécamp. Los sueños de viajes a los que los cinco nos entregábamos. Me gustaban los barcos y las cartas náuticas que nuestros hijos dibujaban en la arena, con largos palos carcomidos. Los mares de sus dibujos nos llevaban a islas donde no resonaba el desorden del mundo, donde ninguna duda desacreditaba nada, donde ningún nuevo deseo venía a destruir la felicidad presente.

Amaba mi vida.

Era una de esas mujeres felices.

67

Trataré de explicarme, sin pretender que me perdonen.

A lo largo de mi historia, intentaré devolver el encanto a la banalidad de una vida.

66

Aún no cumplidos los cuarenta. Bonita, sin llegar a quitar el hipo, aunque, cuando tenía diecinueve años y llevaba un corto vestido amarillo, un chico se empotró con el escúter contra un camión de reparto por no apartar la vista de mí.

Un matrimonio estable desde hace dieciocho años.

Algunas peleas, igual que el resto de nuestros amigos. Dos o tres platos rotos. Varias noches durmiendo en el sofá del salón. Reconciliaciones con ramos de flores y palabras tiernas envueltas en dulzura, como en una canción.

Alegrías inmensas, cósmicas: el nacimiento de nuestros hijos, su apacible infancia, sin mordedura rabiosa de labrador beis o de braco azul; una juventud sin estragos notorios, dejando aparte el hundimiento de cada uno de nosotros cuando mi marido volvió con la cabeza pelada tras varias semanas en el hospital.

De inmediato, Léa salió corriendo hacia su habitación en busca de rotuladores, de colores marrón, negro y gris, y dibujó cabellos uno a uno en el cráneo de su papá.

Las risas volvieron.

Por entonces yo trabajaba en una tienda de ropa, situada en el Vieux-Lille, para niños de entre cero y doce años; superada esa edad, las madres ya no pueden hacer nada, los críos lo saben todo. En cuanto a mi marido, Olivier, dirigía una enorme tienda en Villeneuve-d'Ascq para niños de entre dieciocho y noventa y ocho años: un importante concesionario BMW.

Por aquel entonces circulábamos en una especie de coche de carreras eléctrico. Él se sentía muy orgulloso. Solo cinco litros cada cien kilómetros, ¿te das cuenta? (No.) ¡Trescientos sesenta y dos caballos! (¿De verdad?) ¡De cero a cien en cuatro segundos con cuatro décimas! (Me dejas de piedra, querido.) Le preguntaban sobre el modelo en los semáforos en rojo y en los aparcamientos. Él los animaba a probarlo. La gente prometía ir a verlo, los ojos les hacían chiribitas.

Era un vendedor dotado. Brillante.

En su día me convenció de que era la mujer de su vida, cuando yo salía con otro. De hecho, su mejor amigo.

Siguieron siendo los mejores amigos.

Recuerdo una boda a la que nos invitaron, en Berru, cerca de Reims. Durante la cena, la novia se enamoró de la pareja de una de las damas de honor. Desaparecieron en la noche, montados en una moto. Jamás se los volvió a ver.

Aquella fuga me turbó, y durante mucho tiempo me hizo soñar.

Más adelante mi marido me convenció de que cada día estaba más guapa, pese a los años que pasaban inexorablemente, la piel que perdía su tersura, la ineficacia de los sérums antiedad. De haber querido, habría logrado venderme un coche que yo no necesitaba para nada.

De hecho, tenía previsto largarme a pie, llegado el momento.

Claude Sautet.

Siempre me han encantado sus películas. Su humanidad femenina. Las trayectorias de su cámara, que uno sigue como si se tratara de los efluvios de un perfume de mujer, o de la embriaguez de un licor junto a la barra de un bar saturado de humo, neblinoso.

Te propulsan a la alegría, a un deseo nuevo y devastador. Captan esas miradas tan elocuentes sobre el inmenso apetito de las mujeres, sobre la urgencia de los cuerpos. Exponen las manos que encienden un cigarrillo con una sensualidad turbadora, casi con desesperación; las pieles que se rozan, eléctricas, voraces, jamás saciadas, los brazos que se abren, los cuerpos que se lanzan, se sumergen y salen de nuevo a la superficie, dichosos, a veces agotados.

Rozan los labios aplastados por el carmín, por las mordeduras, las sonrisas, las carcajadas fuertes como hombros masculinos, toda esa vida chillona y virtuosa, con el ruido de los cubiertos impactando en la porcelana de los platos, las jarras de vino de vidrio barato golpeando la mesa, con las notas de un *pinball* como ruido de fondo, que evoca la arritmia de un corazón, o las de una *jukebox*, Hurricane Smith, Billy Paul o Led Zeppelin y Philippe Sarde.

Fue ahí, en un decorado similar al de una película de Sautet, en el ajetreo de una *brasserie* a la hora de la comida, con el ruido de la vajilla y la algarabía de las conversaciones, donde mi vida dio un vuelco.

Donde vi a aquel hombre.

Nadie, ni siquiera nuestros conocidos, habría podido adivinar entonces que yo estaba a punto de modificar definitivamente el curso de su vida, como tampoco habrían podido predecir que él iba a hacer descarrilar la mía.

El rostro de un hombre que ignora que una mujer lo mira, que casi lo desea, resulta en ocasiones conmovedor.

En ese momento no se ubica en ningún *género*, ni postura –seducción, simulación, dulzura, amenaza–, sino que se halla en el corazón mismo de su sinceridad, de su naturalidad, probablemente de cierta inocencia.

Aquel rostro desnudo, sincero, que dejaba al descubierto una servilleta de algodón blanco, me turbó indeciblemente, me arrancó por un instante de la quietud de mi vida dichosa, de su tranquilizadora comodidad, y me acercó lo más posible a un fuego nuevo.

La chispa misma del deseo.

De nuevo me encuentro allí.

Deja sobre la mesa el tenedor de plata, de mango pesado, abollado, se seca delicadamente la boca con la servilleta de algodón blanco adamascado, antes de dar un sorbo de agua.

Lo primero que veo es su boca. Sus labios. Luego el hoyuelo que le hunde la mejilla. Mis ojos recorren el hoyuelo, un surco que conduce a los suyos. Sus ojos son luminosos y claros, ribeteados de pestañas negras, muy espesas. Es casi un sortilegio.

De repente se echa a reír con sus amigos. No oigo su risa porque está lejos de mí, solo veo esa alegría que aflora, que embellece el mundo, y una descarga eléctrica brota, imprevisible, en mi bajo vientre, me quema, me abre, y el frío, el viento y las tormentas se abalanzan sobre mi invisible, mi insospechada falla.

Todo en mí tiembla y se trastorna.

Voy a tambalearme.

Tengo la sensación de que mis dedos se hunden en la madera de la barra para evitar una caída.

Mis primeras emociones de adolescente afloran a la superficie, sofocantes, centuplicadas por mi apetito de mujer adulta, mi conocimiento de los vértigos.

Me siento mal.

Me siento afectada. Todavía hoy, cuando todo ha quedado atrás y mi cuerpo y mi alma se han inflamado desde entonces para no volver a apagarse jamás, el recuerdo de aquel irreprimible arrebató de deseo sigue siendo la cosa más desgarradora de mi vida.

Ese día, él ni siquiera me vio.

Ese primer día.

Se marchó con sus amigos sin siquiera tomarse el tiempo para un café. Pagaron la cuenta a medias. Él gritó «Hasta mañana», y al día siguiente volví.

Brasserie André, en el número 71 de la calle de Béthune.

La clase de hombre que hace que una mujer lo abandone todo.

Transcribo aquí la secuencia de los hechos tal como se desarrollaron. No comentaré lo irreprimible de mi deseo, sin duda hay que buscarlo en el territorio de lo sagrado.

Únicamente aspiro a desarmar la mecánica del desastre. A comprender por qué, más adelante, herí para siempre el corazón de aquellos a quienes amaba.

Creo que uno se da de bruces con el amor debido a algún vacío en su interior. Un espacio imperceptible. Un hambre jamás colmada.

Es la aparición fortuita, unas veces encantadora, otras brutal, de una promesa de saciedad lo que despierta la percepción, lo que ilumina nuestras carencias y pone en tela de juicio las cosas hasta entonces consideradas como dadas e inmutables –matrimonio, fidelidad, maternidad–, esa aparición inesperada, casi mística, que en el acto nos revela a nosotros mismos, en igual medida que nos asusta, nos hace abrir las alas hacia el vacío, aviva nuestro apetito, nuestra urgencia de vivir, porque si bien dábamos por supuesto que nada dura para siempre, de pronto tenemos la certeza, al igual que la de que no hay recuerdo alguno que podamos llevarnos, ninguna caricia, ningún sabor de piel, ningún sabor de sangre, ninguna sonrisa, ninguna palabra obscena, ninguna indecencia, ningún envilecimiento: bruscamente descubrimos que el presente es la única eternidad posible.

Fue la miopía de mi marido, y en consecuencia su mirada extremadamente dulce, benévola, la que me alimentó al principio, la que me colmó y embelleció.

Fue la manera en que aquel hombre, en una *brasserie* de Lille, se secó los labios con una servilleta blanca, meticulosamente, la forma en que la servilleta resbaló, sensual, como una sábana que se desliza, desvelando su boca, una jugosa fresa, las que me hicieron tomar conciencia de mi grado de apetito.

Yo no quería un amante. Ansiaba un vértigo.

Al día siguiente volví a la calle de Béthune.

Y eso que dudé antes de entrar en la *brasserie*, estuve a punto de desistir. Por entonces era una mujer casada, una madre realizada; seguía siendo una mujer amada, una mujer fiel. ¿Por qué exponerme ante un desconocido, intentar que reparase en mí? ¿Por qué aquel hormigueo en los dedos? ¿En las puntas de los senos?

Mi madre tenía palabras severas para definir a esa clase de mujeres. Decía «una perdida». Decía «una depravada». «Una mujer de la calle», porque «puta» es una palabra malsonante.

Entré. Pese a los anatemas. Pese a los escupitajos.

Reparé en él de inmediato, más allá de los clientes ruidosos, de los encuentros discretos, de los camareros mecánicos que poseen el odioso don de estar ciegos cada vez que los necesitas.

Esta vez estaba solo y nuestras miradas se cruzaron.

La suya más bien por accidente, de hecho, por desconfianza, como cuando te sientes observado. Algo animal.

Luego se dulcificó al ver mi rostro y percibir la ausencia de amenaza cuando captó mi turbación.

Me apresuré a bajar la vista, y me pareció que mis mejillas se habían ruborizado.

Un rubor de confesión, ya.

Cuando de nuevo busqué que nuestras miradas se cruzasen, creo que sonreía, pero hoy ya no estoy tan segura, tal vez fue algo más tarde cuando lo hizo, en el momento en que me aparté un mechón de pelo para despejar mi rostro, del mismo modo que entreabres un vestido para revelar la palidez de la piel, una dulzura, trazar un surco.

De repente hubo algo felino entre nosotros. Algo elástico, fluido.

Nuestras miradas jugaban, se habría dicho que seguían una pelota invisible; siempre se posaban allí donde se las esperaba, como un estremecimiento, en el hombro, en el cuello, en la frente, la oreja, la mejilla, en la boca todavía no, ni en la mano, y luego la pelota rebotaba en puntos más precisos: el lóbulo de una oreja, el borde de la ventana de una nariz, el *Bósforo de Almásy*,^[2] y por fin los labios, y por fin los dedos, y los suyos eran largos y finos, y sentí calor, y

supongo que él también lo sintió, entonces mis ojos se posaron de nuevo en su boca, que tan delicadamente se había secado la víspera, se instalaron allí como una cabeza en el hueco del brazo, se posaron en la fresa jugosa, rebosante de sangre espesa, ardiente, y me entraron ganas de morder esa fresa, ganas de beber esa sangre, ganas de salpicaduras, de marcas, de cicatrices, me entraron ganas de besar su boca, no a él aún, no al hombre, solo de devorar su boca.

Jamás habría podido imaginar lo que nos ocurrió más adelante; nadie habría podido.

Después de eso, no volvió a mirarme.

Se acabó el plato sonriendo. Dio unos sorbos a la copa de vino, luego pidió un expreso cargado, sin dejar de sonreír; dijo *espresso*, como un italiano. Y su sonrisa fue su primera palabra, y entonces me sentí una mujer deseada.

Trastocada.

Fue aquel silencio turbador lo que primero me invadió, para después colmarme. Me gustó aquella suspensión. Aquel vacío. Por un instante disfruté de no ser ya nada, tan solo una mujer sentada a la barra, ante una taza de té, ante una porción de tarta del día sin tocar. Me gustó que no se levantara, que no se acercase a mí, que no pronunciara unas primeras palabras banales, manidas, ¿un café?, muy amable, muchas gracias, pero la verdad es que no, gracias, tomo té, y no me echo azúcar, cuido mi línea, ¿te gusta Brahms?, me recuerdas a alguien. Porque en ocasiones las primeras palabras que hacen zozobrar son brutales, impacientes y hermosas, me gustaría hacer el amor contigo, me gustaría beber en tu vientre, me gustaría huir contigo, devorarte, pero no se pronuncian, están agazapadas en el silencio, escritas en esa mirada que ya no se posa en ti y que, sin embargo, te adivina mejor que nada, mejor que tú misma, esa mirada ausente que te ve, te conoce ya, íntimamente; se trata de una sensación casi dolorosa.

Fue exactamente en el momento en que dejó de mirarme, cuando sus ojos ya no me hablaron y me convertí de nuevo en una mera posibilidad, una mujer entre otras, cuando supe que me entregaría a él si me lo pedía, que me rendiría como alguien vencido y le permitiría conquistar mis sombras y que nos perdiéramos en su deseo.

Entonces me levanté, salí, no percibí su mirada en mi espalda, en mi nuca, en mis nalgas, no sentí quemazón alguna, no me volví, y sonreí para mis adentros, como sin duda él debía de estar haciendo a su vez, en el mismo instante, ante su *espresso* cargado, el asa de la tacita gruesa y caliente entre sus finos dedos, que yo soñaba con que se posaran en mi cuello y lo oprimieran suavemente hasta hacerme perder la cabeza.

Mi aturdimiento.

Mi pérdida.

Ya en la calle, caminé como una borracha, dividida entre las ganas de correr, de huir, las ganas de tender los brazos para que me salvaran, me arrancasen del naufragio anunciado, y las de reír y bailar. Sin embargo, fueron las lágrimas las que brotaron, y por primera vez tuve miedo y frío, como cuando caminas por una cresta estrecha y sabes que, ocurra lo que ocurra, vas a caer.

Que se acabó.

58

Dormir con mi marido y pensar en otro.

Sentir el peso del cuerpo de mi marido. Oír sus ronquidos y pensar en otro. Percibir la agitación de mi marido, sus gemidos, sus ruidos sofocados, y pensar en otro.

Sentir los latidos de mi corazón y de mi miedo. Escuchar cómo azota mi sangre. Dejar que me tiemblen las piernas. Deslizar la mano hacia el centro de mi deseo y pensar en otro.

Morderme la boca para callarme, para desmenuzar el nombre desconocido de otro. Para degustarlo, como un zumo.

El goce es un vagabundeo nocturno.

57

Mi trabajo.

Yo estaba hecha, creo, para las palabras, para los libros, las notas musicales y la danza, las cosas impalpables que nutren la existencia, trazan nuevas perspectivas, dibujan otras proporciones, todas esas cosas que erigen nuestros muros y agrandan nuestra vida.

De adolescente soñaba con librerías, con filmotecas o con un trabajo en la Ópera, aunque fuese de acomodadora, de vendedora de programas, pero tras mis estudios en la Universidad Católica, seis meses de prácticas en una librería de la cadena Furet du Nord y tres semanas en la librería Tirloy, solo había encontrado un puesto en Cofinoga.

Que detesté de inmediato.

Durante casi dos años, vendí dinero a un precio terriblemente alto a personas que no lo tenían y, sin duda, no lo tendrían jamás. Con voz melosa y el corazón desbocado, les prometía la luna, les prometía días mejores tras la adquisición de determinado sofá, determinada pantalla plana gigante, una preciosa libertad con un coche en particular, una motocicleta. Y cuando las amenazas empezaron a inundar sus buzones porque ya no podían hacer frente a los pagos, porque se estaban arruinando, porque chillaban sin que nadie los oyera, y el agua no tardaba en ahogar sus gritos, comencé a sentir vergüenza, una vergüenza sorda, repugnante, definitiva, que me hizo agarrar el teléfono, llamar a todos mis clientes para pedirles perdón y aconsejarles que hicieran valer el artículo R 635-2 del Código Penal relativo a la venta forzosa.

Me marché deshecha en lágrimas y no volví nunca más.

Menos de diez meses más tarde nació Manon. Nuestra primera hija. Un parto fácil, precedido de un embarazo dichoso, tranquilo, bañada en las óperas que me gustaban, sumida en las nuevas novelas del momento, Sijie, Carrère, Raspail, Maalouf, Claudel. A veces despertaban en mí un remoto deseo de escribir, pero mis tres maternidades en seis años, la insaciabilidad de mi marido, sin duda algunos temores sobre mi talento y, más tarde, la necesidad de un trabajo remunerado, lo habían relegado al olvido. Es una carencia que no me ha hecho sufrir, puesto que leer también es escribir. Una vez cerrado el libro, lo prosigues.

Antes de los acontecimientos que cambiaron el curso de nuestras vidas, trabajaba, como he dicho, en una tienda de ropa, al principio como una sustitución que solo debía durar un tiempo y se había eternizado. Pasaron los meses. Luego un año. Y otro más. Tenía la autoestima por los suelos, al estar apoltronada en la pasividad de una vida, incapaz de tomar las riendas, adormilada por la resaca de la mediocridad. Me vaciaba de mí misma. Me ahogaba por no poder emprender el vuelo. Palidecía, y a veces Olivier se preocupaba, entonces hablaba de pasar algunos días fuera, en España, Italia, los lagos, como si la profundidad de estos pudiera engullir mi melancolía. Pero no íbamos, porque estaban los niños, porque estaba el concesionario y también porque había acabado por meterme todas las frustraciones en el bolsillo, cubiertas con un pañuelo, como me había enseñado mi madre. Sufrir en silencio, qué negación de uno mismo.

La propietaria de la tienda, aquejada de una displasia fibrosa de los huesos, quería venderla. Por un momento, mi marido se planteó adquirirla para montarme una librería, pero consideró que la superficie era muy pequeña y el

emplazamiento peligroso, mientras que yo lo habría ampliado tirando paredes, lo habría arriesgado todo.

Un día, una señora entró y me pidió algo para un recién nacido. Un niño. Pero que no sea muy caro, es para la hija de la mujer de la limpieza, ¿comprende?, ah, y le gustan los colores vivos. Eligió una camiseta blanca con un tomate rojo, pero de un rojo vivo, casi fluorescente. Doce euros. Oh, vaya. En Auchan, por ese precio te llevas además los pantaloncitos de peto. Pues entonces vaya a Auchan, señora. Es que me queda lejos, confesó, cansada.

Cuando se fue, con su bonito envoltorio de regalo en la mano, teclé una carta de dimisión, la imprimí y, tras firmarla, la metí en un sobre; cerré la tienda y fui a comer a la calle de Béthune, como en lo sucesivo haría casi a diario, hasta el final. Por el camino, eché el sobre en un buzón, como quien cuelga los hábitos.

Sabía que no me echaría atrás.

El hombre de la *brasserie* André me había removido cosas, incluso había roto algunas, había despertado varias de mis urgencias, anestesiadas por la quietud de mi vida.

Me había reavivado.

Una minúscula chispa puede incendiar miles de hectáreas de bosque, y una simple piedra desviar el curso de una corriente, volverla de pronto alegremente impetuosa.

56

«Incluso parece –y que esto quede entre nosotros, Gringoire– que un joven rebeco de pelaje negro tuvo la buena fortuna de agradar a Blanquita. Los dos enamorados se perdieron en el bosque una o dos horas, y si quieres saber lo que se dijeron, ve a preguntar a las fuentes parlanchinas que corren invisibles entre el musgo.»

55

Y al igual que una fuente parlanchina, sus labios pronunciarán más tarde palabras nuevas, límpidas como el agua clara de las montañas que serpentea entre las piedras: le gusta mi aspecto triste. Le gusta mi melancolía.

Es ese esplín lo que lo trastorna.

La fragilidad de una hoja en el viento, dice. Le entran ganas de tender la mano, de abrir los dedos, de atraparme.

De repente necesita a esa desconocida de un restaurante, tiene ansia de ella. Se convierte en una razón de vivir, en un deseo de rapto.

Más tarde, sus palabras serán precisas. Tus abismos me atraen, me son necesarios.

Mi melancolía.

Su boca sigue sonriendo, y abandono la *brasserie* con una sensación de ligereza. Me siento glotona, y apetitosa. Me siento guapa.

Hay hombres que te encuentran guapa y otros que te vuelven guapa.

Y más allá, en la calle, me pongo a bailar.

54

Si tuviera una fotografía de ese hombre, en ella veríamos a alguien de elevada estatura, cabello oscuro, ojos claros, pestañas largas y espesas, el hoyuelo enloquecedor... Pero eso ya lo he dicho.

Descubriríamos una silueta elegante, flexible. Bajo la ropa de calidad, adivinaríamos un cuerpo robusto, unos brazos fuertes y, sin duda, incluso un poquitín de grasa acogedora en la cintura, una piel suave, con remoto aroma a café, a azúcar caliente, a tabaco rubio y a hierba recién segada. Percibiríamos a un hombre luminoso, curioso y discreto. Sospecharíamos en él gestos tiernos y precisos, y tal vez en la fotografía se alisaría una ceja con el dedo corazón, con expresión soñadora, un toque de feminidad. Descubriríamos a un hombre de belleza clásica, una belleza sin edad, a un tiempo grave y juguetón; un rostro, más tarde, hecho para las arrugas y toda la felicidad que comportan.

Y si pidiéramos a los observadores de la imagen una palabra, una sola, para definir a ese hombre, calificar su esencia, a sus labios afloraría la misma en todos los casos, idéntica y grave, como una ola a los pies del mundo.

El encanto.

53

Me gustaría hablar de las lágrimas.

En aquella ocasión, instantes después de haber dejado mi trabajo en Cofinoga, caí redonda en la acera. Como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos de golpe. Lo inextinguible de mis lágrimas resultaba aterrador. Dos personas se ofrecieron a ayudarme. Una tercera, a pedir una ambulancia.

–Todo va bien –logré balbucear–, Olivier va a venir a recogerme. Olivier es mi marido.

Lo había llamado hacía unos minutos, justo antes de la vergüenza que me había aniquilado, la avalancha que me había hecho chocar contra mí misma, arrastrando heridas imperceptibles. Estaba en una reunión de formación con sus vendedores. Al sonido de mi voz, lo había dejado todo, había saltado, imagino, al coche más rápido disponible y había venido a recogerme. Detuvo el vehículo medio subido a la acera, con un amenazador chirrido de frenos, como los policías en las series americanas que le encantan a nuestro hijo. Corrió hacia mí, me tomó en sus brazos, besó, bebió mis lágrimas, susurró con voz aterrorizada: dime que no te pasa nada, por favor, por favor, Emma. Me limité a pedirle que me acompañase, llévame a casa, te lo ruego.

Seguí llorando en el coche. Las lágrimas se deslizaban por el cristal de la ventanilla. Intentaba secarlas, pero mis manos empapadas las extendían en lugar de eliminarlas. Me disculpé por ensuciar un coche sin estrenar. Él sonrió. Entonces dijo: puedes ensuciarlo cuanto quieras, mientras te haga bien, nos importa un bledo, no es más que un cacharro, mira, mira, y escupió en el parabrisas frente a él, y yo me eché a reír, y luego se sacó un rotulador del bolsillo y empezó a hacer grafitis en el salpicadero de cuero claro, a escribir nuestras iniciales, a rodearlas de un corazón, intenté sujetarle la mano, estás loco, Olivier, para, para, y él reía, reía, no es más que un cacharro, Emma, lo importante eres tú, que estés bien, así que me tragué las lágrimas y nuestras risas se fundieron en una sola.

La idea de hacer daño a alguien que un buen día corrió a salvarte resulta dolorosa.

Olivier no volvió al concesionario esa tarde, pese a que tenía una cita importante relativa a una licitación pública para una flota de automóviles. Nos quedamos en nuestra acogedora casa –aún seguía en obras, pero ya nos sentíamos bien en ella–, abrazados largo rato, tendidos en el sofá.

Más tarde sirvió vino en copas grandes para los dos. Un L’Oppidum de Château-Saint-Baillon. Con aroma a violetas. Después puso el CD de *Agripina*,

la ópera de Händel que tanto me gusta, y cuando, en el acto III, Otón canta su fidelidad a Popea: «No, no, no aprecio que tú, mi dulce amor, tú sola me fascines, mi corazón es tuyo por entero»,⁽¹⁾ y ella se le entrega por fin, de nuevo empecé a sollozar. Esta vez se trataba de unas lágrimas diferentes, dulces, cálidas y gruesas; eran las lágrimas de mis trece años, cuando escuché en la radio mi primera ópera, *Orfeo y Eurídice*, en compañía de mi madre, y la vi estremecerse varias veces a causa de la voz de castrado de Orfeo.

Entonces le pedí a Olivier que me hiciera el amor. Me tomó brutalmente. Fue muy rápido, un adolescente torpe. Después se disculpó.

–Me has asustado.

Es esa brutalidad la que ahora me viene a la mente. Ese momento en que me arañó, sin que la marca apareciese de inmediato.

También me vuelve este otro momento de lágrimas.

Tengo veinte años. Olivier, veinticuatro.

Hace poco me ha hablado de esas cosas bonitas que hacen que a las chicas les dé un vuelco el corazón, y me ha recogido como si fuera un ramillete, unas cuantas flores pálidas, todavía no eclosionadas del todo.

Mis pudores siguen crispándome la piel cuando sus labios la tocan. Siempre cierro los ojos. Mis manos se aventuran poco, de manera que él las guía. Aprendo la textura de la piel, el frío de los estremecimientos, el aliento cálido y breve, la sal en el cuello, en la nuca, en el pecho, y a veces los aromas hacen que me dé vueltas la cabeza.

Sin embargo, esa noche su rostro se encuentra en mi bajo vientre y con las manos me agarra con firmeza las nalgas, sus uñas hieren, cuando de pronto me levanta y me acerca a su boca, como una copa balón de licor. Me abre y me bebe, hunde la lengua, sus dientes aferran mis carnes, me hace daño, lo rechazo con viveza, pero su cabeza se vuelve entonces más pesada, mis dedos lo agarran del pelo, tiran, rechazan, pero él aguanta, no me oye, no escucha mi ausencia de ese deseo concreto, continúa, voraz y caníbal; entonces surgen imágenes que no me gustan, que no son propias de nosotros, que no somos nosotros, no soy yo, no soy yo ese cuerpo sajado, tragado, no es a mí a quien está haciendo eso, sino a un sexo de mujer, un sexo cualquiera, una mujer indeterminada; se trata de mi primera humillación, una herida que el tiempo no cauterizará, haber sido carne en su boca, carne común y corriente, de cualquiera.

Mis primeras lágrimas con mi marido datan de ese día.

Buscando el origen de mis errores, descubro con amargura que los sufrimientos jamás quedan profundamente sepultados, que nuestro cuerpo nunca es lo bastante vasto para enterrar en él todo nuestro dolor.

Escrúpulos... o *delicadeza moral*.

Abandonar a mis hijos. Hacer pedazos su juventud. Fulminar a Manon, nuestra primogénita. Traicionar a mi marido. Decepcionar a nuestros amigos. Volver loca de pena a mi mejor amiga. Matar a mi madre a fuego lento. Huir como una criminal. Convertirme, a mi vez, en una cualquiera. Egoísmo, egoísmo, egoísmo.

Debía volver a casa ya. Darme una ducha helada. Olvidar su mirada. Borrar las zonas de mi cuerpo donde la había posado desde que habíamos empezado a observarnos. No volver nunca a la calle de Béthune. No sentarme jamás a su lado ni decirle algún día que me gustaría conocer su voz, que estoy preparada para ello. No oírle decir nunca su nombre de pila, hablarme de su vida ni estar tan cerca de él como para percibir los latidos de su corazón, el hervor de la sangre en sus venas.

Tal vez debería haber confesado mi deseo a Olivier, pedirle que me ayudara a sofocar ese veneno, a averiguar cómo diluirlo en la dulzura de nuestra vida cotidiana, en nuestra acogedora vida matrimonial, pedirle perdón.

Iba a tener que luchar para que nada de aquella tormenta anunciada me sobreviniese, para que ningún rayo amenazara con destruir lo que éramos entonces.

Una familia feliz.

Recuerdo lo que me enseñó mi madre: el deseo surge al ir conociendo al otro, y ese conocimiento, Emmanuelle, lleva al amor.

Para ella, el amor es un sentimiento razonable, incluso construido, puesto que define toda una vida, desde el tamaño de un sofá hasta el lado que ocupas en la cama, el número de hijos, la capacidad de cerrar los ojos (como los camareros de un bar). Con el tiempo, de hecho bastante pronto, me dije que esa creencia había sido inventada para aquellas que tendrían que contentarse con amores mediocres,

con leves deseos no inflamables.

Las madres nos enseñan paciencia, esa prima educada de la renuncia, porque saben que entre el deseo y el amor se hallan las mentiras y las capitulaciones. El deseo no dura toda la vida, me dijo un día.

Tampoco el amor, le contesté. Yo creo en la primera mirada, mamá. Creo en la primera impresión. Creo en el lenguaje de la carne. En el lenguaje de las miradas. En el vértigo. En el flechazo.

–Eso en lo que crees, hijita mía, conduce al sufrimiento.

Pues qué se le va a hacer.

50

«A partir de ese momento, la hierba del redil se le antojó insípida. El aburrimiento hizo su aparición. Adelgazó, empezó a escasearle la leche. Daba pena verla tirar todo el día de la cuerda, con la cabeza vuelta hacia la montaña, las ventanas de la nariz dilatadas, diciendo “¡Beee!” con tristeza.»

49

Una iglesia italiana. Siciliana, en concreto. Al final de una carretera larga y recta. A ambos lados del camino, campos. Y en los campos, jornaleros trabajando. Cuando empieza la escena, suenan las campanas, la puerta de la iglesia se abre y los novios salen por ella. Vuela el arroz. Los ramilletes describen arcos en el aire. Risas. Besos.

Los novios suben a un automóvil enorme, que ahora circula a la velocidad de un hombre que camina bajo el sol del mediodía a lo largo de los campos. Los jornaleros levantan la cabeza. Algunos saludan. Otros aprovechan para enjugarse el rostro y beber un poco de agua o de vino. La pareja sonrío, lanza besos de vez en cuando y ella algunos pétalos. De pronto, algo más allá, en los trigales, el bellissimo rostro de una joven rubia se vuelve hacia el coche. Mira al novio y este clava la vista en ella. Es una mirada indescriptible. Una hoguera. Un fin del mundo.

Entonces todos comprenden al mismo tiempo que él.

Que se trata de ella.

La joven de los campos.

El amor de su vida.

El profesor que dirigía en clase de segundo el taller sobre cine al que me había apuntado sonrió al leer el guion del cortometraje que yo había imaginado y, tras algunos comentarios, concluyó: «Emma, confundes el amor con el deseo»; me catalogó de trágica. Me puse colorada. La clase prorrumpió en carcajadas.

Pero yo seguía creyendo en el flechazo.

48

Vuelvo allí casi todos los mediodías, y casi todos los mediodías ahí está. Con amigos, o colegas del despacho, no sé. A veces está solo, cada vez más a menudo, a decir verdad. Se sienta de manera que pueda observarme cómodamente mientras como en la barra. Los hoyuelos hacen que parezca sonreír incluso cuando no sonrío.

Nuestras miradas siempre se rozan, se empujan, entrechocan.

A veces las suyas me atraviesan, y esa sensación me turba, me altera la respiración.

Las mías acarician, buscan la dulzura y la sal de su piel.

Todavía no nos atrevemos a acercarnos.

Cuando me mira, oigo mi corazón como oía el de mis hijos durante las ecografías, un sonido invasor, un redoble de tambor que lo cubre todo, amenazador y alegre a la vez.

Cuando me mira, me parece no tener ya el vientre ajado tras las maternidades, las estrías han desaparecido; me parece no tener ya las primeras canas, las arrugas, las ojeras, los lunares de color sospechoso, sino tan solo una piel perfecta, luminosa, tersa, desnuda, completamente desnuda, me parece convertirme de nuevo en una muchacha de dieciséis años, una chiquilla, eso es, de esa edad en la que todavía no da miedo saltar al vacío, porque crees, y lo creerás durante algunos años más, en la suerte, en los ángeles y en el amor.

Me mira y me siento desnuda en medio de la gente.

Al salir de la *brasserie*, noto sus ojos clavados en mi cuello, en mi espalda, en mis riñones. Son dos brasas allí depositadas, a merced de los deseos, dos quemaduras que me consumen lentamente, hasta bastante después de haber vuelto a casa, de haber besado a mis hijos, de haberme acostado al lado de mi marido.

Y en el silencio de la noche, me pregunto cuáles serán sus primeras palabras.

47

Recuerdo una canción sobre el deseo desmedido de una esclava de harén.

Ansiaba ser muda y casi sorda, para que su amo la acunase con palabras. «Palabras que recuerdan el mar / Palabras que dejan ver a su través / Palabras de amargura y de amor / Palabras tiernas y palabras fuertes.»⁽²⁾

Ahora que todo ha terminado, comprendo ese deseo de arrastrarse.

A veces, todavía me arrastro hacia él.

46

Sophie.

Sophie es mi amiga absoluta. *Absoluto*: sin restricción ni límite. Con ella hago las escapadas a París todos los meses, la Cinémathèque –Mackendrick, Cavalier, Zampa, Lang, Sarafian–, el Museo de Orsay y Cartier, el mercado Paul-Bert en el rastro de Clignancourt. Con ella, las toneladas de libros. Con ella, de vez en cuando, la violencia de las óperas, la ligereza de los ballets.

Con ella, mis risas locas y todos mis secretos.

Sophie sabe. Conoce mi sinceridad, la profundidad de mis lagos y la evasión de mi alma. Mis fugas, cuando sucumben las heroínas de las óperas que me gustan, Cio-Cio San, Mimí, Rusalka.

También sabe cuándo se me funden los plomos.

–Esta vez te has pasado –me había dicho–. Bastante, diría yo. Te hago un resumen. Pierdes la cabeza por un tío que se ha secado la boca en un restaurante, cosa que, dicho sea de paso, no tiene nada de excepcional, solo demuestra que está bien educado. Vuelves a verlo todos los días, o casi, a la hora de la comida. Durante más de tres semanas, ni una palabra, tan solo miradas de cordero degollado, ojeadas lamentables, sonrisas ruborizadas. Bailas en la acera, no tardarás en cantar a Juliette Gréco. Dentro de poco te sentarás a la mesa contigua a la suya. Hablaréis por primera vez, a menos que él sea mudo. No te atreverás a mirarlo. Él tampoco, imagino. Otro tío casado. Su voz, tenga la que tenga, te producirá estremecimientos. La compararás con la de Sami Frey. O la de

Maurice Ronet. Voces que poseen carne. Carne de gallina, pollita mía. Y entretanto, me telefoneas. Desquiciada. Con boquita de piñón: pero ¿qué me está pasando, Sophie querida? Tienes un nudo en el estómago. Y acudo. Como siempre. Dicho sea de paso, gracias sean dadas a la amiga perfecta. Aquí estoy, y te veo frente a mí, deja de sonreír, pareces idiota, como a los dieciséis años, en la época de tu diario de nenita, sí, sí, de nenita, te recuerdo que estabas muy enamorada de Jean-Christophe Tant, aquel moreno guapetón que solo sabía tocar con la guitarra *Juegos prohibidos* y *La Maison bleue*, menudo rollo (no podíamos más, le habíamos conseguido partituras de los Beatles y de Django Reinhardt), cállate, te recuerdo que te querías morir porque él no te miraba, y que eso te provocó un feo brote de acné, y ahora, incluso sin acné, aunque te lo merecerías, me encuentro a mi amiga débil, incluso indefensa. –Guarda silencio un instante y luego prosigue, con voz más grave–. De todos modos, no irás a dejar a Olivier por eso. A abandonar a tus críos. Tu vida. Después de todo lo que habéis vivido. Su enfermedad. La inmensa valentía de los dos. Si se te ha ido la pinza, puedo llevarte unos días a Madrid. Nos tomamos unos Bacardí con naranja, besas a dos o tres chicos guapos, si te apetece, y sobre todo, sobre todo, te dejas allí la debilidad, volvemos y te reintegras en tu pequeña y genial familia. Voy a tomarme otro café, ¿te pido uno? Y haz el favor de empezar por borrar esa sonrisa bobalicona. Te lo ruego. Camarero, dos cafés.

Absoluta.

Entonces le hablo de la teoría de la mancha, mi metáfora del deseo.

Al principio, la mancha es minúscula, un puntito imperceptible, en muy mal sitio, exactamente como una salpicadura de salsa de tomate en una blusa blanca, ineludible, justo a la altura del corazón. El deseo es esa mancha que aparece allí donde hace más daño. Cuanto más tratas de quitarla, cuanto más frotas, más se extiende. Se convierte en una obsesión, visible para todos, hasta volverse indeleble. Hasta acabar formando parte de ti. La resistencia no hace sino aumentar el deseo. Se apodera de ti.

En un susurro, Sophie me tildó de loca.

En un susurro, le dije que sí, que estaba loca, lo cual me hizo sonreír.

Luego volví a la vieja película de terror que en su día habíamos visto juntas; de hecho, los chicos no hablaban de otra cosa en el instituto: *La invasión de los ladrones de cuerpos*. Adoptó una expresión perpleja, y tuve que recordarle aquellas vainas que duplicaban a todos los habitantes de una pequeña población y los convertían en seres que de repente habían perdido el juicio.

–Ese es el verdadero deseo, Sophie, el deseo con D mayúscula. Cuando ya no

sabes quién eres y, pese a ello, sigues siendo feliz.

Repitió que estaba loca.

–Probablemente confundes loca con enamorada, Sophie querida.

Se cabreó. Yo era una egoísta. Caprichosa. Inconsciente. La peor de las madres. La amiga más desalentadora que cupiera imaginar. En pocas palabras, una inmensa decepción. Una calamidad. Después se tranquilizó.

–Yo no llego a nada con los hombres –dijo–. Tres matrimonios y otra vez estoy sola. En cambio, lo tuyo con Olivier es..., es... –Buscaba las palabras–. Es hermoso. Habéis sobrevivido juntos. Eso es. Todos os tienen envidia, aunque el trabajo de vendedor de coches no sea precisamente santo de mi devoción, porque hace que las conversaciones por la noche resulten limitadas, pero esa no es la cuestión; los dos convertís en hermosa la idea que uno se hace de una pareja, de una familia. No puedes destruir todo eso, Emma.

Resulta sorprendente, en ocasiones, la vida que los demás te atribuyen. La manera en que se cuentan tu historia.

Unas palabras sobre el vino.

Cuando empezamos a salir juntos, a Olivier le gustaba citarme en bares de hotel, mucho más chics que un café, decía, y además servían vinos finos, de calidad, no esos vinos peleones de las tabernas. Por entonces frecuentábamos los bares de L’Hermitage Gantois, de Le Couvent des Minimes, donde me hacía degustar Château Mac-Carthy, Chorey-Lès-Beaune, Aloxe-Corton y tantos otros, pidiéndome que se los describiera. Yo no conocía el léxico adecuado, y una noche, de un Cornas potente que me evocaba un recuerdo de tierra, un ruido de rocalla, le dije, tras haber paladeado el vino, que tenía notas de pezuña, de anca, y tal vez incluso un toque de piel de animal, un cuero fuerte, un pelaje recio; él prorrumpió en carcajadas y luego me acarició el rostro, su mano era cálida, eres tan sorprendente, Emma, tan auténtica, y a partir de esa noche, en el Bar de la Table, del hotel Clarence, empezamos a desarrollar entre nosotros una terminología de los vinos, que hablaba también de nuestras impaciencias, de nuestros apetitos: tiene un perfume de sábanas, un aroma de transpiración en las nalgas, una nota de beso, el olor de un vientre, una exhalación de lujuria, una comezón de vestido arrancado, y nos íbamos, embriagados, a hacer el amor, a degustar los sabores ardientes de nuestra piel.

Después el tiempo cumplió su función, las palabras se precisaron y los deseos se calmaron, entonces aprendí que Cornas, en celta, significaba «tierra quemada», que ese vino poseía una capa de un rojo muy oscuro, con reflejos violáceos, casi tinieblas, que era uno de los que tenían más cuerpo de toda Francia, que desprendía aromas de frutos negros, con un toque final a especias y regaliz, pero que no tenía notas de pezuña, ni de anca, ni de piel de animal de pelaje recio, y nuestra pareja empezó a parecerse a las demás y a diluirse en el vocabulario del mundo común y corriente.

44

«El señor Seguin se daba perfecta cuenta de que a su cabra le pasaba algo, pero no sabía lo que era...»

43

Cuando un día a la hora de la comida mi marido se reunió conmigo en la *brasserie* André para comer rodeados de la elegancia de los paneles de roble oscuro, el delicado suelo embaldosado, los manteles blancos, el servicio de plata pesada, las gambas a la plancha con pastís, regadas con una copa de Pagus Luminis 2011, de las bodegas Louis Chèze –es franco en boca, dijo Olivier, con notas de pezuña y anca, añadí, y él sonrió, una nostalgia fugaz–, me las arreglé para que el hombre me viese, para que pudiera seguir codiciándome.

Ese día, al posar los cubiertos, mi marido me dijo que me encontraba muy guapa *hoy*, y me dio las gracias por ello.

La vergüenza, de repente.

Solté el tenedor como si fuera un hierro candente y cayó sobre las baldosas con un ruido nítido, aparté el plato, le dije a Olivier: llévame a casa, no me encuentro muy bien, de hecho, nada bien, entonces se apresuró a pagar la cuenta, espérame, voy a buscar el coche, vengo enseguida, ahora vuelvo, en su voz se leía el miedo, el espanto y la aterradora belleza del dolor de los hombres. Me quedé sola unos minutos, el otro me miraba preocupado, sus ojos claros me interrogaban, pero agaché la cabeza, entorné los párpados, me ahogaba, la piel me ardía, y era por la vergüenza de traicionar a Olivier, la vergüenza de

rebajarme a aquel juego idiota, miraditas, seducción, vértigo, arrobamiento, no todo era perfecto en nuestra vida, pero tampoco se merecía eso, no mi infamia, seguía habiendo tanto amor, tantos espacios posibles, tanta exaltación..., y de pronto la puerta de la *brasserie* se abrió de nuevo, bruscamente, el aire abofeteó mi palidez, me pellizcó las mejillas, Olivier me besó, me arrastró fuera, me acomodó en el coche y circuló a toda prisa hasta nuestra casa, hasta la casa blanca en la linde del campo de golf, la casa sin perro amarillo ni perro azul, con un viejo manzano en el jardín, de ramas bajas y lisas, con libros de arte sobre la mesita de cristal del salón, y tres hijos, tres hijos felices, circuló a toda prisa mientras me preguntaba qué me pasaba, mi lividez lo asustaba y su espanto tenía connotaciones infantiles y conmovedoras, y apoyé la mano en su rodilla, a fin de apaciguarnos a los dos, y su suspiro era cálido y ronco, el suspiro de un hombre tranquilizado, y entonces me sentí cubierta de brea y de inmundicia, ya no me reconocía, en qué minúscula persona me había convertido, capaz de tamaña indignidad, una rana de zarzal que abandona sus huevos, una mantis religiosa, un lodo, un torrente de lodo, un gusano, y vomité en el bonito coche nuevo.

Premonición.

Manon acababa de terminar la lectura de una novela corta cuya protagonista, Natalie Wood, se ahoga al caer de un barco, ante los ojos de su marido y de su amante.

¿Por qué tuvo tantas aventuras, mamá? ¿Por qué se casó dos veces con Robert Wagner? ¿Por qué los que te quieren pueden dejar que te ahogues? Y ver cómo te ahogas. Tal vez hasta haberte empujado al agua. ¿Significa eso que un único amor no puede colmar una vida? ¿Que ser solo dos acaba por volverte triste? ¿O una mala persona? ¿Tú conociste a muchos chicos antes de papá? ¿Por qué lo elegiste a él precisamente? ¿Has tenido alguna vez ganas de abandonarlo? ¿Por qué uno abandona a alguien? ¿Por qué la pena puede llegar a imponerse?

Mi bebé de dieciséis años. Que ya se hacía preguntas de adulta.

Preguntas insolubles, que constituyen la razón del porqué de las novelas, y su insolubilidad, del porqué de las penas.

Me limité a tomar sus manos entre las mías. Se las besé. Y le dije que cada pregunta contenía en sí misma su propia respuesta. Que había tantas verdades como personas sobre la faz de la tierra. Que jamás dejaría de quererla, ocurriera

lo que ocurriese.

Suspiró. Dijo que le daba respuestas de vieja. Que era una nulidad. Algo indigno de una madre.

No tardaría en darte todas mis respuestas, Manon.

41

Uno siempre trata de comprender por qué las cosas dan un vuelco. Sin embargo, cuando lo descubres, ya estás al otro lado.

40

—Ahora me gustaría mucho oír tu voz. Estoy preparada.

Ese día había comido solo. Al ir a pagar la cuenta, pidió un segundo café. Un *espresso*. La mesa justo al lado de la suya había quedado libre, de manera que abandoné la barra donde solía comer y me senté a su lado, en la banqueta oscura. Menos de un metro nos separaba ahora. Ambos mirábamos al frente. ¿Acaso de repente teníamos miedo? De estar tan cerca el uno del otro. De tener por fin la posibilidad de tocarnos. De sentirnos. De experimentar. Un olor real. Un perfume. La finura de los dedos. La elegancia de una prenda. Éramos dos corredores, cada cual en su calle, mirando fijamente algo a lo lejos.

El objetivo.

Un camarero se acercó a recoger la mesa de delante de mí. Tomó mi pedido. Esperé a que lo trajera antes de atreverme a hablar, y ahora sé que mi desconocido esperaba a que empezase. La primera frase es siempre la más difícil. Como en un libro.

Di un sorbo de Perrier y dije, muy bajito, mientras seguía con la vista clavada en el menú del ventanal, a pocos metros de nosotros:

—Ahora me gustaría mucho oír tu voz. Estoy preparada.

—Me llamo Alexandre. Estoy casado. No tenemos hijos. Y hace tres semanas que pienso en ti.

Me gusta su voz, una voz de actor, singular y cálida. Me gusta su cadencia, un tanto lenta. Los movimientos femeninos de sus manos cuando habla.

Me gustan muchas cosas ya, desde hace tiempo.

(Hay cosas que no se pueden contar en pasado. Digo *me gusta* porque eso me permite seguir con él, despreocupada, en el momento de nuestra primera conversación, eternizarla; me permite estar de nuevo henchida de esperanza, al principio de una nueva vida; el presente es un estado de gracia. Ahora que ha llegado el amanecer, que el ronco canto del gallo me llega desde una alquería, la conjugación me devuelve al lugar mismo de mi conmoción, la destila una vez más en mis venas, como un licor con el que te entran ganas de dar vueltas.)

–Desde hace tres semanas también yo me siento muy turbada. Cuando abandono este lugar, bailo en la acera y la gente se ríe. Estoy casada.

–Y tienes hijos.

–Tres.

–Tres.

–Del mismo padre.

–He perdido algo de apetito.

–Lo había observado. Y tomas más café.

–Cuando no apareciste el miércoles pasado...

–Me retuvieron en la tienda a causa de un pedido...

–... no me sentí bien. No pude comer nada. Tuve miedo de que no volvieras nunca.

–He vuelto.

–Te habría buscado.

–Habría vuelto.

–Habría recorrido todos los restaurantes a la hora de la comida, todos los cafés. Y si no te hubiera encontrado, habría puesto a un detective tras tu pista. No, a diez. También habría sobornado a todos los camareros, a todas las cajeras de las tiendas de la zona, y a los últimos policías de barrio.

Me hace reír.

Me siento bonita cuando río.

–Y me habrías descrito como a una loca que todos los días viene a observar, incluso a espiar, a un hombre casado que come con sus amigos o sus compañeros de trabajo.

–Compañeros de trabajo. Te habría descrito como a una mujer muy bonita de cabello castaño, ojos claros, de un verde agua, todavía en la treintena, de aire un tanto triste, melancólico, de una gravedad que me entenece de un modo indescriptible. Habría añadido que probablemente eres una mujer fiel, un poco sola dado que no tienes a nadie con quien comer.

–Fácil. Seguro que habrían encontrado a dos o tres mil mujeres que se

corresponden con esa descripción.

–Pero tú habrías figurado entre ellas.

–Tal vez. Sin duda. Me habrías encontrado. ¿Y qué me habrías dicho entonces?

–Nada más que lo que nuestras miradas y nuestros silencios se confiesan desde hace tres semanas.

–Me siento turbada, Alexandre. Soy una mujer fiel y pese a todo pienso en ti. Me gusta que tu mirada se clave en mi espalda cuando abandono este lugar.

–Me gustan las frases que leo en tus ojos.

–Tengo la sensación de que ya me conoces. A veces me siento desnuda. Se trata de una sensación agradable, pero al mismo tiempo muy incómoda.

Aprecio el que no nos miremos, que no vea mi rostro ruborizado.

–Descubro todas mis carencias cuando me observas.

–No busco una aventura.

–Tampoco yo busco una aventura.

El corazón se me embala un poco. Saco aire de lo más profundo de mí misma:

–¿Es preciso vivir las cosas cuando es igualmente hermoso limitarse a soñarlas?

Ahora es él quien sonrío.

–Pasolini, en *El Decamerón*. Hace el papel de un discípulo de Giotto que al final de la película se pregunta por qué realizar una obra cuando es igualmente hermoso limitarse a soñarla.

–Eso no contesta a mi pregunta. Solo demuestra que tienes buena memoria.

–Es una pregunta triste.

–Es la respuesta la que sería triste, Alexandre. Por cierto, tienes una boca bonita.

–Tú tienes una sonrisa preciosa.

Rectifico.

–Discúlpame.

–Pero ¿por qué?

–Lo de la boca. Ha sido demasiado íntimo.

–Ha sido halagador. Y, en cierto modo, ya somos íntimos.

–Sí.

–Creo que a los dos nos apetece, pero no debemos mirarnos.

–No debemos hacerlo en absoluto. No desde tan cerca. Sería muy peligroso.

–De hecho, desde que te has sentado aquí, no dejo de mirar la puerta de entrada, aquella. Me la sé de memoria. Se abre desde el interior cuando la

empujan, y desde el exterior cuando...

–Yo miro el dorso del menú, en el ventanal. Resulta bastante aburrido.

Un camarero se acerca a recoger nuestras mesas. La *brasserie* se ha vaciado.

–Imagino que ahora nos toca levantarnos. Cada cual por su lado. Regresar a nuestro trabajo, con nuestros compañeros. Y esta tarde volver a casa.

–Volver a casa. –Bajo la vista–. Sufrir. Mentir. Soñar.

–Pensaré en ti.

–Yo pienso en ti por la tarde, y por la noche.

–No logro conciliar el sueño.

–Lo sé.

–De noche tengo frío.

Me encuentro en el mismo estado que la primera vez en que oí el dúo de *Tristán e Isolda*. Me siento a un tiempo en el infierno y en el paraíso. Mi mano ansía tocar la suya. Él pregunta:

–¿Qué nos pasa?

–Lo que andábamos buscando, supongo.

–¿Lo has encontrado?

–Eso creo.

–¿Y te da miedo?

–Hace tres semanas no. Ahora sí.

–Un rayo puede caer dos veces en el mismo sitio.

–Sí. De hecho, eso es lo aterrador.

–Ahora voy a levantarme. Y me iré.

–Te veré marcharte, Alexandre. Te miraré la espalda.

–Trataré de decirte hasta mañana con mi espalda.

–Mis ojos te pedirán que te quedes.

–Estoy aquí por ti.

Desearía retenerlo, prolongar esta gracia ligera, entrelazar nuestros dedos, incendiarlos hasta reducirlos a cenizas. Me gustaría que fuera posible limitarse a soñar las cosas, pero el soplo del viento no imprime caricias ni mordeduras en la piel, la carne no pesa nada si no nos aplasta, no nos sofoca, no nos colma; en este momento presiento la violencia del amanecer, de manera lejana, difusa, presiento ya el fin, que nace en el momento mismo en que todo empieza. *Ya*. Como en la carta de Alphonse Daudet a Pierre Gringoire, esa fábula amarga en que el violento amanecer llega tan deprisa, en que la última frase hace añicos todas las esperanzas.

«Entonces el lobo se arrojó sobre la cabrita y se la comió.»

Y mientras me pregunto por qué a todos nos gusta meternos en la boca del lobo, me doy cuenta de que tiendo más la cabeza, el corazón, como para ser más fácilmente devorada.

–Mañana te diré mi nombre, Alexandre. Mañana contestaré que sí.

–Entonces, intentaré no equivocarme de pregunta.

Me marché con él ese día, ligera, ofrecida, y me quedé allí, pesada, inmóvil, con la cabeza llena del sonido de su voz. Carne de gallina, pollita mía, como se burlaba mi amiga Sophie días atrás.

Me quedé allí. No fui a reabrir la tienda.

Me quedé allí, sola, en ese tiempo curioso, brumoso, de los bares entre la hora punta de la comida y la indolencia del té de la tarde. Los camareros recogieron las mesas. Un hombre pasó la escoba. Después se reunieron junto a la barra de madera. Contaron las propinas. Hicieron montoncitos con las monedas y los escasos billetes. Se repartieron el botín y se miraron la palma de la mano como quien observa su línea de la suerte. Algunos salieron a fumar. Rieron.

Yo me quedé allí. Sola.

Con su voz.

El calor que había emanado de su cuerpo aún permanecía en la banqueta. Un remoto aroma a regaliz y a tabaco subsistía tras su partida. Veía de nuevo el baile de sus dedos gráciles, que habían tocado aquella mesa, aquella taza de café, de loza gruesa, que un día me acariciarían el cuello, la nuca, me rozarían la espalda, los senos, muy fugazmente.

Me quedé a solas con nuestras primeras palabras, a un tiempo banales y espectaculares, y con todas las demás, las palabras ocultas entre las palabras, que confirmaban ya nuestro apetito, nuestra indecencia, así como algunas gratas opacidades.

Me veo de nuevo sola aquel día.

Me veo de nuevo observándolo mientras se levanta y despliega su larga silueta –otra mujer también lo estaba mirando, me sentí orgullosa, elegida, preferida–, oigo otra vez que el corazón se me embala.

Recuerdo la humedad de mis manos, la savia que fluía, tibia, en mi bajo vientre, habría querido que volviese, que me embistiera como un toro furioso y me tomase en sus brazos y me besara y hundiera la lengua en mi boca y hurgase

hasta el corazón, pero también me gustó que no volviera, me gustó que la espera se prolongase, se eternizase, me gustó que me dejara allí, que casi me abandonara, siempre sola, durante algún tiempo, en aquel estrecho dique que seguía resistiendo, aquel dique que separaba la paz de la emancipación.

Bailaba al borde del abismo.

No era el miedo a caer lo que hizo que me salieran alas, era la caída en sí. Su caída, que de repente había conferido a Blanquita las fuerzas para redoblar sus cornadas mientras las estrellas se apagaban una tras otra. Mi caída, que debía de estar escrita desde el primer día, antes de Olivier, antes de los niños. Era tal vez su amor lo que me había hecho desear este otro, lo que me había conducido a él. Al mismo tiempo sentía vergüenza, me consumía.

–¿Le ocurre algo, señora? –me preguntó de pronto una camarera–. ¿Desea algún licor? Tenemos uno de pera Guyot ecológica extraordinario.

–Gracias.

Me sentía extenuada de deseo.

38

Me siento extenuada de deseo, escribe Marguerite Duras.

37

Mi amiga Sophie tenía razón; ella *siempre* tiene razón.

Había pasado a ser una Juliette Gréco.

Al salir de la *brasserie*, con un aroma a licor de pera en los labios –picante, como un primer beso–, canté *Déshabillez-moi*, canté *Jolie môme*, canté *L'Amour flou*.

En la acera, un anciano solicitó mi mano. Se la tendí. Me hizo dar vueltas. Una figura de vals. Un giro a la derecha. Seis pasos. Uno-dos-tres. Cuatro-cinco-seis. Se echó a reír. Dijo: gracias, señorita, y me soltó la mano, que echó a volar hacia Alexandre, se posó en su boca, y sus labios degustaron mis dedos.

Cuando llegué a casa, Manon estaba histérica. Había llamado por lo menos diez veces a la tienda. También su padre había estado ilocalizable toda la tarde. Quería preguntarnos si podía irse de fin de semana al mar, a casa de su amiga

Aurélie Cohen; ahora ya era demasiado tarde, su amiga se había ido, por vuestra culpa voy a pasar un fin de semana de mierda, y además la nevera está vacía, ¡vivo en una casa que es un desastre, una nulidad! Traté de estrechar a mi hija entre mis brazos, se resistió, pero acabó resignándose. Nuestros corazones latían el uno contra el otro. Mis labios se posaron en su cabello oscuro y percibí su suavidad. Olía a almendras, junto con un leve aroma a tabaco rubio. Murmuré unas palabras que ella no podía oír. Entrelazó las manos a mi espalda. Nos sentíamos bien. Luego, apaciguada, preguntó en un susurro si podíamos pedir unas pizzas y ver una película juntos esa noche, los cinco, como antes. *Como antes*. ¿Acaso presentía que algo iba a dejar de ser como antes, o incluso que ya no lo era?

Dije que sí a lo de las pizzas, que sí a la película.

Una *calzone*. Dos margaritas. Una de champiñones. Y una hawaiana. *Billy Elliot*, ciento diez minutos de felicidad. Como antes.

Más tarde, en nuestra cama, Olivier quiso hacerme el amor.

36

«Las perdía a todas del mismo modo: una buena mañana, rompían la cuerda, se iban a la montaña y allí el lobo las devoraba. Ni las caricias de su amo, ni el miedo al lobo, nada las retenía. Al parecer, eran unas cabras independientes, que ansiaban a cualquier precio el aire libre y la libertad.»

35

Por la noche te miro y veo tu espalda, inmensa y desnuda.

Veo las oleadas de caricias posibles. La finura de tus dedos, sus promesas enloquecedoras.

Siento el viento que nos empuja, los olores castaños, aroma de café, de grosellas, y oigo tu risa de hombre, grave y profunda.

Por la noche, me caliento con el calor de tu boca.

Veo los estremecimientos de mi piel cuando te contemplo. Veo el frío que se apodera de mí. Veo mi apetito. Me noto las costillas y los huesos. Experimento mis vacíos aterradores.

Por la noche, percibo lo que mi deseo ha hecho de mí.
Una loca.
Una mujer perdida.

34

Mi madre.

Ya lo he dicho: pellizca el brazo a mis hijos cada vez que los ve, para asegurarse de que son *de verdad*.

Deseaba diez hijos, solo me tuvo a mí. Durante mucho tiempo me reprochó que no hubiera permitido existir a los otros nueve. Poco después de mi nacimiento le diagnosticaron una endometriosis que le provocó una infertilidad secundaria y, con ella, el fin de sus sueños de familia numerosa, de casa ruidosa, de olor a chocolate por las mañanas; la enfermedad se llevó lejos sus sueños de diez cumpleaños anuales, de habitaciones en desorden, de baños para dos, para tres, de bañera que se desborda, de inundaciones y risas locas, de rabetas y alegres reconciliaciones, los niños inextricablemente mezclados como ovillos de lana.

Cuando un hijo pierde a sus padres, se dice que es huérfano. Cuando un hombre pierde a su mujer, que es viudo. Pero ¿qué palabra puede definir a una madre que no ha tenido los hijos con los que soñaba?

¿Es posible curarse de lo que uno no puede nombrar?

A mi pesar, la había privado de su vida ideal, y lejos de colmarme diez veces más de amor, se lo había guardado dentro. Lo había sepultado. No obstante, logró resurgir tras el nacimiento de cada uno de mis hijos, y cuando decidí que bastaba con tres, me tildó de egoísta; para ser exactos, empleó el adjetivo «mezquina». Pese a todo, nuestra relación siguió siendo cortés, distanciada. A su lado había tenido una infancia decente. No olvidaba ninguno de mis cumpleaños, ni siquiera ahora. Y hasta donde puedo recordar, siempre me leyó un cuento por la noche, me inculcó el gusto por los libros y las heroínas. Conociéndola, uno habría apostado por mujeres amables y prudentes, cándidas y puras; pues de eso nada: me leía la hermosa y aterradora historia de Blanquita y del lobo enorme, la de la ingenua Claudine de Colette, me abría los ojos a las peligrosas y embriagadoras frivolidades de la Lily Bart de Edith Wharton, me deleitaba con las mentiras y los éxtasis de Madame de, de Louise de Vilmorin, y sin saberlo, a menos que fuera más temeraria de lo que yo creía, de lo que todos creíamos,

difundía ya en mí esos sentimientos que un día habrían de perderme, las grandes borrascas, como el deseo de dejar que triunfara la violencia del deseo, hasta el punto de perderlo todo por un instante de eternidad efímera. ¿Acaso mi madre me había preparado para conocer los vértigos y los sueños que se había negado a sí misma? ¿Había querido destilar en mí el veneno de la carne a fin de castigarme por haber convertido en estéril la suya? ¿O bien, por el contrario, trataba de abrir ante mí algunos caminos de libertad, puesto que a veces en la desobediencia reside la salvación?

Me enseñó a mostrar buenos modales en la mesa, a comportarme correctamente en sociedad, a no alentar el deseo de los hombres. Durante la adolescencia, me hizo vestir ropa clásica en lugar de atrevida, envolviendo mi bonito cuerpo en paquetes anticuados. No le gustaron mis primeros ligues. Los encontraba descarados o interesados, o sencillamente vulgares. En cambio, adoró de inmediato a Olivier, quien, como futuro comercial brillante, poseía el don de adaptar su encanto a cada situación; le encantaban sus modales, su manera de interesarse por ella, de escucharla, y cuando le hablaba de cosas que él ignoraba –Giotto, Romberg o la delicadeza del punto de Palestrina–, asentía con la cabeza, casi religiosamente, un hijo perfecto; la complacían sus sueños: todavía no era concesionario de automóviles, no, le hablaba de su período de prácticas en Pierre Fabre Médicament, de su deseo de trabajar para mejorar la vida de la gente, vaya, vaya; vio en Olivier al yerno ideal, le dio su bendición cuando él todavía no me había pedido nada.

Con los años –esos años indolentes, quietos, perdidos en el salón, pasados a la espera de un caballero que no llegaría–, la coraza de mi madre se había resquebrajado ligeramente. Había incorporado palabras más ligeras a su refinado vocabulario. Cambió varias veces de peinado, del casco austero a lo Mireille Mathieu al *brushing* virtuoso a lo Farrah Fawcett, probó varios tintes bastante favorecedores. Su risa alcanzaba notas más altas, aunque seguía siendo breve. Y un día me estrechó entre sus brazos para decirme, por fin: Emmanuelle, tampoco estoy tan decepcionada de tenerte como hija. Ese día, evidentemente, lloré. Ese día le perdoné mi fría infancia, porque, para poder sobrevivir, tarde o temprano debes hacer las paces con quienes habrán de convertirte en huérfana y hacerte sufrir. Por lo demás, había vuelto al *bridge*. Organizaba encuentros con amigas; dos veces al mes, bien entrada la noche (con galletitas de regaliz y de rosa para picar), debatían sobre los cautivadores libros de Gavalda, la elegancia literaria de Ruffin, el fascinante talento de Kasischke o de Oates. También venía con más regularidad a Bondues. Los niños la adoraban. Louis y ella veían las series

Broadchurch y *True Detective*. Estaba al corriente del estreno, para el que faltaban dos años, de *Star Wars: El despertar de la fuerza*. Ayudaba a Léa en lengua, a Manon en matemáticas y a mí a cocinar, actividad en la que seguía tildándome de retrasada (nunca me ha salido bien el suflé). Jamás se recuperó de la muerte de mi padre, que consideraba una traición: un hombre no debe abandonar a su mujer, repetía. ¿Y si es la mujer la que se marcha?, le pregunté un día mientras preparábamos crema quemada con achicoria y azúcar moreno (uno de los postres favoritos de Olivier, por supuesto).

–¿Y si es su mujer la que se va?

Entonces me miró con una expresión que no le conocía, un aire trágico, y me susurró:

–Eso es harina de otro costal, Emmanuelle.

Y ese día adiviné su dolor por haberse quedado, su rabia jamás manifestada y sus apetitos jamás colmados. Mi madre se había sacrificado, había preferido la prudencia de la paz al furor de las penas de amor.

Se había sumido en los libros en lugar de refugiarse en los brazos de los hombres.

Mi padre.

Hablo de él por separado porque no recuerdo haber visto juntos a mis padres a menudo. En las fotos de boda, evidentemente, donde apenas sonríen. En algunas celebraciones familiares. En el coche, las escasas veces en que íbamos juntos a algún sitio. Por la noche, los fines de semana, ella hojeaba en el salón libros de arte, fumando, escuchando a Romberg, Debussy, Meyerbeer, y él se encerraba en su despacho, donde no nos estaba permitido entrar. (Hubo un tiempo en que se contaba que el Capitán, el padre de la escritora Colette, se encerraba todo el día en un despacho supuestamente para escribir una novela. Pasó años allí. A su muerte, no encontraron una sola hoja.)

Mi padre era guapo. De una belleza sombría. Durante mucho tiempo trabajó en los Ateliers Mécaniques de Valenciennes, diseñando máquinas y herramientas que sustituían el trabajo manual de los hombres. Y también sus lesiones. Por la noche volvía tarde –nosotras ya habíamos cenado– y, después de que mi madre me leyera un cuento, si aún no me había dormido, venía a depositar un beso punzante en mi frente, a veces acompañado de una esperanza: ¿qué dirías de

atravesar Estados Unidos en autobús este verano, o de visitar el zoo de Anvers para ver un tigre, Emma, un tigre de verdad?, porque le encantaban los tigres desde Shere Khan, el único animal del libro de Kipling que no mentía, el único que asumía que los humanos no le gustábamos; es una fiera magnífica, que come hombres, pequeñas presas, todos somos presas diminutas para un tigre, Emma, chuletas, solomillo, quedan menos de cuatro mil en el mundo, así que hay que darse prisa, mi niña, decía con una mezcla de atracción y espanto, todo desaparece tan deprisa..., y querría mostrarte el miedo de un hombre, el mío, a fin de que lo encuentres hermoso y no lo consideres una cobardía, no hay vergüenza en ser vencido, y me eché a temblar porque en ese mismo instante comprendí que sabía, el cuerpo que renuncia, la piel que se enfría, los dientes que tiemblan, el principio del fin, *ya*; entonces rectificó: en lugar del zoo y el tigre, podríamos emprender la ascensión de la Barre des Écrins, o bien, sin esperar al verano, este miércoles, sí, el miércoles por la tarde después del colegio, podrías reunirte conmigo en la fábrica, te enseñaré una máquina con la que fabricaremos lentes de contacto de colores.

Sin embargo, esas promesas corrían parejas con su tristeza por nuestra fallida vida juntos, siempre había que dejarlas para más tarde a causa de un accidente en una fábrica, un brazo arrancado, un dedo cortado; a causa de un proyecto urgente, secreto; tal vez incluso a causa de su pena, inmensa y devastadora, que le había devorado el vientre de manera concienzuda, milímetro a milímetro, durante años, pérfidamente, sin dolor, y cuando una noche sintió como si la punta de un cuchillo de carnicero se le hundiera en el páncreas, todo acabó. Su pena estribaba quizá en no haber sabido amar a mi madre como ella habría querido: tener un marido atento y, por qué no, dominante, padre de diez hijos, una especie de capitán Von Trapp solícito, generoso y lleno de ingenio, tener un hombre para ella, capaz de arrancarla del salón donde se aburría, pese a los libros y la música, y llevarla a otra parte, a una isla, a una laguna del color de las lentes de contacto, o incluso mucho más cerca, pero por sorpresa, a un baile del 14 de Julio, y hacerla dar vueltas en la pista, susurrarle palabras de golfo, palabras que humedecen la piel, los labios, y luego aplastarla contra un árbol, poseerla como a una muchacha, y que los dos se dejaran llevar por esa ola, alta y poderosa, que de repente arrastra los rencores, los silencios, todas las frustraciones de una pareja cuya fantasía se ha gangrenado con el tiempo.

Pocas semanas antes de morir le había pedido perdón. Aunque sin explicar por qué. En cuanto a mí, no tuve tiempo de decirle que no sería un tigre el que me asustaría y me fascinaría cuando fuese mayor.

Sería un lobo.

32

Mis hermanos y hermanas.

Había imaginado que éramos cinco chicos y cinco chicas. Les hablaba. Jugaba con ellos. Los amaba. Les había puesto nombre. Christophe. Sébastien. Cédric. Arnaud. Jérôme. Stéphanie. Nathalie. Séverine. Céline.

Jamás se lo había confiado a nadie hasta hoy.

31

En *La aventura*, Anna, interpretada por Lea Massari, se atreve a rechazar a su novio diciéndole que siempre lo ensucia todo.

Acto seguido desaparece.

Me gustó que el guion no nos aclarase su desaparición. Y sobre todo que no la encontraran nunca.

Por supuesto, en 1960, en Cannes, la película había sido abucheada... por los hombres.

Fue Lea Massari quien me inspiró el nombre de nuestra segunda hija.

30

Me vienen a la memoria los últimos días interminables de mi padre. Lille. El centro Oscar-Lambret. Un gran edificio de ladrillo, casi coquetón, plantado en un césped impecable en el que de vez en cuando la gente lloraba, con el rostro oculto entre las manos.

Mi madre me llevaba todas las mañanas, entre el aseo y el almuerzo de las once y media –filete de pescado escuálido, puré, compota de manzana, media botella de Cristaline–, pero de repente, un día, ya no se sintió con fuerzas para verlo. Se había despedido de él. No había llorado. Fue en ese momento cuando él le dijo:

–Te pido perdón.

En adelante fui sola. Las enfermeras me sonreían, ah, aquí está nuestra princesita. Me contaban patrañas. Hoy se encuentra mejor. Ha comido bien. No está confuso. Ha preguntado por ti, y por tu mamá. Una mañana en que no estaba confuso, me cogió la mano y me echó el aliento para calentarla, pero era la suya la que estaba fría. Me susurró:

–Apágame.

Entonces lo estreché[3] con fuerza contra mi pecho, lo había entendido mal.

29

La idea de dejar que se vayan aquellos a quienes amamos posee la violencia de un crimen.

28

Sé que un día estaré sentada en alguna parte y, como si me hallase delante de un río, miraré navegar ese deseo que me ha extenuado, ese apetito de un hombre.

Miraré cómo echan a volar esas cenizas, como ínfimos jirones de piel bailando alegres en el viento.

Miraré las lágrimas que pasan.

27

–Tengo una tienda de ropa para niños. Pero no será por mucho tiempo.

–Yo soy periodista de *La Voix du Nord*. Escribo en la sección de cultura.

–Lo siento, rara vez leo la prensa. A veces escucho las noticias en la radio.

–Puedo decirte lo que ocurrirá hoy, si quieres.

–Estoy impaciente.

–El cantante Cali actúa esta noche en el Aéronef. Sale una novela muy buena de Isabelle Autissier. Y una nueva biografía de Pierre Richard. ¡Ah! Y la anulación del permiso para construir la pocilga de Heuringhem va a ser audienciada, sí, ya sé, una palabra fea, en el tribunal administrativo de Lille.

–No me importa no haber puesto la radio esta mañana.

Bajo la vista un instante.

–Y dime, ¿no hablarán por casualidad en tu periódico de un hombre y una mujer refugiados en una *brasserie*?

–No me suena.

–¿Un hombre y una mujer que no deberían estar juntos, sentados en mesas contiguas por segunda vez en su vida, él contemplando la puerta de entrada y ella el menú pegado al ventanal, porque siguen sin atreverse a mirarse el uno al otro tan de cerca?

–De verdad que no me suena.

–Entonces son rumores.

–Una pena. Me estoy perdiendo una exclusiva.

Su observación me hace sonreír.

–¿Tienes idea de por qué tengo la sensación de ser una chiquilla de dieciséis años?

–Ni la más remota. Aunque, en lo que a mí concierne, me siento bastante cerca de un adolescente de diecisiete.

–Pues sí que estamos bien.

–El corazón que late más deprisa, la boca seca, comezón en las manos...

–Deberíamos pedir a alguien que nos escribiera los diálogos, porque esto es penoso.

–Me turbas.

–Pues tú me fascinas.

–Yo... Cuando te marchaste repentinamente el otro día, tuve miedo.

–Mi marido, tú, tan cerca el uno del otro, vivía un embuste, sentí vergüenza.

Se queda un instante en silencio.

–Después, esa misma tarde, me dio el bajón. Desde la adolescencia nunca me había sentido deprimido. No deja de ser algo dulce. Una embriaguez muy especial, una turbación profunda, bastante melancólica. Me gustó y al mismo tiempo la detesté.

–Me apetece sentir los latidos de tu corazón.

–Acércate.

–Todavía no me atrevo.

–Puedo acercarme yo. Dejaré caer la servilleta como por descuido, me inclinaré para recogerla, entonces estaríamos muy cerca.

–Mi nombre es Emmanuelle. Pero todos me llaman Emma. Salvo mi madre.

Repite mi nombre, parece degustarlo.

–Emmanuelle.

Sonríe.

–Un nombre que significa «buena noticia».

–También significa «Dios está con nosotros».

Siento el rubor aflorar a mis mejillas cuando añado:

–Aunque en este momento es más bien el diablo el que está con nosotros.

–El deseo, quieres decir.

–El deseo, la turbación, el ansia, el miedo, las mordeduras, el agua, el calor, el frío, el vértigo, la embriaguez, la tentación...

Acaba de posar la mano en la banqueta.

Percibo sus largos dedos a pocos milímetros de los míos. Se me antoja que, si me cayera, me agarraría. Ya no tengo miedo. Anhele una caída. Pienso: empújame. Pienso: agárrame. Tómame. Enséñame.

Me arde la frente.

Toco su mano, los dedos son suaves y tibios y no tiemblan. La deslizo hacia mí en la banqueta, luego la cubro con el faldón del mantel que nos cae sobre las rodillas, y el mantel se convierte en una sábana, y la banqueta en una cama; sus dedos se desentumecen, se animan cual reptiles, se deslizan por mi muslo, ondulan, fluidos y cálidos, recorren mi repentina carne de gallina, mi carne de muchacha, ascienden y los dejo trabar conocimiento con mis callejones sin salida, de pronto estoy hecha de agua y jugos, me transformo en un lago y mi deseo no tiene fin, toda primera vez supone siempre una conmoción, sus dedos se ahogan, mi mano lo guía más allá, pero soy infinita, querría gritar, me muerdo la boca por dentro, un sabor a hierro en el paladar, pero no grito, ahora solo tengo ganas de reír, ganas de permitir que ese cuervo salga de mi garganta, emprenda el vuelo, rompa las vidrieras de la *brasserie* con tremendo estrépito, sus dedos son indecentes y mi goce es mudo y clandestino, me siento tan viva, es una alegría vertiginosa, una magnífica victoria sobre la pesadumbre, la mano de Alexandre se inmoviliza, llevo sus dedos hasta su boca de hombre, quiero que me pruebe y me deguste sin dejar de mirarme, y su mirada, en este preciso momento de mi vida, es lo más erótico que me ha sido dado conocer, experimentar en lo más hondo de mi carne, de mi alma, ese instante en que me absorbe por entero.

El ruido de los últimos clientes que se marchan, las patas de las sillas que rascan el embaldosado me hacen volver en mí, volver a nosotros; mi respiración es afanosa, tengo la piel húmeda, querría cobijarme en sus brazos, perderme en ellos por completo; me siento desnuda, desmembrada, indecente, cruda y

hermosa.

No nos hemos mirado durante esa perdición, ni un segundo, ni una sola vez.

De repente, su voz me sobresalta:

–Y las Emmanuelle son emotivas.

–¿Perdón?

–Las Emmanuelle son emotivas. Sienten las cosas con mayor amplitud, con mayor poesía.

Miro nuestras manos en la banqueta. Desde que estamos aquí, no se han movido ni un milímetro. Siguen siendo dos bonitos puntos suspensivos petrificados.

Entonces el púrpura de mis mejillas se difumina y prorrumpo en carcajadas, volatilizado todo impudor, unos cuantos rostros se vuelven hacia mí, curiosos, incluso cautivados.

–Estás guapa cuando te ríes.

–Eres tú quien me vuelve guapa.

Hunde la cucharilla de plata en la taza de café vacía. La hace girar lentamente, tal como uno hace girar siete veces la lengua en la boca antes de una confesión.

–He empezado a escribir un libro.

–¿Una novela?

–Sí.

–¿Ya le has puesto título?

–*Brasserie André*.

Me siento feliz, no sé muy bien por qué. Me gusta la idea de que quiera narrarnos. Definir ese momento en que uno escapa de sí mismo.

En que la caída se revela finalmente como un despegue.

Me hago la fútil e irrisoria reflexión de que las letras de «André» están contenidas en su nombre de pila.

Alexandre prosigue:

–Es la historia de un hombre casado.

–Que conoce a una mujer en una *brasserie*.

–En efecto. Su vida va a dar un vuelco. Y creo que le apetece bastante que dé ese vuelco.

–La de ella también. Y me parece que tiene bastantes ganas de que su vida dé un vuelco. La mujer de tu libro, quiero decir.

–¿Porque está casada pero ya no ama a su marido?

–No. No es de las que dejan de amar a alguien porque se enamoren de algún otro. Ni de las que aman porque se hartan de estar solas. Un nuevo amor no

surge forzosamente en contra del anterior. Puede hacerlo por sí mismo. Un vértigo irreprimible.

–Tienes razón. Quiero decir que *ella* tiene razón. Así pues, mi libro es la historia de un hombre casado que conoce a una mujer casada, y sus vidas se disponen a dar un vuelco.

–Sí.

–Sí.

–¿Qué será de la esposa del hombre casado?

–¿Y del marido de la mujer casada?

–Se caerá de las nubes. No entenderá nada. Romperá dos o tres objetos en casa antes de calmarse. Su dolor conocerá altibajos. Entonces recurrirá al argumento de los hijos. Y luego a otras cobardías, relacionadas con la culpa, como las duras pruebas por las que han pasado juntos, que en principio deberían cimentar una vida de pareja.

–Ella también se caerá de las nubes. No pedirá ninguna explicación, querrá que todo ocurra deprisa. Después la embargará una pena inmensa. Sin solución de continuidad. Infinita.

–En tu libro, tal vez el hombre y la mujer casados deberían separarse, allí mismo, en la *brasserie*, sin que finalmente haya ocurrido nada, sin que hayan desgarrado nada.

–Sin que se hayan mirado tan de cerca.

–Sin que les hayan entrado ganas de estar más cerca todavía. Hasta poder tocarse. Sentir los latidos del otro.

–Sin que les hayan entrado ganas de besarse.

De repente me siento exangüe, cuando digo:

–De probar un fruto. De aplastarlo entre los dedos.

–Ganas de perderse.

–Ganas de acercarse al árbol.

–Pero al acercarse, uno consume a aquellos a los que deja tras de sí.

–Casi mejor que se separen, en definitiva. En tu libro. En la *brasserie*. Uno puede seguir viviendo con un deseo insatisfecho.

–También puede morir –dice.

–Así es. En tu libro, ¿saben por qué se aman? Aparte de porque la boca de él la turbó tremendamente.

–¿Y que el aspecto triste de ella lo cautivó sin remisión? No. No lo saben. Eso es lo que hace que la cosa sea espléndida.

–Y no poder contarle a los demás es lo que la hace odiosa.

–En mayor medida que no ser amado ya, lo que resulta aterrador es dejar de ser preferido, elegido.

Mi alegría y mi espanto se licúan. En ocasiones, el daño que causas te hace también mucho daño.

–Así pues, es la historia de un hombre casado que se cruza con una mujer casada y ambos deciden no detenerse. Proseguir su camino.

–No sería una novela demasiado buena.

–Ni una vida demasiado bonita.

–Oigo una lágrima en tu voz.

–Soy muy llorona. Es una característica de las Emmanuelle, ¿no lo sabías?

–El libro empieza con un diálogo. Ella le dice: «Contestaré que sí». El personaje hace una inspiración más profunda de lo habitual, sabe que su vida está dando un vuelco en ese preciso momento, y murmura: «Entonces, intentaré no equivocarme de pregunta».

Mi corazón está a punto de explotar, le digo:

–¿Y dio con la pregunta al día siguiente?

–Vayámonos juntos.

–¿Es esa la pregunta?

–Sí.

–Entonces, ya conoces la respuesta.

TRUENO, s. m.

1. Manifestación sonora del rayo; ruido más o menos violento, percibido más o menos tiempo después del relámpago según la distancia que separa el fenómeno del lugar en el que se oye, y que suele producirse varias veces en el curso de una tormenta. Trueno ensordecedor, continuo, remoto, ininterrumpido, lejano, retumbante, sordo; ruido, rugido(s), retumbar de/del trueno; estruendo del trueno; el trueno retumba; tener miedo del trueno. *Ahora el trueno estremecía el valle* (Rollinat, *Névroses*, 1883, p. 131).

- [El fenómeno se considera en su duración.] *El día ha sido tormentoso; el trueno ha rugido durante dos horas y el rayo ha caído no lejos de la casa* (Delécluze, *Journal*, 1825, p. 212).
- En pl., liter. *Un poder oculto invadía su alma. Truenos lejanos retumbaban en el fondo de los cielos* (Bouilhet, *Melaenis*, 1857, p. 201).(3)

2. *Ejemplo*: Me había tambaleado en la calle, como una borracha. Estaba en el corazón de una *tormenta*. Un hombre acababa de introducir el caos en mi vida. El *trueno* había resonado en mi interior. El *rayo* me había partido en dos, como a una piedra, y de la fractura brotaban mis risas, como *relámpagos*, y mis espantos, mis penas, el daño que iba a causar, la felicidad que tal vez me aguardaba, el fascinante desconocido, el *fuego* y la alegría.

En el silencio que siguió a mi respuesta, había dicho que sí a un hombre. Me disponía a amarrarme a él. Iba a pertenecerle sin que supiera gran cosa de él: casado, sin hijos, periodista, en los cincuenta, deja propina con el café, labios hinchados de azúcar y de sangre, voz a lo Sami Frey, mirada que me atraviesa, me somete y me vuelve hermosa; ahora bien, ¿realmente necesitamos saberlo todo? Uno solo quiere perderse. Ansía la caída.

La que da alas. La ilusión sublime. Todas soñamos con un instante perfecto.

La maravillosa trayectoria que lleva a la aniquilación.

25

Estoy enamorada.

Estoy desposada con el deseo, también se dice prometida.

Prometida con el deseo.

24

«—Pero ¡cómo, Blanquita, pretendes dejarme?!

Y Blanquita respondió:

—Sí, señor Seguin.

—¿Acaso aquí te falta hierba?

—¡Oh, no, señor Seguin!

—¿Quizá estás atada demasiado corto? ¿Quieres que alargue la cuerda?

—No vale la pena, señor Seguin.

—Entonces, ¿qué necesitas? ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero ir a la montaña, señor Seguin.»

Deambulé mucho rato por las calles de Lille antes de hacer acopio de valor para volver a Bondues.

Los chicos habían puesto la mesa (interpretación: nos morimos de hambre) y estaban haciendo los deberes en su habitación. Olivier había llegado antes que yo. Había descorchado una botella de Pontet Bagatelle y ya se había bebido la mitad. Me sirvió una copa. Brindamos. Al ver mi mirada triste, esbozó una breve sonrisa desencantada, más por puro reflejo que otra cosa, creo, de lo contrario me habría preguntado, lo conozco. Luego me habló de cómo le había ido el día, mientras yo me ponía a cocinar: el posible contrato de una flota de veinticinco coches para Decathlon, un comercial de baja por enfermedad, en el peor momento, ¡siempre ocurre igual, es un fastidio, mierda! Sus palabras golpeaban contra los muebles y las sillas, rebotaban; solo me llegaba el sonido de su voz, difuso, amortiguado.

No lo escuchaba. Pensaba en las palabras de Alexandre. En todas las que en lo sucesivo nos aguardaban, incluso en los silencios. Las palabras nuevas. Para los destinos. Para los amaneceres. Los descubrimientos. Los temblores. Para la carne. Para el apetito. Para el daño que causamos, y que nos causan. Para el sexo. Para los dedos que revolotean. Para todas las palabras de amor. Y todas las líneas hasta entonces no franqueadas.

La ensalada quedó lista, la pasta cocida al dente, gratinada con Gouda seco, como les gusta a todos, y nos reencontramos alrededor de la mesa. Los chicos estaban de buen humor. Manon hablaba de sus planes para el verano y yo pensaba que ese verano ya no estaría allí. Louis mencionó un cursillo de tirolesa sobre el agua para Semana Santa, y me dije que una o dos semanas después de su regreso me marcharía. Léa preguntó si volveríamos a La Baule ese verano, y mentí. Olivier descorchó una segunda botella, esta vez un vino más ligero, un tinto del Domaine de Camaïssette. Los pómulos se le tiñeron de púrpura, le brillaban los ojos. Conocía esa mirada. El pequeño predador. Cuando bebe, hace el amor de manera brutal. Su boca del principio, feroz, que detesto.

«La gruesa lengua roja por los labios enardecidos.»

Louis repitió pasta. Contemplé su gesto. Dulce. Un tanto torpe. Pensé que pronto dejaría de verlo. Observé sus manos, que seguían siendo finas, casi femeninas, pese a la ingrata adolescencia. Recordé las caricias que me hacía en la espalda, mucho tiempo atrás, por la mañana, cuando venía a refugiarse en

nuestra cama. Entonces pensé no en lo que iba a echar de menos, puesto que lo abandonaba, sino en lo que me disponía a dejar atrás.

La manera en que Manon se recogía el mechón detrás de la oreja derecha.

La mirada a veces desenfocada de Léa, que siempre tenía la cabeza en otra parte, lejos, en lo que yo llamaba *su poesía*. Su morrito encantador, carnoso, hecho para los besos y, algún día, las confidencias.

Los colmillos de Léa, que le estaban saliendo y hacían que su boca pareciera la de una vampira. Miré su cuello. No hace tanto aún olía a bebé, a Mito syl, a polvos de talco; su olor provocaba en mí un chute de dopamina –la sorprendente pequeña molécula del amor–, y entonces me convertía en una insaciable antropófaga.

La risa de Louis.

Observé a Olivier. Se divertía con su hijo. Sin embargo, nunca le construyó una cabaña en un árbol. Jamás lo llevó dos días de camping, a la orilla de un río, entre hombres, pesca y kayak, latas de conservas calentadas en la hoguera, turno de guardia por la noche para protegerse de los animales salvajes. En cambio, a doscientos por hora en la autopista con sus malditos coches, eso sí.

Miré al padre de mis hijos y recordé mi flechazo, casi veinte años atrás, cuando me dijo: «Eres la mujer de mi vida y voy a darte treinta pruebas».

Cito de memoria: la conmoción que había sufrido al verme por primera vez («Posees la gracia de una joven de Botticelli, y siempre me ha encantado el Renacimiento»), el miedo a verme desaparecer («¿Cómo podría vivir sin belleza?»), el deseo de compartir mis gustos musicales («No me gusta nada de lo que a ti no te gusta»), la alegría que le procuraba mi nombre de pila («¿Te has dado cuenta de que casa perfectamente con mi apellido?»), nuestra pasión común por los mismos colores («Me encantan tus pantalones azules», «Me vuelve loco tu chaqueta amarilla», «El rojo de tus labios resulta fascinante», etcétera), su interés por las cuestiones meteorológicas («Sé que si en adelante no te veo todas las mañanas, sentiré frío, incluso me helaré, y me encontrarán congelado dentro de mil años»), la posibilidad inaudita que, gracias a él, se me brindaba de descubrir la ruta de los vinos («Te llevaré conmigo, a la del Jura o a la de la Provenza, te enseñaré y, con cada sorbo de néctar, bendecirás al cielo por haberme gustado»), la suerte que tenía de trabajar en Pierre Fabre («Haré que desarrollen un fármaco que te haga ver en mí a tu príncipe azul»), entonces el flechazo me hizo prorrumpir en carcajadas, y los hombres saben muy bien que la risa es una puerta que se abre.

Aquel recuerdo me divirtió, y Léa murmuró que estaba guapa cuando sonreía,

pero también me preguntó por qué sonreía en ese preciso momento, cuando en la mesa ya nadie hablaba. Porque este silencio es bonito, cariño mío, le respondí, resulta poco habitual. ¿Te parece que hablamos demasiado? En absoluto. Y entonces el silencio se rompió, las patas de las sillas se arrastraron, hubo entrechocar de vajilla, los chicos me pidieron que siguiera sentada, que ellos quitarían la mesa y recogerían (traducción: lo meterían todo al buen tuntún en el lavavajillas).

De pronto me hicieron pensar en Flora, Fauna y Primavera, las tres diminutas hadas de *La bella durmiente*, y, al igual que ellas, emprendieron el vuelo de repente.

Me encontré a solas con mi marido. No tardaría en decirle que deseaba ir a la montaña. Pero antes, solo una noche más, deseaba seguir amando lo que me disponía a dejar atrás.

22

¿Recuerdas, Olivier, lo que nos prometimos al principio?

Estar juntos, siempre, en la belleza.

Y que si uno de los dos debía acabar en un cuerpo deshumanizado, si algún día uno de los dos necesitaba al otro para comer, para defecar, para lavarse, para secarle la baba y la orina, para no confundir un cuchillo de deshuesar con un cepillo de dientes, o la lluvia con las lágrimas, entonces el otro debía empujarlo delante de un camión, arrojarlo desde lo alto de una escalera o prepararle tartaletas con matarratas, lo que le resultara más fácil.

Teníamos poco más de veinte años, acabábamos de conocernos, éramos guapos y nos hacíamos promesas que nadie cumple jamás.

Luego crecimos.

21

Tengo delante a Louis, de catorce años, varios días más tarde.

Estamos en su habitación. Le digo que me voy. Contesta que haga lo que me dé la gana, es tu problema. Entonces preciso. Te abandono, Louis. Abandono a papá. Abandono a tus hermanas. Abandono la casa, abandono Bondues, me

marcho. En ese momento, levanta la vista de su querido ordenador. Primero me mira como si estuviera loca, me pregunta si he bebido. Luego me observa con curiosidad, bosqueja varios guiones posibles que justifiquen mi partida (enfermedad, traslado laboral, viaje con Sophie). Entonces me mira de arriba abajo con desprecio y comprende que hablo en serio. Duda, lo sé, entre romper algo (pero aprecia demasiado sus cosas) o insultarme, y finalmente opta por lo que los hombres saben hacer mejor: culpabilizarnos. Dice: papá es un tío genial, no tienes derecho a hacerle eso, es una putada que te vayas, una putada, una vez me dijo que estaba superorgulloso de ser tu marido. Y tampoco tienes derecho a hacerle eso a Léa. Solo tiene doce años, mierda. Frunzo el ceño al oírle decir «mierda». A mí me importa un carajo, dice con una vocecita en la que todavía asoma la nariz la fragilidad de la infancia, y lo repite más fuerte porque detesta su debilidad: ¡a mí me importa un carajo! Le contesto: lo sé, lo sé, Louis. Sueño con decirle que ya es un hombre, que hace mucho que no me necesita, que solo necesita a una cocinera, a una mujer de la limpieza, a alguien que le lave la ropa, que le planche la ropa, que le guarde la ropa, que ordene su habitación, le compre prendas nuevas, alguien que no se preocupe cuando tarda dos horas en lugar de veinte minutos en volver de la piscina, alguien que llene la nevera, pague la factura de su móvil, de internet, y que lo lleve al dentista para que su sonrisa no haga reír, que ya no necesita a una mamá, pero se echaría a llorar porque a los catorce años, aunque seas casi un hombre, sigues siendo un niño frente a los dramas, y con la rabia de sus lágrimas gritaría: ¡ya puedes largarte ahora mismo, será lo mejor! Creo que las madres no tienen derecho a ser felices, o a lo sumo más tarde, después de los hijos, después de los demás. Tenderé la mano para enjugarle los ojos, le diré que lo quiero y precisaré que él nunca me ha dicho que me quisiera.

Sin embargo, no hago nada de todo eso.

Después de su «a mí me importa un carajo», le digo: lo sé, lo sé, Louis, y le pido perdón. No soy una mala persona. Soy una mujer a la deriva. Le digo que el amor es un acontecimiento espléndido y monstruoso a la vez, y que los más grandes procuran asimismo las penas más profundas, que existe belleza en el dolor, que en ocasiones este nos reviste de una maravillosa humanidad.

Le hablo de las heroínas fulminadas, de las óperas que he visto con Sophie y más tarde escuchado con su padre, en casa, él sin prestar mucha atención.

Le hablo de mis lágrimas cuando Otón canta su amor a Popea, y le digo que su padre no lloró, ni siquiera tuvo estremecimientos, la primera vez que lo oyó, y cuando Popea se ofrece a aquel que la ama por encima de todo, esbozó una

levísima sonrisa que detesté: una sonrisa de hombre, una mueca de lobo, «¡Ja, ja! ¡La cabrita del señor Seguin!, y se pasó la gruesa lengua roja por los labios enardecidos».

Le digo que me voy por amor. Sus lágrimas brotan por fin.

Si hubiera sido algo mayor, habría replicado que no era cierto, que uno no se marcha por amor sino que, por el contrario, se queda por amor.

Y las piernas habrían dejado de sostenerme.

20

Recuerdo que al salir de la habitación de mi hijo ese día me sentí muy sucia.
Muy fea.

19

—¿Me harás bailar?

—Sí.

—¿Dar vueltas?

—Sí.

—¿Hasta el vértigo?

—Sí.

—¿Me retendrás siempre?

—Sí. Pero ¿por qué quieres bailar?

—Porque cuando bailo, mi cuerpo vuelve a ser salvaje.

—Entonces te comeré.

18

Lo que dejaré atrás.

Hay una foto, en la escalera, donde se ve a mi padre. Tiene quince años. Lleva en brazos a un perrito blanco. El animal parece inmóvil. Muerto, tal vez. Mi padre llora en la foto. Jamás quiso contarlo.

Está la bonita vajilla de mi abuela con el monograma MV, por Marie Verove.

De niña, esas iniciales constituían un gran misterio para mí. Daba rienda suelta a mi imaginación. MV. Mi Vida. Magnífica Vajilla. Morir Viva. Mentira Verdad. Mastica Vivamente. Con los años, la vajilla se desportilló, se decoloró; varios platos se rompieron, dos o tres de ellos estampados contra el suelo una noche tormentosa entre Olivier y yo.

Están los libros manoseados que mi madre me leía, que yo leí a mi vez a cada uno de mis hijos; entre ellos el ejemplar gastado, diez, veinte veces pegado con celo, de la carta de Daudet a Gringoire, poeta lírico en París, edición de 1978, publicado por Fernand Nathan, en cuya cubierta el señor Seguin, con la frente despoblada, el cabello y la barba blancos –lleva vaqueros y una camisa beis a cuadros–, está arrodillado delante de Blanquita como una rata de sacristía delante de la Virgen. La sujeta por el cuello. Su boca está muy cerca del hocico del animal; se diría que quiere besarla, como se hace con las mujeres, y mi madre suspiraba y exclamaba:

–Pero ¿de dónde sacas semejantes ideas, Emmanuelle?

Hay miles de otras cosas, en el aire, invisibles, a lo largo de las paredes de la casa, debajo de los muebles, en las camas, enredadas en las bolas de pelusa: suspiros, gritos, risas, nacimientos, mentiras, roces y caricias.

Todo cuanto uno no puede llevarse consigo, y que fue uno.

El desastre se gesta, pero yo estoy sorda.

Estoy henchida de viento; mi felicidad es ese aliento ardiente que hace remolinear mi cuerpo, que se insinúa en mí y arranca una canción a mis zonas todavía no descubiertas; me infunde calor como debería hacerlo siempre.

Sin embargo, también estoy ciega.

Mi impaciencia de Alexandre me ha hecho perder de vista que en ocasiones los vientos cálidos se muestran furiosos, que pueden provocar tormentas que arrancan los árboles de raíz, las casas de cuajo; son vientos que nos despojan y acaban por rompernos.

En ese momento de mi vida, yo era una inmensa caverna que, día tras día, él colmaría de cosas bellas, preciosas y raras, todo cuanto hace a una mujer feliz de haber existido.

De haber reído, de haber gozado, de haber bailado sobre la Tierra.

Ahora le toca a Manon.

Llora.

Arranca de la pared de su habitación las fotos en que aparecemos las dos juntas. Las rasga. Grita. Me llama mentirosa. Me llama débil. Enferma. Zorra, y algo peor; y no la abofeteo. Dice que su vida acaba de derrumbarse. Que lo he destruido todo, lo he pisoteado todo. Que no soy una madre. Le hablo de la inconsolable necesidad de ser amado. Le hablo de la desgracia de ciertas mujeres. De la arrogancia de ciertos hombres. Le digo que el halo de la mirada de su padre ya no me embellece, que sus caricias ya no me apaciguan. Le digo que ya no tiene miedo por mí, que ya no me contempla dormir, y que por la noche ya no me pide que le prometa seguir viva por la mañana. Le hablo del flechazo. De mi guion de cortometraje, cuando iba a segundo curso. De la novia que se enamora del novio de su testigo, en Berru, el día de su boda. Protesta. Sus lágrimas trazan arañazos negros en sus mejillas. Dice que se trata de papá. Te quiere. No puedes hacerle eso. Eso no, no después de todo por lo que ha pasado. No puedes hacernos eso. Es horrible. Horrible. Le hablo del deseo, de la glotonería de las mujeres. Replica que digo tonterías. Que estoy loca. Que al menos podría esperar. Un poco. Suplica. Por favor, mamá. Jura: papá te mirará de nuevo como es debido. De nuevo tendrá miedo. Y no tardará en llorar cuando Otón cante su amor a Popea, llorará, mamá. Me ruega que me quede. Promete cosas. Haré la limpieza, la compra, todo lo que quieras. Seré la primera de la clase. Dejaré de usar tus cremas y tu maquillaje. Te compraré unos zapatos como los que te estropeé. Me ocuparé de ti cuando seas vieja. Te lavaré. Te haré la comida. Dice que me quiere y que no puedo irme. No me pregunta quién es Alexandre. Qué es lo que tiene que su padre no tenga. Ni siquiera si compensa frente a la felicidad de una familia. No me pregunta de qué está hecho ese viento que me colma y me vuelve loca. Llora. Levanta la vista hacia mí. Tiene esa mirada conmovedora de algunos cachorros en las tiendas de animales, que despiertan toda nuestra ternura, toda nuestra debilidad. Tiendo las manos no para salvarla, sino para salvarme. Sollozamos la una en brazos de la otra. Nos sentimos muy tristes. Dice que no sabía que era desgraciada. Le digo que no soy desgraciada, pero que seré todavía más feliz, y no me cree. Pregunta qué es lo que ha hecho mal. Qué han hecho mal su hermano y su hermana. Quiere saber si he disfrutado teniéndola como hija. Si fue deseada. Si la sigo queriendo.

Estamos tendidas una junto a la otra en su cama. Guardamos largos minutos de silencio. De vértigo. Le cojo la mano y, al igual que a Louis, le explico que me voy por amor. Y al cabo de un rato me dice que nunca se enamorará. Que jamás tendrá hijos. Que detesta a los hombres. Afirma que es el peor día de su vida. Que tiene ganas de morirse. Que tiene dieciséis años y acabo de mandar su vida al garete. Y luego me desea que reviente. Punto final.

15

Lo que dejaré atrás, continuación.

Está su infancia resquebrajada. Las muescas en el marco de la puerta de sus habitaciones, que se detienen un 20 de abril.

Está nuestra familia.

Están las fotos de los niños, un poco por todas partes de la casa. Se les ve reír. Se les ve pelearse. Me recuerdan hasta qué punto la relación entre hermanos es quebradiza, hasta qué punto el papel de una madre es también el de cimentar los lazos, fabricar sólidos contrafuertes para los días de tormenta, como este precisamente, en que destruyo lo que he creado, destejo todo lo hermoso, lo delicado que he anudado con paciencia, en nombre de mi irreprimible, mi arrogante deseo: «¡Pobrecilla! –había escrito Daudet–, al verse situada tan arriba, se creía al menos tan alta como el mundo».

Está lo que rompo y que no se repara.

Está lo que arrebato y que no se sustituye.

Está el daño que uno hace cuando pretende ser feliz pasando por encima de los demás, incluso en su ausencia.

Están todas las promesas que no cumpliré.

Están ya las feas palabras que no tardarán en aplicarme, y las otras, las palabras bonitas, las que nos unieron, que hasta ahora nos han hecho felices, y que dejo en los armarios de las habitaciones, en los cajones de la cocina, encima de las camas, en los sofás, para que las oigan de vez en cuando.

14

Lo que él me dijo con su turbadora voz.

–Existen términos entre nosotros que debemos hacer desaparecer, Emma. Como mañana. Como futuro. Como lejano. O como siempre.

El corazón se me embolsó.

Lo que también me dijo, sonriente, y su sonrisa apagaba todas las luces.

–Desde que nos conocimos, sé que la única certeza es el instante. El instante constituye una inmensidad. Es el único lugar posible del goce. El único momento que se basta a sí mismo. La duración no es una virtud del amor, la intensidad, sí.

Más.

–Creo que tenemos los mismos silencios, Emma. Las mismas definiciones.

Mi fisura narcisista.

Que su voz colmaba, como agua de manantial, como un sortilegio, sellando mi sumisión.

13

Un hombre me había ligado a mí misma.

12

Lo que dejaré atrás, continuación y final.

Está Olivier; su lado Vincent, el de la película *Tres amigos, sus mujeres y los otros*, que me espeluznaba; esa energía vertiginosa, solar, ese lado de niño mimado al que todo sonreía, los hombres, sus mujeres, las camareras, e incluso yo.

Está nuestra historia de amor, que nuestros hijos, mi madre y Sophie creían inoxidable; esa historia a la que yo he puesto fin porque una promesa –una boca carnosa que un hombre se secaba con delicadeza– y la brecha que abrió en mí alteraron el curso de cada una de nuestras vidas. Sin embargo, es solo a la historia a lo que he puesto fin, solo nuestra trayectoria lo que he desviado, puesto que, incluso al abandonarlo, era consciente de que seguía amando a Olivier y que siempre lo amaría, aunque de otra manera.

No obstante, me parecía que nuestro amor ya no se conjugaba en presente.

Se alimentaba de cosas pasadas –la seducción, el encanto, los compromisos– y

futuras –las esperanzas–. Miraba vagamente hacia el futuro, pero ¿qué futuro? La boda, algún día, de los hijos. Finalmente, el amanecer violeta, tortuoso, en que nos quedaríamos completamente solos los dos. Los nietos. La vejez, con la que nos machacan los artículos de las revistas, y los programas de televisión que desconciertan por su ridículo, que constituye la panacea de la pareja, su sublime culminación, la calma tras las tormentas. Pamplinas. ¿Qué futuro espera a la gente que se ama? Las esperanzas no bastan, suponen la negación del instante.

Nuestro amor no se conjugaba en el presente que yo ansiaba vivir, en el presente que implicaban los sentimientos, incandescentes en su efímera urgencia.

Amar resulta agotador, y con Olivier ya no me sentía agotada.

11

«Escuche, señor Seguin, en su casa me muero de nostalgia, déjeme ir a la montaña.»

10

Sophie agitaba unos billetes de tren y de avión delante de mis narices.

–Un pastón, pero me importa un bledo. Cuando es cuestión de vida o muerte, no soy tacaña. Salida el sábado por la mañana. Tren hasta París. Taxi. Luego avión a Madrid. Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Pinta bien, ¿no? Tiene un aroma a noches húmedas. A pieles sudorosas. A estremecimientos velludos. Regreso martes al amanecer, para que puedas abrir la tienda. Te sientes cansada. Todavía tienes el perfume del bailarín en la piel. Vuelves con uno o dos chupetones, pero nos trae sin cuidado. Has hecho todas las tonterías que te ha dado la gana durante el fin de semana, y no digo que yo no haga también una o dos. En todo caso, tu amiga absoluta te cubre. Soy el mejor seguro de vida del mundo. Una ducha en mi casa y, alehop, vuelves a la tuya. Olivier ha descorchado un Château de la Gaude. Te dice que estás guapa. Que te quiere. Que te ha echado de menos. Tus hijos han dejado la casa como los chorros del oro. Ya no te hablan de comprar un perro amarillo o azul. No te dan más la lata con La Baule y los cursillos de tirolina sobre el agua. Los miras y te dices: qué bonito es tener una familia. Repite conmigo, Emma: qué bonito es tener una

familia. Entonces te dices que hiciste bien en escuchar a tu amiga Sophie. Que tu amiga te salvó la vida.

Risas y lágrimas. Una tormenta de verano estalló en mi rostro.

En ese momento entraron dos jóvenes en la tienda. Sophie las recibió. Se ocupó de la venta. Un chaleco de punto fino. Rose Mountbatten, talla seis años. Hasta las convenció de que se llevaran un gorrito que combinaba perfectamente con el chaleco. Se fueron encantadas. ¡Sophie, vendedora del mes!, exclamó riendo, y me arrojé en sus brazos. Unos brazos rollizos, acogedores. Los de una mamá. La mía no me había estrechado en los suyos, no me había asfixiado, no había hecho que me entraran ganas de volver a ellos, al lugar de la paz.

–Piénsatelo un poco más, por favor –murmuró mi amiga–. Vayamos a Madrid, Emma. Conozco tus ardores, he pasado por lo mismo. Crees que el amor es como el agua, pues desconfía del agua. No aplaca el fuego, al contrario. Cuando entra en contacto con él, se calienta y hierve.

9

No puedo olvidar la última vez que vi a Alexandre. Porque fue ese día cuando elegimos la fecha de nuestra partida, pero sobre todo porque fue el día en que nos besamos, con la impaciencia y el frenesí de un beso de estación.

Nos iríamos el 20 de abril.

Un lunes, en plena primavera.

Tras un último fin de semana, yo con Olivier y los chicos, él en compañía de su mujer.

Cada cual llevaría consigo un equipaje ligero y algunos ahorros. Resultaba estúpido, lo sé, pueril, pero tan excitante... Un fragor de trueno, un flechazo, un impulso repentino, una vida que se diluye, como una acuarela, otra que aparece. Era tan sencillo como eso. Tan hermoso. Tan definitivo.

Y tan irracional, pero ¿acaso no es la sinrazón la que tiene a veces la razón?

Teníamos los mismos deseos de destinos y de climas.

Tomaríamos el tren en dirección al norte. Playas sin fin. Alquileres baratos con vistas al mar. Un mar gris, y azul, y a veces negro, tumultuoso como nuestros corazones. Y más adelante, de nuevo el norte. Irlanda. Noruega. Islandia. Soñábamos con el blanco.

Él escribiría su novela *Brasserie André*. Nosotros seríamos el argumento. Sería nuestra vida.

Y la novela no tendría fin.

La última vez que nos vimos, nos besamos por primera vez.

Estábamos en el patio interior de la Antigua Bolsa, ocultos por el pórtico, a pocos pasos de su periódico, febriles, dos adolescentes hambrientos y temerosos. Todavía hoy el recuerdo me hace temblar. Habría podido contentarme con ese beso. Colmaba algunos de mis deseos, algunos de mis apetitos. Momentáneamente llenaba algunos vacíos. Su boca era suave y ávida, y me tomé esa avidez como un cumplido. Sus dedos bailaron en mi cuello, en mi espalda, en mi garganta y en mis senos; sus dedos, ligeros y delicados; más tarde pensaría en las ágiles patas de esos insectos que bailan sobre el agua. Los tejedores. Habría podido saciarme con ese beso. Debería haberme saciado con él. Pero ansiaba muchos otros. Ya.

Ese *ya* que a los siete años me había hecho crecer de golpe.

8

«**A** Blanquita le entraron ganas de regresar; pero al recordar la estaca, la cuerda, la valla del redil, se dijo que ahora ya no podía acostumbrarse a esa vida, y que era mejor quedarse.»

7

Ahora lo sé. Nuestra necesidad de ser amados es insaciable, y nuestros amores, inconsolables.

6

Sophie tiró a la basura los billetes de tren y de avión. Esbozó esa sonrisa tan hermosa y grave como la de Anne Bancroft, a la que se parece, y que hace que te entren ganas de decirle que es guapa, y luego dijo: te entiendo, Emma, yo hice lo mismo.

Y añadió:

—Cuando todo haya terminado, cuando tu corazón esté roto en mil pedazos, te

ayudaré a pegarlos. Pedazo a pedazo.

Y se marchó.

Olivier.

Se cae de las nubes. No entiende nada. Rompe uno o dos objetos en casa antes de calmarse. Su dolor conoce altibajos. Después recurre al argumento de los hijos. Al de la amenaza de su enfermedad. Y a otros más, principalmente la culpa; los hombres pueden ser tan cobardes en ocasiones... Repite diez veces «no lo entiendo» y hunde la cara entre las manos, como un actor de tercera fila. Oscila entre la agresión –¿Quién es? Voy a partirle la cara– y la desesperación: Entonces, ¿ya no me quieres? ¿Se acabó? Brotan los sollozos. De vez en cuando nuestras manos se rozan. Le digo que él no tiene nada que ver. Que buscaba un vértigo y él no me lo ha producido. Que ahora tengo ganas de que ese hombre me toque, me bese, me muerda, me estrangule. Que lo necesito, que esa necesidad no puede explicarse y que eso es lo más odioso: no poder explicarlo. Trata de envilecer mi amor por Alexandre. Dice que solo es una cuestión de sexo. Una crisis de sexo, la crisis de los cuarenta. La vulgaridad suele surgir cuando el miedo se impone. Una burguesa que solo quiere que le echen un polvo. Una guarrada. Llega al extremo de llamarme asquerosa. Entonces le recuerdo que yo no lo llamé asqueroso, ni nada semejante, que no dije nada cuando tuvo aquella aventura con Caroline. Se incorpora bruscamente. Amenazador. Sostiene que digo tonterías, que estoy fantaseando, pero bueno, ¡haz el favor de escucharme un momento! Me mantengo en mis trece. Acababas de contratarla para llevar la recepción del concesionario. Decías que necesitabas a una joven muy atractiva. Que cuando los clientes gastan cincuenta mil, ochenta mil o hasta más de cien mil en un coche, tienen derecho a la sonrisa de una chica monísima. De una chica monísima que les ofrezca un jodido café buenísimo. Niega. Ahora es cuando rompe el tercer objeto. Niega en voz más alta. No tenía ni veinte años, Olivier. La llevabas a su casa por la tarde. Debía de oler a hierba recién segada, a primavera húmeda. Un sotobosque muy fresco. Un aroma anticuado de código penal. Volvías con las mejillas sonrosadas, encendidas, rozagantes, como las tenías conmigo al principio. Se levanta, da vueltas en redondo como una fiera enjaulada. Eres guapo, Olivier. Debías de ser el hombre ideal para ella. Con el tiempo te convertiste en mejor amante, incluso un muy

buen amante, y su goce recién estrenado fue tu pequeña droga. Me pregunté si te la tirabas en tus coches de lujo o la llevabas al hotel. Aprieta el puño, pero no me amenaza. Grita silabeando: ¡Nun-ca-me-a-cos-té-con-ella! Le pido que baje la voz, por los chicos, y esa misma palabra, *chicos*, nos calma de inmediato. Le susurro que lo siento muchísimo, y pienso en mi padre, que pidió perdón a mi madre sin aclarar por qué. Me habla del daño que provocho. Del daño inmenso. Me dice que, si me voy, ni se me ocurra tratar de volver. Contesto que no volveré. Me pide que nos brinde a ambos otra oportunidad. Luego me estrecha entre sus brazos y todo ha terminado.

4

Yo era el júbilo. Era la melancolía. Era la languidez, la textura de una piel y el éter.

Era el goce.

Era el amor.

No tenía fin.

3

Cambié de peinado.

Pedí a mi esteticista que me hiciera las ingles brasileñas.

Me hice una exfoliación de cara y cuerpo.

Elegí un nuevo perfume.

Nueva lencería.

Me compré un par de zapatos, de tacón más alto.

Guardé mi alianza en el cajón de mi mesilla de noche, los años habían dibujado una marca clara en mi anular.

Los hombres no imaginan por todo lo que tenemos que pasar antes de entregarnos.

Y llegó mañana.

Louis dijo: a mí me importa un bledo. Manon, que estaba loca, que le estaba destrozando la vida. Léa lloraba, los sollozos la ahogaban, Olivier y yo corrimos junto a ella, vomitó su saliva, sus lágrimas, la tumbamos de lado, la

tranquilizamos, un paño frío sobre la frente, caricias en la espalda, hasta que recuperó una respiración más o menos normal.

Más tarde, cuando por fin se durmió rodeada de todos nosotros, mi marido me pidió por última vez que me lo pensara bien, precisó que si cruzaba aquella puerta sin él, sin los chicos, todo habría terminado; cuando uno abandona, no vuelve a subir al *ring*. Los dos mayores estaban de acuerdo.

Murmuré que los quería. Ni siquiera protestaron. Les prometí que volveríamos a vernos. No preguntaron cuándo.

El frío me hizo estremecer.

2

«Lo cierto es que Blanquita no tenía miedo de nada.

Salvaba de un brinco grandes torrentes que la salpicaban al pasar de polvo húmedo y de espuma.»

1

La conjunción de las cosas.

Tres meses después de nuestro primer encuentro, camino sola por la calle Faidherbe.

Al final de la calle está la estación.

Al caminar hacia la estación me vienen a la memoria la palidez de Geneviève en *Los paraguas de Cherburgo*, el desencanto de Guy, su canción. Ella entona: «Quédate, no te vayas, te lo suplico». Él contesta: «Me voy / No mires».

Las despedidas siempre son violentas, al igual que los reencuentros. Los cuerpos entrechocan. Se empotran. El miedo lo inunda todo, y uno se tranquiliza pensando que es en él donde radica a veces la gracia de los sentimientos, la prueba de su inmanencia.

Hace buen tiempo. Me instalo en la terraza de Les Trois Brasseurs, frente a la estación, donde hemos quedado.

Dejo la bolsa a mi lado; oh, es ligera, uno no empieza una nueva vida con maletas pesadas. Pido un agua con gas. No, sin limón, por favor, gracias.

Es un poco antes de mediodía. Estamos a lunes 20 de abril.

El camarero deposita la Perrier delante de mí, desliza el ticket debajo de la botella. Las burbujas de aire brillan. Diminutos diamantes redondos. Plateados. Un collar de perlas de mercurio.

El corazón me late despacio, está pesado, me duele. Desde el amanecer, desde el momento en que salí de Bondues y dejé atrás toda una vida, experimento la misma sensación de naufragio que sintieron Geneviève y Guy en aquel muelle de Cherburgo, cuando la estación se aleja del tren.

Lo estoy esperando.

Lo estoy esperando y la bola en el vientre me asfixia, como la primera vez que oí cantar a Cio-Cio San en *Madame Butterfly*, que sufrí, compartí su dolor futuro, inevitable, magnífico, una plegaria, un canto de esperanza destrozada: *Vedi? È venuto!* («¿Lo ves? ¡Ha venido!»).(4)

Pero no vendrá, Cio-Cio San, y me siento tan triste por ti...

No vendrá.

Cuántos sueños de mujeres se han hecho trizas. El océano está lleno de cuerpos agotados de deseo: algunos cormoranes les arrancan a veces los ojos y los lanzan hacia el cielo, donde se convierten en estrellas.

Decir que sí es lo difícil. El no resulta tan fácil... No, no te quiero. No, no tengo hambre. No, no creo. No soy libre, y no, no quiero morir.

Decir que sí es estar vivo.

Decir que sí es caminar por la cresta del mundo. Es resistir los vientos. Es ser el viento.

–Contestaré que sí, Alexandre.

–Entonces, intentaré no equivocarme de pregunta.

Lo estoy esperando.

0

Una joven se ha sentado a dos mesas de la mía.

De pronto llega otra. Pálida. Es su amiga. Se disculpa por llegar tarde. Han bloqueado la Grand-Place, dice. Un tipo. Iba en bicicleta. Lo ha atropellado un autobús. Creo que ha muerto. Se echa a llorar. Ha sido horrible. Está muerto, y tenía los ojos abiertos. Sonreía. Lo peor es la maleta. Llevaba una maleta consigo. Ha salido volando. Se ha abierto. En el interior solo había prendas nuevas. Camisas aún en sus envoltorios. Unos pantalones con la etiqueta puesta. Solo prendas nuevas.

Al desplomarme, arrastro conmigo la mesa, la Perrier, las burbujas de diamante, el dolor atávico de las mujeres y la risa malvada de Dios.



[1] Al final del libro se transcribe el relato completo de *La cabra del señor Seguin*, de Alphonse Daudet, al que se hace referencia a lo largo de la novela.

[2] Nombre con el que Ladislaus Almásy, uno de los personajes de la película *El paciente inglés*, bautiza la escotadura supraesternal, es decir, el hueco que se forma en la base del cuello de la mujer. (*N. de la T.*)

[3] Juego de palabras con *éteindre*, apagar, y *étreindre*, estrechar, abrazar. (*N. de la T.*)

Segunda parte

POMME DE PIN

Recuperé el conocimiento.

Me llevaron al interior del café. Me dieron a oler menta piperita. Una mujer me pellizó las mejillas. Me ofrecieron una ginebra. Me preguntaron si quería que llamaran al Samu. Al servicio de ambulancias de los bomberos. A alguien. ¿Tiene marido? ¿Familia? Guiñe los ojos si me oye, señora.

No tenía fuerzas para palabra alguna, para ningún gesto.

En la pantalla de televisión fijada en la pared, detrás de la barra, la periodista Christelle Massin, muy conmovida, anunció, en el 12/13 de France 3, el fallecimiento de un colega de *La Voix du Nord*. Un accidente de autobús, cerca de la Grand-Place, que será de nuevo abierta a la circulación hacia las 13 horas, precisó. Luego recordó que uno de cada cuatro ciclistas que muere en las carreteras es a causa de un accidente con un camión de gran tonelaje, un autocar o un utilitario. La compañía del transporte público de Lille, Régie Transpole, ha declinado hacer comentarios.

Un hombre me ayudó a levantarme. Me temblaban las piernas, tenían la fragilidad del cristal. De repente me había convertido en una discapacitada. Una mujer rota. Alucinada. Acabé por abandonar el bar. Un coche frenó en seco cuando crucé la calle, se oyó un grito. El suelo era de agua y el oleaje me hacía tambalear. Tenía la sensación de ahogarme. Miraba el mundo y ansiaba aullar. Las lágrimas me quemaban las mejillas como si fueran ácido. En el vestíbulo de la estación, caí de rodillas. Me había quedado sin fuerzas. Los viajeros apresurados me rozaban, otros me esquivaban como si fuera contagiosa. Una leprosa del dolor. Arrodillada, miraba el mundo; habría querido que viniera mi

padre, que viniera mi madre, habría querido que me agarrasen y me salvaran, que borrasen aquella abominación con una palabra, con un beso, como en las benditas horas de la infancia. Un empleado de la estación me dijo que no podía quedarme allí y me levanté. Vagué entre las corrientes de aire, los empireumas de la bollería grasa, los efluvios de tabaco rubio de los que fumaban a escondidas, detrás de las columnas, entre los olores de algunos hombres, nauseabundos y penetrantes. Me subí a un TER lleno de grafitis fruto de la rabia y la indigencia, en dirección a Rang-du-Fliers-Verton, con una parada en Étapes, el norte más cercano. Allí donde dos cuerpos iban a formar uno solo, hasta la magnífica caída. Dos cuerpos hambrientos. Dos cuerpos caníbales. El mío y el del hombre por el que lo había abandonado todo.

Me senté, me desplomé más bien, en la banqueta de tela desgarrada. Mi cuerpo roto, al presente inútil y vano; mi cuerpo despojado antes incluso de haber sido colmado.

Los viajeros dejaron vacío el asiento libre contiguo al mío.

Llegué a Étapes a primera hora de la tarde.

Caminé mucho rato sin rumbo a lo largo de la desembocadura del Canche, un pequeño río costero sin gracia alguna, y odié la risa de las gaviotas, la música del viento en las hojas de los árboles. Y la alegría de una madre que volvía de la escuela con sus hijos.

Más tarde, agotada, reservé una habitación individual en el Hôtel des Voyageurs, en la plaza de la Gare, una habitación miserable, de limpieza dudosa, con humedades y juntas enmohecidas en el alicatado del minúsculo cuarto de baño; una contrición ya. Sin embargo, ya no tenía fuerzas para protestar, para defenderme. Habrían podido robarme, golpearme, matarme, no habría esbozado el menor gesto, no habría emitido sonido alguno.

Incluso habría sonreído, creo; musitado un gracias.

Me desplomé encima de la colcha parduzca y mi mente me abandonó, se posó en el techo para observar cómo mi cuerpo desaparecía en su noche.

Dormí treinta horas seguidas.

Al despertar me sentía hambrienta, y no olía muy bien. Ducha tibia, espuma de jabón. Una cara de loca.

En recepción, miré, con los ojos rojos, hinchados, los folletos turísticos mientras tomaba una taza de café malo. El vientre me hacía ruidos de desagüe. Debe comer algo, sugirió la patrona. Recuperar fuerzas. Me limité a preguntarle dónde estaba la parada del autobús 513. El que iba a Cucq. Pagué las dos noches y me fui, con paso pesado. Una viuda.

En el autobús, mi frente golpeaba contra la ventanilla y soñé que se abría y mi alma escapaba, se reunía con él, pero existe muy poca clemencia para los que se quedan.

Me apeé en Cucq. Caminé hasta el cámping Pomme de Pin.
Y allí conocí a Mimí.

3

Las palabras de Christelle Massin habían sido violentas. Un ángulo muerto. Había muerto en un ángulo muerto. Había sido invisible a los ojos de alguien, mientras que yo solo lo había visto a él.

4

Telefoneé a la mujer de Alexandre.

Con la voz rota, me presenté como una colega de *La Voix du Nord*, de la redacción de Saint-Omer, me disculpé por no poder ir al entierro. Le dije que estaba conmocionada. Que me sentía triste. Su timbre era alto, acerado, rayano en la histeria. Me había abandonado, replicó. Y repitió: me había abandonado. Iba a contestar que lo sabía, que... Me había abandonado, de manera que ¿qué quiere que me importe?

Y colgó.

Más tarde me vino a la memoria un suceso publicado en el periódico *Libération* hace más de veinte años. Una mujer se despierta. Se pone las gafas. El audífono. Su marido no está a su lado en la cama. Lo llama. No responde. Y cuando se dispone a bajar a la cocina, descubre el cuerpo de su esposo, inmóvil, al pie de la escalera. La cabeza forma un ángulo improbable. Va vestido, lleva puestos calcetines. Sus zapatos están allí cerca, también hay una maleta. La estaba abandonando. Y resbaló.

5

«Un día se dijo mirando la montaña:

–¡Qué bien se debe de estar allí arriba! ¡Qué placer brincar en el brezal, sin esta maldita cuerda que te despelleja el cuello!... ¡Al burro o al buey ya les está bien pacer en un redil!... Las cabras necesitan espacios abiertos.»

La cuerda..., su desaparición.

6

Michèle Morgan.

Mimí era la propietaria del *cámping*. Se apresuró a corregirme. Nada de *cámping*, pequeña, hotel al aire libre, ahora lo llaman así, insistió: *hotel al aire libre*.

Estaba sentada en una silla plegable *Piccolo* cuando la vi por primera vez.

Tricotaba una lana color calabaza, un jersey al parecer, con un largo cigarrillo apagado, y bastante arrugado, entre los labios. Levantó la cara hacia mí y me miró fijamente, con esa intensidad que muestran algunos hombres cuando evalúan a las chicas; yo: pelos de loca, enredados, tez lívida, aspecto grotesco, una bolsa ligera colgando del brazo, una nueva vida en el interior. ¿Penas de amor?, me soltó. Peor que eso, contesté.

Me invitó a desplegar la silla que tenía al lado y a sentarme.

Después guardó silencio, y al cabo de largo rato le pregunté:

–¿No enciende el cigarrillo?

–Llevo diez años sin encenderlo, pequeña, pero qué le vamos a hacer, soy una nostálgica de esa elegancia. De mis pupilas, cuando recorrían por la noche los diques de Stella o las inmediaciones del bosque de Le Touquet, con el asa del bolso Kelly de imitación en el pliegue del codo y un cigarrillo en la mano, con la incandescencia de un pequeño rubí. La cosa producía su efecto y hacía soñar a los hombres. En lo que a mí concierne, tuve que dejarlo a causa de un problema respiratorio, y a cambio heredé estas inútiles redondeces, unos quince kilos, tirando por lo bajo.

Miró mi cuerpo devastado y esbozó una sonrisa triste.

–De manera que sí, conservo mi cigarrillo, me recuerda los días en que me trataban de Madame, en que me miraban desde lejos con codicia. ¿Cuánto tiempo piensan quedarse, usted y sus penas?

–Unos días.

Al final me quedaría casi un año.

Entonces Mimí me propuso una pequeña *mobile home* para dos, *para dos*, lo

lamento, pequeña, eso sí, sin segundas intenciones; y cuando pretendí pagarla, se encogió de hombros al tiempo que precisaba, con el cigarrillo apagado entre los labios: es mi regalo, entre hermanas de penas.

Y añadió, a fin de que no insistiera:

–También yo conocí lo peor. Me llamaban Madame en mi época de esplendor, ahora es Mimí, a veces Michèle. ¿Sabe que Michèle no es mi verdadero nombre? Decían que me parecía a Michèle Morgan, oh, no debe de conocerla, una actriz de la posguerra. Decían que poseía su elegancia, sus rasgos esculturales, su tez de mármol blanco, sus ojos tan claros y su mirada grave. «Tienes unos ojos preciosos, ¿sabes?», pues bien, eran los ojos de ella en *El muelle de las brumas*, una mirada que volvió loco de amor a Jean Gabin. Una mujer hermosa y fría a la vez, atracción, repulsión, todo lo que fascina y asusta a los hombres. Como yo, al parecer. Fue una especie de duque sin un céntimo, un noble de tres al cuarto arruinado, el que reparó en esa semejanza, hace muchos años, una noche en una fiesta y en un exceso de Ricard, una excitación alcoholizada, bailando un agarrado, como lo llamaban entonces, me dijo: «Tienes unos ojos preciosos, ¿sabes?», y desde entonces me llaman Mimí, Michèle, los días en que mi lado frío se evapora, los días en que se atreven a acercarse. Mi verdadero nombre es Valentine. Un nombre de mujer fiel. De alguien a quien la suerte le sonrío. No obstante, la belleza de la actriz no me trajo suerte; al igual que la luz, la belleza atrae a las polillas, a los animales nocturnos, a los soñadores, a los dulces, a los miedosos, a los monstruos y los caníbales. Me he codeado con todos ellos, pequeña, y en mi andadura he visto de todo, he navegado por el corazón de los hombres como una chalupa, sacudida por sus dedos ganchudos, pocos son acariciantes, créame.

Depositó la labor en su regazo, cogió el cigarrillo entre los dedos y lo miró largo rato.

–Tranquilíceme, ¿no llevará cerillas encima?

Sonreí, por primera vez desde *Les Trois Brasseurs*, una sonrisa cansada.

–No. No llevo cerillas. Y también tengo el corazón apagado.

–¿Cuál es su nombre?

–Emma.

–¿Y cuál es tu historia, Emma?

La observé, más tarde, con el cigarrillo apagado en los labios, y el parecido con la actriz, la de *Sinfonía pastoral*, *Las maniobras del amor* y *El gato, el ratón, el amor y el miedo*, estaba sin duda ahí, debajo de los kilos superfluos; se hacía patente en una mirada vaga y perdida, una sonrisa fugaz, una belleza un tanto anticuada, estropeada, endurecida por las penas y el viento salado que de vez en cuando sopla por estos lares, un auténtico tesoro, y con el tiempo comprendí que reservaba esa sonrisa para el príncipe que, algún día, habría de ofrecerle un bonito ramillete de palabras, de esas que exculpan a los hombres.

8

¿Por dónde bailas, Alexandre? ¿En qué estrellas? ¿Al borde de qué precipicios?

¿Me ves? ¿Me oyes? ¿Me acaricias cuando duermo? ¿Me sigues queriendo? ¿Qué notas cantan en tus oídos?

¿Recuerdas la calidez de mi piel cuando tus dedos la tocaron tan brevemente? ¿Regresarás?

¿Dónde estás?

Soy de esas que pueden morir de pena.

9

Por la mañana, Mimí me traía un café.

Un café fuerte y espumoso, preparado por el armenio, me precisó el primer día, que está coladito por mí y duda entre llamarme Madame o Michèle, respetuoso, paciente, que no conoce a Michèle Morgan y sueña con un noviazgo pese a nuestra gran diferencia de edad.

Luego se sentaba delante de mi *mobile home*, a mi lado, sacaba su jersey de una fea bolsa reciclable de supermercado y reanudaba su labor de punto, con la aguja sujeta bajo el brazo y el cigarrillo apagado en los labios; la primera vez me dije que estaba bien que no lo encendiera, porque, de haber caído alguna brasa en el jersey, habría podido hacer un agujero. Durante esas mañanas, rodeadas de silencio, entre las quemaduras del café en mi boca y de las penas en mi vientre, le conté mi historia. Le hablé de ti, de tus labios y de tu voz. Le hablé del deseo

desmedido de ir a tu montaña. De mi alegría inmensa, inesperada. De mis estremecimientos, por la noche, cuando aún dormía al lado de mi marido. De vez en cuando veía sonreír a Mimí, su sonrisa era muy hermosa y me hacía comprender el pesar de los hombres. A veces asentía despacio con la cabeza, y por un momento dejaba de hacer punto. Se evadía. Le relaté nuestro lento camino, *brasserie* André, nuestras primeras palabras, nuestros dedos tan próximos que los tuyos habrían podido deslizarse en mi interior, rasgarme como a una hoja de papel, y que era con eso con lo que entonces soñaba, con ser rasgada por ti como una hoja de papel y salir volando, ligera, colmada, realizada, como la cabritilla. Por el momento no me atreví a hablar del autobús, del ángulo muerto, pero creo que Mimí lo adivinaba, conozco las tragedias, me dijo, sé desde hace mucho que el flechazo acaba en cenizas, y entonces me eché a llorar porque ignoraba si tu cuerpo yacía bajo tierra, adonde lo había arrojado tu mujer, o si se había convertido en polvo ya. Le hablé de mis hijos. Echaba de menos todo de ellos. Su rostro, su olor, sus manos, sus risas, sus palabras. La malvada rana de zarzal los había abandonado. Ahora ya no podía volver, toc, toc, toc, con una petición de perdón en los labios, perdón, perdón, y decir: aquí estoy, he vuelto, he vuelto porque estoy sola, porque Alexandre se ha ido, se ha ido sin mí, *porque me ha arrebatado sin llevarme, me ha retenido sin tomarme*,⁽⁵⁾ se ha ido sin haberme consumido ni devorado al amanecer. Sigo incompleta, Mimí. Me agarró la mano, me pidió que estirase el brazo hacia ella y deslizó por él una manga de punto trigo, un poco larga para mí, y luego sonrió, dijo: seguro que está bien, gracias, Emma, puedes recuperar el brazo, y prosiguió con su labor.

10

En aquella época, yo era la fealdad del dolor personificada.

Llevaba en los pies piedras pesadas y afiladas.

Debo decir que por entonces deseaba cortarme la lengua, ser muda y casi sorda, vana e invisible; no ser sino agua clara de bosque, un chapoteo evaporado.

Un estremecimiento, luego viento, y luego ya nada.

11

El hijo es el futuro del padre.

El señor Boghossian –el armenio– me dijo que había leído en el periódico que el conductor del autobús había intentado suicidarse. De la misma manera que el pintor Bernard Buffet. Fue su hijo de quince años quien lo salvó practicando agujeros en la bolsa de plástico con el dedo índice a modo de puñal.

12

El dolor de los hombres a los que se abandona suele ser de corta duración.

Por supuesto, ni Manon ni Louis contestaban a mis mensajes telefónicos ni a mis mensajes de texto.

Yo era una rana de zarzal. Ese pequeño horror mucilaginoso que abandona a sus renacuajos.

Afortunadamente, de vez en cuando tenía noticias tuyas a través de Sophie. Mis hijos la adoraban. Se pasaba por Bondues varias veces por semana. Los mimaba, como a pequeños huérfanos. Pasteles de merengue de Aux Merveilleux de Fred, calle de la Monnaie. Los miércoles por la tarde iban de compras. Bisutería para las chicas. Películas para chavales en el cine. Manon se había hecho más agujeros en las orejas, una diminuta guirnalda brillante, dijo Sophie, y le queda muy bien, créeme, resulta muy alegre, en absoluto vulgar. Louis se había peleado en el colegio, nada grave, cosas de chiquillos, pura chulería. Dime si me echan de menos, Sophie, y si no es así, miénteme, te lo ruego. Léa te reclama, Emma, es la única que pregunta por ti, y quiere saber si eres feliz con el «señor».

El señor.

Me quedé muda.

–¿Emma? Emma, ¿estás bien? –quiso saber Sophie.

Mi amargura era una tempestad. Arramblaba con algunas palabras. Las hacía trizas. Hasta con mi amiga absoluta me resultaba imposible pronunciarlas todavía. Aun así, surgían en mi interior, pero lo desgarraban todo a su paso, como zarzas, y, cuando llegaban al umbral de mi boca, me volvía afásica. Incluso había confiado a Mimí que esas palabras atizaban mi dolor, y me respondió que verbalizar equivalía en ocasiones a borrar, a aligerar.

–¿Emma? ¿Sigues ahí?

No lloré. Ni siquiera se me escapó un sollozo. Dije que sí. Sí, Sophie, sigo

aquí, pero no estoy bien. Mi amiga suspiró. Repuso: lo siento muchísimo, lo lamento de veras, pero debo confesarte algo que no te hará gracia. Caroline, ya sabes, esa chica tan guapa que pone los cafés a los clientes de tu marido, aparece por allí a última hora de la tarde y se larga al amanecer, antes de que tus hijos se levanten. A ellos les cae muy simpática. Louis está enamorado de ella, se ducha todos los días. Olivier parece un adolescente, mirada febril, morritos glotonos. Este fin de semana se fueron todos a Chambord para probar un nuevo todoterreno, creo, y al volver, Léa me contó que había visto el castillo de Piel de Asno.

De nuevo las espinas.

Como cuchillas de afeitar.

Mi pavor.

Ni siquiera solté un alarido.

Todo se confundió y se desquició en mi interior. Al otro extremo del hilo, Sophie gritó:

–¡Voy para allá!

13

«Sin embargo, no se desanimó y, tras haber perdido seis cabras del mismo modo, compró una séptima; solo que esta vez tuvo cuidado de elegirla muy joven, para que se acostumbrase a vivir en su casa.»

14

De noche caminaba por la arena fría de la playa, a pocos kilómetros del camping. El mar rugía y me parecía oír las voces de mis fantasmas.

Regresaba al amanecer.

El señor Boghossian –debajo del rostro cubierto de barba debía de tener mi edad– me inició en el arte de preparar el café armenio: en el *gezvé*, llevar a ebullición el café molido muy fino, el azúcar y el agua, y repetir varias veces el hervor; esas mañanas era yo quien se lo llevaba a Mimí.

Mis amaneceres ya no tenían la tibieza de las caricias del sol, de vez en cuando, o de las manos de un hombre en mi sexo húmedo. Eran fríos. Jamás

despuntarían con aquella sonrisa que desarmaba, con su boca perfecta, dibujada por mí.

No conseguía dejarlo marchar.

La sal del mar y de mis lágrimas había empezado a hundirme las mejillas y mi piel se había agrietado en algunas zonas.

15

Ahora sé que el duelo es un amor que ya no tiene sitio donde alojarse.

16

El tiempo se alargaba, fuera del tiempo.

El hotel al aire libre empezaba a llenarse desde los primeros fines de semana que hacía bueno. Familias de los alrededores –Desvres, Azincourt, Marquise–, prisioneras en pequeños pisos sin balcón, con vecinos ruidosos, así como jubilados, en parejas o solos, de nariz goteante, exfumadores en busca de aire puro, de brisa salada, del viento fresco del noroeste y, sobre todo, de gente con la que hablar, porque la soledad elimina del vocabulario frases enteras, al igual que el exceso de tiempo pasado con la sola compañía del otro.

Esos días ayudaba a Mimí en el colmado del cámping y, sobre todo, en la freiduría.

Por la noche olía a salchicha y a aceite de coco Végétaline.

Por la noche tenía el pelo grasiento y la piel brillante, aceitosa.

Por la noche, después de cerrar, ella recuperaba sus agujas y nos tomábamos una copa, yo de vino, ella de Marie Brizard, un licor de damas, decía, demasiado dulce para caer en la tentación de repetir, aunque, según el señor Boghossian, las noches de grandes penas le entraban ganas de tomar azúcar. Entonces ella me hablaba de la época en que la llamaban Madame, en que los hombres manifestaban un deseo cortés.

Por la noche yo seguía llorando.

Esa noche le hablé de lo que había perdido y que ansiaba retener. La existencia abreviada que me había rozado sin arrebatarme. La presencia fugaz que soñaba con que fuese eterna. Mi inmolación al instante, el instante, único

lugar de felicidad posible, él me lo había enseñado, me había convencido de ello y yo le había creído.

Había saltado al vacío precisamente por eso.

No me quedaba vino, de manera que Mimí dejó a un lado la labor y me tendió la botella de licor. Deja que las cosas se escapen, pequeña. En ocasiones, la alegría proviene de no retenerlas. Brindamos, ella en el vacío del mundo, en el soplo turbulento del viento, y a mí me pareció oír en ese soplo las conmovedoras palabras de Popea antes de ofrecerse a Otón, las palabras de todos los amantes perdidos, todos los deseos mutilados, todos los amores destruidos, y pensé en la hoguera que ardía en mi interior.

–Deja que se escape la palabra, Emma, déjala.

Y así, sentada ante la *mobile home*, bajo un cielo que ahora amenazaba tormenta, en el viento que dispersaba la arena, los papeles, las pelotas de los niños, los fulares de las mujeres, la ropa puesta a secar, me dejé arrastrar por la tormenta, emprendí el vuelo, y allá abajo, en la Tierra, vi a Alexandre reunirse conmigo en bicicleta en Les Trois Brasseurs, con su pequeña maleta encajada en el cesto, vi su mano tomar la mía, como se abraza un ramillete, vi mi alegría y mi gravedad cuando le dije: sí, sí, quiero eso; más tarde vi mi cuerpo desnudo y su cuerpo desnudo, los descubrí ávidos y bellos; se habían fusionado, como el hierro, el agua y el mercurio, entonces vi nuestra noche transfigurada, sentí cómo una lágrima me atravesaba cuando la palabra se insinuó en mí, a través de las espinas, para hacer eclosión en mis labios, y por fin pronuncié las palabras: está muerto, y lo repetí, más fuerte, para que allá abajo Mimí me oyera, está muerto, y caí del cielo, con el rostro en la arena, y Mimí dio un respingo y todo se volvió negro.

17

Pero yo sigo viva. Hacen falta heridos para dar testimonio.

18

Sophie llegó a media tarde.

Nos demoramos largo rato cada una en brazos de la otra. En silencio. Luego

me examinó. Descubrió mi tez gredosa pese a la brisa marina. Mis ojeras. Se cubrió la boca con la mano al contemplar mi cuerpo enflaquecido, mis senos, antes pesados y de pronto tan ligeros, me dio la mano y la suya temblaba, intentó sonreír y las lágrimas acudieron a sus ojos.

Entonces le dije que Alexandre había muerto hacía un mes, y soltó un alarido.

Mimí vino corriendo, con el señor Boghossian pisándole los talones, suponía que nos estábamos peleando o qué sé yo, *dzer darikin!*, rezongaba, *dzer darikin!*, ¡a vuestra edad! Mimí se sacó el cigarrillo apagado de la boca, no hay que darme esos sustos, chicas, los niños, hay críos por aquí, y un jubilado de Saint-Omer, viudo reciente, muy sensible, vuestro alarido podría provocarles pesadillas. Sophie se disculpó. Mimí esbozó una sonrisa de cine, una ternura poderosa, de manera que tú eres su amiga, la amiga absoluta, bienvenida a mi casa, aperitivo dentro de una hora, los reencuentros siempre deben celebrarse, nunca se sabe cuánto tiempo pueden durar.

Se colgó del brazo del señor Boghossian con tímida elegancia, un aire a lo Duquesa en *Los aristogatos*, y se alejaron.

Una tarde me había confesado que ciertas noches, las noches de grandes penas precisamente, lo recibía bajo las sábanas y lo dejaba emocionarse, maravillarse, lo dejaba hablar de los volcanes de su país mientras descubría la geografía de su cuerpo, reía con sus impacencias, con sus atenciones, *anouchig'ig!*, ¡qué guapa eres!, le dejaba mentir, me dijo: *anouchig'ig!*, y yo repliqué que también a mí me parecía guapa, y suspiró, no, con ellos no es lo mismo, les recuerdo a alguien, eso es todo, aunque no saben a quién. Y se echó a reír. ¡A su madre, tal vez! A su anciana madre.

Sophie se secó los ojos, me miró, me preguntó cómo. Un autobús, le contesté. Cerca de la Grand-Place. Ah, así que fue él, lo recuerdo. Qué horror. Qué trágico, inútil, pequeño horror. Vuelve conmigo, Emma. Instálate en mi casa, no puedes quedarte aquí, en una caravana, una casa de plástico, debes volver y decírselo, lo entenderán, te perdonarán.

Sigo queriendo a Sophie. Siempre la he querido.

Entonces mi amiga absoluta me dio un abrazo profiriendo un sollozo, de inmediato refrenado por la risa. El espanto produce curiosas mezclas.

—Esta noche vamos a darnos a la bebida. He traído vino. Y mañana te vuelves conmigo.

—¿Diga?

—Soy mamá, Louis.

Clic.

El aperitivo.

Mimí se reunió con nosotras mientras sostenía el cigarrillo apagado en una mano, incrustado en una larga boquilla —Audrey Hepburn tenía una igual, precisó—, y una botella de Marie Brizard y una bolsa de patatas fritas —de queso y paprika— en la otra. Esto va bien para empapar un poco, dijo con ojos brillantes. Había también caramelos de bergamota de Nancy, que un cliente le había regalado. Brindamos las tres, ella con su licor anisado, nosotras con Château Roubine, una de las botellas que había traído Sophie, con aroma a especias y monte bajo, un vino nacido en la ruta del Dracénois, al este de Lorgues, esa ruta del vino que Olivier y yo deberíamos haber recorrido juntos, en la época en que prometía maravillarme todos los días.

Hablamos de todo y nada, cantamos tonterías, nos reíamos por cualquier chorrada, por el alcohol, por una polilla que revoloteaba en torno a la lámpara — parece el armenio cuando da vueltas a mi alrededor, buscando invadir mi territorio—, nos reímos porque dos tíos que pasaban por allí nos propusieron una partida de petanca, y Sophie, risueña, ya borracha, les contestó que cuatro lechoncitos para tres guapas mujeres como nosotras, ¿cómo que guapas?, sublimes, sí, ni soñarlo, eh, chicos; con todo, les ofrecimos una copa de vino, cuestión de portarnos como damas, dijo Mimí con clase, y Sophie se dejó besar, oh, un beso rápido, amable, una lengua fugaz, una mano atrevida en el cuello, otra en un seno, le dijo: eres guapo, mientras lo rechazaba amablemente, y se fueron tan contentos. Ya no quedaban patatas fritas, y hasta eso nos hizo reír.

Sophie habló de los hombres: si bien acuden corriendo como moscas a la miel, luego se alejan igual de deprisa. Curioso, la interrumpió Mimí, porque con tus facciones delicadas, una carita de gata fatal, con tu cuello hecho para los collares, los regalos valiosos, y tu cuerpecito encantador, gracioso, los hombres deberían acercarse a ti reptando, querida, reptando. Segunda botella. Un Saint-Martin. Capa oscura, reflejos rubí, notas de cacao y de regaliz. Tiene cuerpo, dije

muy profesional, pero mi comentario cayó en saco roto. Tres matrimonios, precisó Sophie muerta de risa, y sigo sin saber retener a los hombres. Mi madre decía que acuden en busca de amor, pero los conquistas por el estómago. Mimí volvió a servirse su licor blanco. Los espléndidos ojos, tan claros, le brillaban; dos estrellas ahora tristes, lejanas. Sobre todo, lo que les gusta es descubrir a las demás mujeres, replicó, degustarlas. No pueden evitarlo. Es la novedad lo que los atrae. Las brumas desconocidas. La textura de una piel nueva. Los callejones sin salida que despiertan su glotonería. Son como niños en una confitería. Quieren probarlo todo. Hundir los dedos en todos los tarros. Tenían deliciosas golosinas en casa y, pese a todo, venían a devorar a mis chicas.

Las tres nos partimos de risa, pero tras las risas que eran fruto de la ligereza subyacían notas más sombrías. El vino me invitaba a mostrarme divertida. En mi caso, dije, para tener la certeza de que no volverán, los hombres prefieren morir. Lo cierto es que no fue divertido en absoluto. Incluso produjo el efecto de una inmensa ola salada. A todas se nos pasó de golpe la borrachera. Mimí se llenó de nuevo la copita, la apuró de un trago y la depositó en la mesa con la brusquedad de un puñetazo. No puedes quedarte aquí bebiendo y sin hacer nada, pequeña, te hace polvo y te pone fea. Sophie asintió con la cabeza, con expresión alelada, como los perritos que adornaban la bandeja de los coches en mi infancia. Tampoco puedes volver a Bondues, dijo levantando el índice, ahora la situación es delicada. La corté. Por Caroline, ya lo sé. ¿Quién es esa Caroline?, quiso saber Mimí. Un caramelo de pimienta, contestó Sophie entre carcajadas. Deposité mi copa y fijé la vista en los ojos claros de Mimí. Cuando era pequeña, le dije, por la noche mi padre me hablaba de vacaciones, de evasiones, hasta hacía ruidos de agua y de viento con la boca a fin de conferir mayor realidad a sus propuestas, la ascensión de la Barre des Écrins, el canal de Midi en barco, el zoo de Anvers para ver un tigre, algo aterrador, con la finalidad de que asistiera al temor de un hombre, o incluso simplemente una tarde con él en la fábrica en la que trabajaba. Pero jamás fuimos a ninguna parte. Siempre había una urgencia, o alguien que faltaba al trabajo. Y cuando se marchó, lo hizo sin mí, igual que Alexandre. Sophie había empezado a dar cabezadas. Mimí me llenó la copa con lo que quedaba en la botella, brindaré contigo por el viaje que vas a hacer por tierras flamencas, pequeña, allí uno descubre poéticos cursos de agua, hombres de verdad, de lengua gutural con acento holandés y pecho de toro, gente ruda que huele a algas, descendientes de vikingos, salvajes, impacientes, irás allí en busca de tu tigre, Emma, y dejarás que tu padre y Alexandre se vayan. Hice amago de protestar. Mimí se puso de pie, se llevó la larga boquilla a

los labios, como una aguja con la que fuera a coserlos, y justo antes dijo: no siempre una partida implica cobardía, también conlleva la esperanza de una llegada.

Acto seguido se dio la vuelta, con un movimiento de tal elegancia que habría podido jurar que llevaba puesto un despampanante vestido de baile.

21

Sophie se marchó dos días después, tras pasarse todo un día y una noche postrada en el lecho e ingerir una caja entera de Doliprane 1000 y una sopa ligera que no logró retener. A lo largo de los días siguientes llegaron los veraneantes. En la entrada, el señor Boghossian controlaba el acceso al hotel al aire libre, Mimí indicaba a cada uno su emplazamiento, daba instrucciones y presentaba las actividades: tobogán y columpios para los más pequeños; mesas de pimpón, minigolf, máquinas del millón, juegos de dardos, petanca y, confío en que todos lo aprecien, sobre todo los caballeros, campeonato de fútbol con entrega de premios. Excursiones posibles. Veladas temáticas: country, carnaval, cuscús, karaoke. Todo figura en el tablón de anuncios.

Me quedé todo el verano.

Por las tardes trabajaba. Era la señora Patata Frita, como un personaje de Roger Hargreaves, cuyos cuentos había leído a mis hijos.

Durante el día caminaba hasta el mar. A veces recorría la playa hacia el norte, hasta Le Touquet, o hacia el sur, Merlimont, Berck, Fort-Mahon-Plage.

Intentaba enterrar mi pena en la arena, en agujeros de mayor tamaño que el cuerpo de un hombre muerto –recordaba que a mi abuelo hubo que romperle las piernas porque el ataúd era demasiado pequeño–, y a veces los niños se acercaban. ¿Estás construyendo un castillo? ¿Puedo ayudarte? ¿Qué estás haciendo? Una tarde aupé en brazos a uno de esos niños. Le susurré nombres que no eran el suyo. Manon. Louis. Léa. Acaricié su piel, le olisqueé el cuello, le lamí los dedos. El pequeño se puso a gritar y su madre vino corriendo y lo arrancó de mis brazos tildándome de loca, con saliva en los labios, deberían prohibir el acceso a la playa a taradas de este calibre.

Algunos días, sentada en la arena, contemplaba el mar preguntándome cuánto tiempo aguantaría en su brillante superficie mientras nadaba hacia el infinito. «No porque tuviera la esperanza de matar al lobo, las cabras no matan al lobo, sino tan solo para ver si podría aguantar tanto tiempo como Reinalda...» Y un

pescador a quien la artrosis había convertido los dedos en pinzas de nécora me dio la respuesta: pérdida de conocimiento al cabo de una hora, tal vez dos. Tiempo de supervivencia, entre una y seis horas, seis horas para un hombretón como Teddy Riner, mi querida damita, no para una renacuaja, ja, ja.

Algunos días, sentada en la arena, lloraba.

Entonces corría al mar para ahogar mis lágrimas, y desde entonces sé por qué el mar es salado.

22

Una noche de agosto.

Según el Informe Hite de 1976 –cito de memoria–, el desconocido constituye la fantasía número uno. Eso sí, un desconocido benévolo.

Entró cuando estaba cerrando la freiduría, una agotadora tarde de sábado; casi doscientas raciones de patatas fritas servidas, otras tantas cervezas, cincuenta limonadas. Iba a precisarle que... Pero él me interrumpió. Con una mueca golosa, dijo que le apetecía un postre. Y que fuese yo. El postre. Sonreí. No lo miré. Dije: cierro y me abro a usted. (Tres novedades: un desconocido, aquella excitación y el lamentable juego de palabras.)

La cosa duró menos de cuatro minutos, detrás de la casucha. Se retiró justo antes de llegar al orgasmo. Justo antes de acabar. Yo me quedé allí unos instantes, a solas, con su esperma tibio en los riñones, y me eché a reír. Una risa incontrolable. Con la que luego se mezclaron las lágrimas. El desconocido no había colmado mi vacío. Solo lo había reavivado.

Y había podido calibrar hasta qué punto era abisal.

23

Feliz cumpleaños.

Tenía cuarenta años. Un marido que salía con una chica monísima de veinte. Tres hijos fantásticos que ya no me hablaban. Llevaba más de tres meses viviendo en una *mobile home* para dos, en Cucq, municipio de trece kilómetros cuadrados en el Pas-de-Calais. Mimí me regaló una bufanda y un gorro de falso punto inglés, de una lana muy suave, aquí el viento es traidor, me dijo

levantando la vista al cielo, sorprende como un insulto, el señor Boghossian me tendió un pastel de nuez moscada, le gustamos gordas, dijo Mimí entre risas, y mi madre me telefoneó; como ya he dicho, nunca se le pasa ninguno de mis cumpleaños. Olivier está destrozado. Un muchacho tan amable, tan enamorado de ti... Tus hijos languidecen, Emmanuelle. Hasta las amigas con las que juego al *bridge* se sienten abatidas. Siempre hablamos de lo mismo. Para tratar de entenderlo, nos dedicamos a leer. *La letra escarlata*, *Madame Bovary*, *Ethan Frome*. Pero seguimos sin comprender. Nadie entiende nada, y es esa incomprensión la que me vuelve loca. Confío en que los remordimientos te impidan dormir, que hayas perdido el apetito, porque nadie debería poder dormir ni comer tras tamaña abominación. Por un momento me dije que tal vez estuvieras pasando por una perimenopausia, y que estabas ansiosa de gustar por última vez. No te rías. Sé de lo que hablo. ¿Crees que las cosas eran fáciles con tu padre? Debes volver, Emmanuelle. Pon punto final a lo que tengas que hacer con ese muchacho y vuelve.

–Está muerto, mamá. No ocurrió nada.

Y colgué.

24

–Hola, ¿Manon?

–El número al que llama está ocupado, le avisaremos de su llamada con un mensaje.

25

Estoy convencida de que cuando una abandona a los que ama, se convierte en una desconocida.

26

La delicadeza de los perdedores.

Habrá sido mi madre, o tal vez Sophie, quien se lo ha contado. Olivier me ha

enviado una breve carta incómoda. Su pésame por lo de Alexandre. Unas palabritas prudentes. Frases concisas. Terminaba pidiéndome que caminase hacia el futuro.

En el presente nada dura, escribía.

No obstante, se me antoja que es en el presente donde todo dura, puesto que nada llega a su culminación. Se trata de un lapso. La fotografía de algo cuyo final no se conoce. Los finales están en el futuro. En *mamá se marcha*, por ejemplo, mamá sigue presente todavía y ausente ya. Y si escribo *me muero*, o, aún no estoy muerta, solo me encuentro entre dos abismos. Es el pasado lo que resulta doloroso. Posee el peso inmutable de las cosas que no es posible deshacer, como las rocas. *Mamá se ha ido* presenta un carácter definitivo. Al igual que *me he muerto*.

Te equivocas, Olivier, el presente es el lugar donde duran las cosas. ¿Te has dado cuenta de que únicamente con el verbo amar funciona de manera diferente? Nos hace creer que es perenne, pero ambos sabemos muy bien que solo supone una promesa, una tentativa. Se trata de un destino y nadie sabe si se alcanzará. De hecho, está en el futuro.

Te amo es en realidad *te amaré*.

27

Háblame de Olivier, me pidió Mimí, ocupada en tejer una pequeña trenza color franela con punto invertido, mientras yo descorchaba una botella de vino.

Entonces le dije que mi gusto por el vino procedía de ti, que me habías enseñado su lenguaje, sus viajes, sus agradables vértigos, sus aturdimientos, así como el lado sombrío que a veces despertaba en nosotros, los tristes impudores, los gestos caníbales; respondió que muchos hombres extraen del alcohol el valor para hacer el amor; le hablé de nosotros, del modo en que te había abandonado por una esperanza, un fruto, el deseo en sí mismo, y no porque ya no te quisiera, entonces Mimí se sacó el cigarrillo apagado de la boca con sorprendente delicadeza, murmuró que era sin duda la manera más cruel de abandonar a un hombre, y yo callé.

28

Pomme de Pin no ganó el campeonato de fútbol intercámping al final del verano. Tres a cero en cuartos de final.

Pese a todo, Mimí invitó a una ronda general, briks de Vieux Papes, en un cámping lo que se quiere es cantidad, no calidad, me aclaró, sobre todo al final de las vacaciones, guacamole y tortillas a voluntad, salchichón y zamburiñas (pagando). La fiesta se prolongó hasta la noche, los niños y algunas madres se retiraron a sus tiendas; los que se quedaron se pusieron a bailar, la violencia áspera del vinazo tinto hizo surgir algunas palabras gruesas, como puñetazos, manifestarse urgencias animales, y algunas siluetas se volatilizaron en las sombras, se perdieron en rincones de arena tibia; se oyeron risas sofocadas, sonó un grito, el susto de una mujer; y luego, de repente, en el corazón de la noche, se levantó un viento violento, ensordecedor, que arrastraba olor a algas, a sal, a peces muertos, el jadeo de un hombre; por la mañana, algunas ramas habían sido arrancadas de los árboles, se habían roto los cristales de varias ventanas, la red de una portería de fútbol había desaparecido, una tienda había salido volando, pero no hubo ningún herido, salvo un tipo que hacía el pájaro en un árbol y recibió una descarga eléctrica.

Esa mañana, en medio de la desolación del cámping, Mimí y yo despedíamos con gesto cansado a los últimos clientes; estos eliminaban a soplidos la arena que se había colado por todas partes, recogían las tiendas, enganchaban las caravanas a los vehículos, llenaban de agua el depósito de las autocaravanas antes de echarse a la carretera con la familia, con las bicicletas en la baca, en dirección al piso, al chalé, al hipermercado, para comprar el material escolar, recuperar las palabras tristes, bueno, pues hasta luego, no vuelvas muy tarde, sobre todo no cojas frío, reencontrar a los colegas ante la máquina de café, decir que sí, que el verano ha ido bien, cuchichear, con ojos brillantes y labios húmedos y ardientes, que ha estado bien, incluso mejor que bien, una vendedora de patatas fritas, y llegó septiembre, y pensé en mis hijos, que por primera vez iban a empezar las clases sin mí, en Louis, que querría un reloj inteligente, y en su padre, que diría que sí para optar por el camino más fácil, en Manon, que elegiría la ropa sin mí, en Léa, que aprovecharía mi ausencia para llevar el pelo más corto de lo que le queda bien, como Jean Seberg en *Al final de la escapada*, pensé en todo lo que mi deseo había impedido, me sentí una inmundicia, y me lancé a dejar marchar a aquellos a quienes amaba.

Las alegrías de la Francia transversal.

Más de cuatro horas y media de tren entre Étapes y Anvers. Dos TER. Un TGV. Dos correspondencias. Una en Boulogne-sur-Mer. La otra en Lille. Lille, Bondues, mis hijos, su piel, su voz, su olor, apearme, volver a verlos.

Había telefonado a Olivier desde el camping. Aún no están preparados, me contestó. Lo lamento. Tal vez no imagines el *shock* que supondría para ellos. Olivier, por favor. Fue como el seísmo de Sumatra. Una desilusión sin nombre. Dales tiempo, Emma, el tiempo necesario. Los dos mayores se niegan, pero a Léa le apetece verte.

Había quedado con mi hija menor en Meert, en la calle Esquermoise. Llevaba un abrigo nuevo, reconocí el gusto de mi madre, un paño ligero de invierno, azul marino, con botones dorados, así como un divertido gorro peruano multicolor (¿Caroline?); parecía una niña salida directamente de *Vogue Bambini*.

Corrió hacia mí, se arrojó en mis brazos y ambas estuvimos a punto de caer. En un primer momento nuestro reencuentro fue silencioso, carnal, como el de dos ciegas: le acariciaba el cabello, ella me tocaba el rostro, mis labios probaban sus mejillas, los suyos mis manos, se sobresaltó, sus primeras palabras fueron: tienes las manos rasposas, y descubrió las docenas de cortes violáceos en mis palmas, es por las patatas fritas, le expliqué, soy la señora Patata Frita en un camping, he pelado muchas patatas desde que me fui, millones y millones de patatas fritas, oh, mamá, ¿por eso te fuiste?, yo creía que... Posé los dedos en sus labios para hacerla callar, y me los besó, y después nos sentamos a la mesa. Gofre de grosella negra y violeta, chocolate a la taza para ella, café para mí, pedí un *espresso*, como una italiana, y durante un segundo me sentí arder. Me habló de una nueva amiga del colegio, de mi madre, que se pasaba por casa todos los días, de Caroline, que es supermaja, de Louis, que se afeita dos veces al día el bigote que no tiene, de Zoo, el labrador que su padre les ha regalado, hasta me enseñó una foto en el móvil, ¿tienes un móvil nuevo?, y de su padre, que miraba a Caroline como si fuera un coche recién estrenado. Una nueva vida ya, en pocos meses. Qué deprisa se sustituye a los desaparecidos... Como la vajilla rota. O un ramo marchito.

No me preguntó si iba a volver. No me preguntó si nuestra vida volvería a ser como antes. Se limitó a preguntarme si podía quedarse conmigo esa noche. Por favor, mamá. Esta noche no, contesté, tengo que irme. Pero ¡si ya te has ido!, exclamó. Ambas esbozamos una sonrisa apagada. Se lamió el bigote que le había

dibujado el chocolate. Cuando te vayas, ¿me llevarás contigo? Un sollozo. Ya está. Crecer es doloroso. Lo sabemos, pero es algo a lo que nunca prestamos la suficiente atención.

Entonces llegó Sophie. No tenía tiempo de tomarse un té, solo de prometerme que me llamaría pronto, tengo una noticia alucinante que contarte, pero antes quiero estar segura, completamente segura, y agarró a mi hija de la mano. Léa la siguió con su gracia de cervatillo, y me quedé sola.

30

Sola como hundida, como miseria, como tumba.

31

Por supuesto, perdí el tren de las 16.31 a Anvers.

Volví a la *brasserie* André. Quería ver. Volver a ver. Sentir. Revivirlo todo. Tocar una vez más la banqueta donde nuestros dedos deberían haberse rozado aquel día y los suyos hundirse en mi fiebre.

Me senté a la barra, observé la sala, bastante desierta a aquellas horas de la tarde, y donde había estado la boca, la mirada, el encanto indescriptible de Alexandre, casi una violencia, solo subsistía la banalidad gris de una mujer sola, demasiado maquillada, té verde, azúcar moreno, plato de pastelillos, novela voluminosa abierta ante ella, sus ojos arrugados, como dos muecas, que recorrían unas letras demasiado pequeñas, las paralelas grises, interminables.

Me temblaron los labios, las manos.

–Me gustaría mucho oír tu voz. Estoy preparada.

–Me llamo Alexandre.

–No busco una aventura.

–Tampoco yo busco una aventura.

–¿Me harás bailar?

–Sí.

–¿Dar vueltas?

–Sí.

–¿Me retendrás?

Pagué la Perrier que no había tocado, salí, y jamás volví a cantar a Piaf, ni a Gréco, ni a la inmensidad.

Llegué a la estación de Lille-Flandres y, en medio de sus corrientes de aire, me topé con sus fantasmas nocturnos: los bebedores, las peleas, las narices cubiertas de espinillas, los ojos amarillos como perros endemoniados, las palabras cortantes como cuchillas, la mendiga agresiva. La caída de un hombre jamás se lleva a cabo con suavidad.

Y después, uno de los últimos TGV. Hombres de negocios de cuerpo fatigado. De mirada sobona.

Y por fin Anvers. Llegada de noche. Un viejo hotel en el centro, a unos cientos de metros del zoo, la recepción y, justo detrás, un *lounge* estrecho, fuego de leña, olor acogedor, dos vikingos en la barra, con un whisky delante, perdidos en su silencio con aroma a turbas irlandesas, sumergidas en el agua misteriosa de Connemara. Pequeña habitación agradable, parquet crujiente, cama cómoda, doble, *king size*, mi mano buscó, se agitó, pero no te encontró, Alexandre, y entonces me entró frío.

32

No conocí la rabia.

No sentí rabia. No me laceré la piel con sílex.

Me embargó una tristeza degradante.

Perdí muchas palabras.

Hice un duelo curioso, sin compensación, y me convertí en el duelo mismo.

33

Las exequias.

Temperatura fresca pero cielo azul, día perfecto para una visita al zoo. Dos grupos escolares serpenteaban por las avenidas, caminaban hacia las jaulas de los felinos, probablemente porque era la hora en que los empleados les dan de comer y siempre resulta impresionante ver a un león, un tigre o una pantera despedazar veinticinco kilos de carne fresca, es decir, el peso de un niño de nueve años, el tamaño de su torso, el vivo color de sus entrañas. Deberían darles

animales vivos, soltó un chiquillo, ¡sería más divertido! Y los pequeños compañeros que lo rodeaban rieron, excitados por las imágenes que surgían en su cabeza: el espanto de una cabra, la loca carrera de un pollo, los gritos aterrados de un jabato.

Me dirigí al emplazamiento de los tigres. Del único tigre, de hecho, desde que Kharlan, de dieciséis años, tuvo la mala idea de morirse tres meses atrás. Tigre de Siberia. Doscientos diez kilos por término medio y, en el caso del macho, tres metros con sesenta de largo. Tardé unos instantes en divisar al que quedaba, detrás de las plantas que reproducían lo más fielmente posible su hábitat natural –coníferas, robles, abedules–, un animal enorme y magnífico, un pelaje como un incendio, un bufido cálido, aterrador y tranquilizador a la vez; de repente volví a ser una niña, de pronto tenía ocho o nueve años, como las crías de mi alrededor, que se fotografiaban intentando captar a la fiera en la imagen, detrás de ellas, y me diste la mano, papá, la tuya era grande y temblaba un poco, pero no debido a la excitación, a tu cara a cara con Shere Khan, el malo amable, como lo llamabas, era un temblor de miedo, papá, era tu pavor, ahora lo sé, todas tus cobardías, y mi presencia endulzaba tu temor de hombre, el de no ser capaz de defender a su hijita de las fieras, de los lobos que al amanecer podrían despedazarla a dentelladas, los cabrones que podrían abandonarla, o los que sencillamente no sabrían ofrecerle algunos vértigos.

Aquel día yo estaba al final de un primer viaje. Después del miedo, después de las pesadumbres, mi mano se soltó delicadamente de la tuya, se hundió en el bolsillo de mi abrigo, mis dedos se cerraron como pinzas sobre la ceniza que guardaba en él, procedente de la chimenea del *lounge* del hotel, mi mano salió gris y mis dedos se abrieron y tú emprendiste el vuelo, la brisa ligera te arrastró a la jungla, hacia la fiera de fuego, otras cenizas revolotearon hacia los niños, algunas se dirigieron hacia mis hermanos y hermanas, en alguna parte; lloré viéndote partir, tú, el padre secreto, el padre inasequible, el inventor de máquinas que debían mejorar la vida de los hombres y en ocasiones les arrancaban los brazos, lloré al decirte adiós, papá, al decirte que te quería, y de repente los chiquillos me empujaron, las últimas cenizas de mi bolsillo cayeron al suelo, fueron pisoteadas, y pensé que cada uno de aquellos críos absorbía tu fuerza, tu genio, tu pena, que tú, minúsculo por fin, microscópico, «eras uno y había multitudes en ti»,⁽⁶⁾ te unías a la inmensidad, a la eternidad, y nadie me tomó en sus brazos, nadie me retuvo, y revoloteé como una hoja seca.

Luego, los que me habían ayudado a levantarme desaparecieron a su vez.

Diría que estamos hechos en mayor medida de lo que nos ha atravesado que de lo que nos ha quedado.

Una copa de Griotte-Chambertin.

Un borgoña suntuoso, en el bar del hotel de Anvers, por la tarde, después de las exequias. Capa rubí, casi cereza negra. Aromas vertiginosos de frambuesa, de grosella, pepita incluida, de regaliz, de especias, de musgo y de sotobosque. Un cuerpo pleno, una carne voluptuosa. El líquido da vueltas en la copa, deja lágrimas magníficas. Y en mi oído, la voz de Sophie, histérica, ahora estoy segura, completamente segura, decía. Me contaba su encuentro con Maurice Carton pocas semanas atrás, en unas bodas de oro a las que estaba invitada, una vieja amiga del trabajo. Los hijos de la pareja habían tenido la idea de contratar a un cantante para animar la velada, Maurice Carton, sesenta y cinco años, especializado en el repertorio de Eddy Mitchell, cuyas canciones encantaban a sus padres, habían bailado con *Pourquoi m'laisses-tu pas tranquille*, *Lucille?*, y llorado con *Couleur menthe à l'eau*, y fue cuando empezó con *Rio Grande*, ya sabes, Emma, esa canción tan desengañada, tan triste, con esa letra tan bonita, «*Le temps va s'arrêter / Pour mieux nous oublier*»,⁽⁷⁾ fue en ese momento cuando me miró, cuando me vio, parecía que solo cantaba para mí, que yo era la pequeña ladrona, la marginal acorralada de la canción, que era conmigo con quien quería huir, acabar el blues, fuera tristezas. Oh, Emma, me sentía rara, el corazón me latía como el de una modistilla y tenía calor, si sabes lo que quiero decir, me daba punzadas, resultaba casi doloroso, estaba hirviendo, en un momento dado se acercó a mí, muy cerca, me tendió el micro, habría podido desmayarme, el micro, Emma, ¿te das cuenta?, delante de todo el mundo demostraba que..., en fin, ya sabes, no es que fuera muy discreto, pero hay que ver lo halagador que resulta, y cantamos a dúo el final de la letra, «*Ça s'ra toujours le blues / Dans la banlieue d'Mulhouse*», la gente aplaudió, gritó, silbó, fue algo muy fuerte, yo estaba superexcitada, figúrate, y él lo percibió, me guiñó un ojo, y nos encontramos en la calle, durante el descanso, él fumaba un Gitane,

un olor a infancia, no nos dijimos nada, ambos sabíamos, me pegó contra su cuerpo, la tenía muy dura, me murmuró que nunca nos separaríamos, dije que sí, dije: lo sé, Maurice, de cerca tenía un aspecto más dulce que de lejos, es lo que me gusta de los hombres, esa ambigüedad, y unos ojos, Emma, qué ojos, tenía la sensación de estar en pelotas, que, por cierto, tres horas después lo estaba, y por primera vez desde hacía mucho tiempo ya no me asustaba la edad de mi cuerpo, de mi piel, que empieza a aflojarse, qué noche, Emma, qué noche, y más tarde, después de que me hiciera el amor dos veces, ¡a su edad!, casi tres, no te preocupes, le dije, le pasa a todo el mundo, me cantó *Imagine* al oído, *Imagine*, ¿te das cuenta?, y fue una locura, porque su voz seguía haciéndome gozar, Emma, estoy loca, es el hombre de mi vida, estoy segura, no hay tres sin cuatro, vamos a casarnos, está escrito, lo único es que «señora Carton» no es que quede demasiado glamuroso, por no hablar de las expresiones poco afortunadas que sugiere, lotería de cartones, dormir debajo de cartones, ser de cartón piedra, piel acartonada, y bueno, también está Maurice, que es del montón, no demasiado sexy, de manera que lo llamo «mihombre», mihombre, en una sola palabra, y a él le gusta, oh, qué ganas tengo de que vuelvas, de poder presentártelo, te encantará, soy feliz, Emma querida, me gustaría tanto que también tú lo fueras... Dime que estás mejor, dímelo, y mentí y apuré, brindando por su felicidad, la carísima copa de Griotte-Chambertin.

Lo que yo creo.

En el virtuoso paso a dos de *Noche transfigurada*, el cuerpo de la bailarina se lanza, su vestido marfil flota a su alrededor como un suspiro, dibuja un abismo, sus tobillos son tan finos que temes que se rompan; su cuerpo grácil se precipita, se empotra literalmente en el del hombre, como una piedra en el suelo al fondo de un precipicio, los brazos del bailarín la recogen, la arrastran a un tornado demencial; los dos cuerpos se fusionan, echan a volar, no se separarán jamás.

Siempre debería uno poder arrojarse en el cuerpo del otro. Arremeter contra él. Incluso quebrarse en él. Saber que el otro jamás te soltará.

Eso es lo que creo. Lo que habría querido que Alexandre supiera para que no se asustase el día en que hubiera corrido a fundirme, a dislocarme en él.

Abandoné Anvers, a su tigre superviviente, las cenizas de mi padre, y regresé a Étapes. Reencontré a Mimí, al señor Boghossian, el camping prácticamente desierto, la freiduría cerrada. Recuperé el viento, el frío, la arena que sale volando, nos engrasa el pelo, nos azota la piel, nos lastra el cuerpo, y me disponía a acometer el principio de mi invierno.

Cuando cierro los ojos, te veo.

Cuando uno conoce el final, todo duele todavía más. Entonces te miras en el pasado, y te odias.

El Salón del Libro de Le Touquet había abierto para tres días, en el complejo tenístico Pierre-de-Coubertin.

Sophie se reunió ahí conmigo, sola, puesto que Maurice –al que habían encargado varias viejas canciones de Eddie Constantine y de Henri Salvador– debía cantar en unas bodas de zafiro en Longueau, a ciento quince kilómetros de allí, y quedarse a pasar la noche debido a la probable ingesta de alcohol, en especial las mezclas, al cansancio, al posible hielo en la carretera, un patinazo, un árbol centenario, una excarcelación difícil, un cuerpo hecho pedazos.

–Es que quiero conservar mucho tiempo a mi hombre, y de una pieza –dijo mi amiga en tono remilgado.

Me dio noticias de mis hijos. Salud, OK. Notas, OK. Habitaciones ordenadas, OK. Manon tenía novio, pero no creo que se hayan acostado todavía, precisó. Gracias, Sophie. Léa ha escrito un cuento que ha ganado un premio. A Louis le

han llamado la atención por una pelea, una historia de hombros que entrechocan, algunas palabras viriles, el veneno del insulto, un puño que sale disparado, un ruido de hueso que se hace trizas y desfigura. Desde entonces se ha calmado. Tu marido habló con él. Caroline también. Ah, esa tipa. Que debe de dejarse comer el chocho ronroneando, *Olivier, Olivier, nunca me lo han hecho tan bien, oh, no pares, mi placer no tiene límite, cómeme, cómeme*. ¡Emma, tú no! Perdón, Sophie. Me estoy volviendo despreciable. Mis remordimientos. Mi culpabilidad.

Al pasear entre los diversos stands del Salón del Libro, al cruzarnos con los autores, ambas recuperamos de nuevo la excitación que nos embriagaba cuando llegábamos a París: la Cinémathèque, la Ópera de la Bastilla, tres o cuatro veces el Museo de Orsay.

Más tarde, como hacía demasiado calor en el Salón, salí a tomar el aire; un hombre afable, con un vasito de café en una mano y un cigarrillo en la otra, me abordó.

–¿Es usted escritora?

Su pregunta me hizo sonreír.

–No. Acompaño a mi marido. Alexandre Prouvost. Presenta su primera novela, *Brasserie André*.

–Enhorabuena.

–Oh, yo no he tenido mucho que ver.

Sonrió a su vez.

–No la creo. Siempre hay alguien tras los silencios de un escritor. ¿De qué va el libro?

–Un hombre y una mujer se conocen en una *brasserie*. Ambos lo abandonan todo por un impulso, marido, mujer, hijos, trabajo, para vivir juntos.

–Peligroso.

–Sí. Pero la incertidumbre es la razón misma del deseo.

–*Touché!* ¿Se marchan juntos?

–Él no acude a la cita.

–Ah, la cobardía de los hombres.

–No. Lo atropellan en el momento mismo en que iba al encuentro de ella.

–¡Qué horror!

–No. Es la vida.

Y me alejé, soltando en voz más alta:

–Es lo que acaba de ocurrirme.

Entonces hizo amago de dar unos pasos hacia mí, a un tiempo trastornado e intrigado, pero le hice una seña para que se detuviese, para que no me siguiera.

Por favor.

Estaba segura de que ahora el tipo se disponía a buscarte entre los estands, que preguntaría en cuál estabas, que iba a querer leer tu libro, conocer el final –al igual que yo–. Bajé por la calle Saint-Jean hacia el mar, pese al viento que arrancaba los carteles del Salón y arrastraba las colillas, que revoloteaban como las brasas de una gran hoguera, pese a aquel remolino y a toda mi confusión.

Ya ves, Alexandre, sigues vivo porque yo lo quiero así, vivo contigo, degusto lo que nos estaba destinado y no me canso de hacerlo.

Permanecí desnuda largo rato en aquella *mobile home* para dos, tal como lo habría estado para ti, porque me habías dicho que mi nombre incluía «ella emma desnuda»,^[4] y porque me habías puesto al desnudo.

Puedo seguir imaginándonos mil existencias, borrar aquel funesto 20 de abril en la *brasserie* Les Trois Brasseurs.

Podría escribir mi *mentira-verdad* hasta desgastarme las yemas de los dedos, retener cada textura de tu piel con una sílaba. Uno deja de perder a aquellos a quienes ama cuando les inventa una vida. Se dedica a disfrutar y ya está.

Podría bailar en cada uno de esos destinos contigo.

Sin duda, habríamos permanecido siempre juntos, empotrados, como los bailarines de *Noche transfigurada*, o tan solo cien días, o diez, o tal vez una sola noche nos habría desgarrado, un solo amanecer nos habría traicionado.

Nuestra página está en blanco, el color de todas las posibilidades, constituye la medida del infinito.

Ahora sé que mi tragedia se arraiga en esa irresolución.

Ahora sé que uno puede tener varias lealtades.

La primera vez que hablamos, te pregunté si había que vivir las cosas cuando era igual de hermoso limitarse a soñarlas. No me respondiste. Citaste a Pasolini.

Volví al lugar de mis errores, Alexandre, con el fin de comprender. Confesé la boca odiosa de mi marido en mi sexo. Acepté las vanas promesas de mi padre, su falta de amor verdadero, incluso arrojé en una jaula de tigre las cenizas robadas en una chimenea de hotel para él, a fin de que se incorporase al universo, se disolviera en cada uno de nosotros. Traté de amar a mi madre en todo aquello que no me gustaba de ella. Reconocí las imperfecciones de *mi vida perfecta*, la rabia sorda de mi hijo Louis y a la joven amante de mi marido. Te

mostré mis apetitos. Te revelé mis carencias. Y ahora querría reencontrarme conmigo misma, ya va siendo hora; querría dejar de estar perdida en mis deseos, dejar de ser las lágrimas y el agua, dejar de ser mil palabras cuya tinta no se seca, dejar de estar viajando por mi interior, dejar de ser una náufraga, una mujer perdida; acaríciame, Alexandre, dondequiera que estés, resucítame.

Más tarde me reencontré con Sophie en el cámping, estaba leyendo con una copa de vino en la mano. Mimí tejía un chaleco, iba por la mitad del delantero derecho, un elegante punto de arroz. El señor Boghossian había cocinado: *spitak lobi aghts'an* (ensalada de judías blancas) y *larmadjoun* (pizza de carne).

–*Ourdegh hats ayndegh en'danik* –dijo.

Donde hay pan, hay una familia.

42

«**B**lanquita se sentía perdida... Por un momento, al recordar la historia de la vieja Reinalda, que había luchado toda la noche para que al final el lobo acabara comiéndosela por la mañana, se dijo que tal vez sería mejor dejarse comer enseguida; luego, tras haber cambiado de opinión, se puso en guardia, con la cabeza gacha y el cuerno hacia delante, como la valiente cabra del señor Seguin que era...»

43

–**H**ay que volver a la vida, pequeña, igual que se vuelve al día. Caíste enamorada, de manera que ahora has de levantarte enamorada, de otro modo serán diez años de cárcel en tu dolor. Alexandre no volverá, los hombres se limitan a pasar, hunden su silueta en nuestro lecho, a veces dejan que subsistan en él algunas palabras, un perfume, cierta dulzura, pero no se quedan. Déjalo ir, reunirse con tu padre, con la estela de un tigre, con la inmensidad. Ven, acércame el cuello, para que compruebe el del jersey.

–Mañana la llevaré a la ópera, Michèle.

44

Recuerdo haber leído un día los nombres grabados en las lápidas de un pequeño cementerio y, sobre todo, haber observado las fechas. Ninguna pareja había muerto el mismo día. El otro seguía sobreviviendo, a veces hasta treinta o cuarenta años.

Hay que escribir esas traiciones.

45

Las palabras de Alexandre, en bucle, hasta el aturdimiento.

–Un día, uno cree que ha llegado, deposita las maletas, construye una casa y, al crepúsculo, sentado en la terraza en compañía de su mujer con una copa en la mano, contempla el horizonte, a las últimas gaviotas, el cielo que vira al incendio, los fulgores, se dice que nada podría ser mejor, que nada podría ser más perfecto. Y luego una noche, Emma, en esos fulgores estabas tú, y ya nada fue verdad.

46

El elixir de amor.

Cuando la noche cayó del todo, negra, peligrosa, cuando la marea decreciente se llevó consigo el rugido sordo de las olas, salimos del cámping y, aunque la llevaba a solo dos kilómetros de allí, a la playa oscura, Mimí se puso su más bello atuendo: un traje de chaqueta de Chanel, rosa viejo, de *tweed*, un fular de seda, un porte a lo Geneviève de Fontenay, zapatos de tacón alto –contra los que no tardaría en echar pestes–; se adornó el cuello con un collar de perlas, de doble hilera, auténticas, pequeñas, pescadas en el océano Índico, frente a la isla Dirk Hartog, me las regaló un príncipe árabe en Deauville, durante una venta de purasangres, en agradecimiento a la elegancia francesa de mis chicas y a su *savoir-faire*, y cuando le precisé que la sala de ópera éramos tan solo nosotras dos frente al mar, que no estaba obligada a ponerse tan guapa, me miró de arriba abajo, con expresión grave pese a sus ojos tan claros, y me soltó:

–La ópera no es como el cine, pequeña, en el que uno entra a cualquier hora. Es como una cita. Y para una cita, hay que mostrar clase. Punto final.

Instalé dos tumbonas junto a las casetas de la playa de Le Touquet, al abrigo del viento, llevé un potente bafle de batería recargable que había encontrado en la sala de recreo del camping, una linterna, dos botellas de excelente vino y las docenas de *beuregs* (pastas de hojaldre) amorosamente cocinadas por el señor Boghossian.

Nos sentamos codo con codo, tapadas con una gruesa manta, y tras haber llenado nuestras copas de un Barolo Riserva Monprivato Cà d’Morissio 2004, capa granate con reflejos anaranjados, un aroma complejo, afrutado, especiado – ahora, murmuró Mimí tras haber degustado un sorbo, ahora sí que oigo ya a los ángeles–, puse la ópera.

Muy pronto, los cornos y las cuerdas parecieron invadir el espacio infinito que nos rodeaba, las notas de las flautas, los oboes y los clarinetes se incorporaban a las estrellas, y cuando sonó el coro, poderoso, alegre, nos estremecimos y Mimí me agarró la mano. Entonces oímos la voz de soprano de Adina leer *Tristán e Isolda* a los granjeros y la de tenor de Nemorino, perdidamente enamorado de la lectora: «¡Qué hermosa es! Cuanto más la miro, más me gusta».(8) Luego llegó Belcore, voz de barítono, sargento de regimiento, seductor y seguro de sí mismo, «Soy galante y sargento, no hay beldad que resista la visión de una cimera»;(9) para mí, este tiene todo el aspecto de un hombre que va a sufrir, murmuró Mimí. El decorado estaba listo. Una mujer, dos pretendientes, la base de todas las tragedias. Si supieras, pequeña, cómo en el fondo mis chicas permitieron evitar tantos dramas de pareja, tantos desgarros...

Más allá, a unos treinta metros, una silueta avanzaba hacia nosotras a pasitos cortos, tal como uno hace en una sala de ópera cuando llega con retraso, una fina silueta de hombre, como una escultura de Giacometti, torcida, delicada y rígida a la vez, que revelaba una edad importante. Se sentó en los peldaños que conducen del dique a la playa y también él se sumió en el amor perdido del granjero por la hermosa granjera, se dejó hechizar por la música alegre y triste que cubría los ruidos del viento, del mar y de los escasos automóviles a lo lejos.

Se acercaba la escena 7 del acto II.

La escena más breve. La más hermosa y sin duda la más triste.

Aquella en que Nemorino, solo, canta su amor, canta «La lágrima furtiva» de Adina, canta «Sentir los latidos», y la letra, Mimí, dice que tras haber sentido los latidos de la persona a la que se ama, siquiera un instante, uno puede morir. Escuche, escuche, es este fragmento: «Oh, cielo, si puedo morir, no quiero nada más».(10)

–No digas tonterías, pequeña, hay que vivir.

–Pero la vida es bailar al borde del abismo, no tricotar durante todo el día.
Mimí esbozó una sonrisa conmovedora y triste.

–No tricoto, Emma, espero.

–Podría leer. Escuchar ópera.

Se llena de nuevo la copa.

–Las cosas tomaron mal cariz para mí en cierta época. Un diputado descontento. La Brigada de Costumbres. La de Delitos Económicos. Entonces confiaron a mi hijito a una familia *respetable*. Jamás he vuelto a verlo. Desde entonces tejo jerseys de todas las tallas, para el día en que nos reencontremos.

Quise disculparme, pero apoyó un dedo en mis labios.

–Para que al menos haya uno que le quede bien, cuando llegue.

Brindamos en silencio mientras el coro de aldeanos se disponía a atacar el final. La silueta situada algo más allá se levantó, el viento nos trajo un «¡Gracias!»; parecía dirigirse hacia el mar glacial, dio la impresión de que se hundía en él, pero el vino y algunas lágrimas me turbaban la vista, tal vez eran las rocas lo que el agua se tragaba.

–¿Cree que estoy pagando por mis pecados, Mimí?

–¿Por haber querido ser feliz con un hombre?

–Por haber abandonado a mis hijos. Y haber herido a mi marido.

–Ignoro si pagamos por nuestros pecados, pequeña. Vivimos con ellos, y eso ya duele bastante. Lo que creo, yo que he tenido una vida hermosa y trágica, que he conocido el esplendor y el vacío, que llevo un camping desde hace demasiado tiempo, es que mientras no todo haya terminado todavía puede suceder un milagro, y yo creo en los milagros, en la gracia de las cosas. Mi hijito volverá. Pagar por los pecados supone dejarles decir la última palabra. Estos hojaldres están buenos, deberías probarlos.

El coro cantaba la felicidad de Adina y de Nemorino, un final ensordecedor.

Las dos botellas estaban vacías, Mimí contemplaba sonriente el mar de tinta, y minúsculos copos de nieve empezaron a flotar por encima de nosotras, en la playa, se echó a reír tratando de atraparlos, yo me tambaleé al levantarme de la tumbona húmeda, Mimí arrojó lejos sus zapatos de tacón, yo hice lo propio con los míos, volvimos descalzas, muertas de risa, los copos se fueron haciendo más gruesos a medida que nos acercábamos al camping, y el señor Boghossian nos recibió en el corazón de la noche con té caliente para mí y Marie Brizard para ella; recuerdo también que al poco me derrumbé en la cama de la *mobile home*, sin desvestirme, sin lavarme, con la boca pastosa, que todavía más tarde me despertó la vibración del móvil, un ruidito de sierra que me taladraba el cráneo, y

oí la voz trastornada de mi hija Léa.

–¡Es papá! –gritaba al aparato–. Ha vuelto la enfermedad.



[4] Emmanuelle, su nombre, podría traducirse literalmente como «Emma desnuda ella». (*N. de la T.*)

Tercera parte

LA RUTA DE LOS VINOS

Las leucemias mieloblásticas agudas (LMA) son proliferaciones clónicas agudas o subagudas, desarrolladas a partir de precursores hematopoyéticos (blastos) de los linajes mieloblástico, eritroblástico o megacariocítico, en todos los estados de maduración de dichos precursores. Por regla general, la enfermedad se desarrolla en la médula ósea:

- Su presencia inhibe la hematopoyesis normal, desembocando en el síndrome de insuficiencia medular, caracterizado por citopenias (anemia, neutropenia, trombocitopenia), cuyas consecuencias clínicas constituyen el medio principal para detectar la enfermedad.
- La enfermedad puede asimismo extenderse a la sangre, con aparición de blastos circulantes, o a otros órganos hematopoyéticos (bazo, ganglios, hígado...) o no hematopoyéticos (piel, encías, sistema nervioso central...), constituyendo el síndrome tumoral que no obstante resulta más frecuente en las leucemias linfoblásticas agudas (LLA).(11)

Olivier había tenido una remisión de tres años.

Las hemorragias habían vuelto. Sobre todo de las encías. Y también de la nariz. Equimosis. Palidez. Palpitaciones. Una mala angina. Hinchazón dolorosa de los ganglios linfáticos.

El mal siempre regresa con fuerza redoblada.

Trato de calmar a mi hija por teléfono, pero la voz no besa, las palabras no acarician. Léa llora porque *su poesía* supone esos infinitos, sospecha esas violencias que te arrancan de ti mismo y te transforman para siempre.

Caroline se ha ido, se fue en cuanto papá le anunció que esta vez estaba

realmente enfermo. Que no vencería. Que no lucharía. ¿Por qué ya no ama la vida, mamá?

Las mariposas no viven mucho tiempo, me dije. Entre unos días y varias semanas. Esta habrá vivido lo que dura una excursión en descapotable a los castillos del Loira, la degustación de una costosa botella de vino, el tiempo demasiado breve de la risa de un hombre. Cuando el mal había acabado por devorar la alegría de Olivier, Caroline había huido.

Yo también había huido.

Había abandonado a mi marido, a mis tres hijos, por los labios de un hombre y un millar de esperanzas.

Había vagado largos meses en mi tentación, había subsistido en su ausencia. Y me había perdido en ese vacío.

En el corazón de esa noche, evoco la primera vez que me habló de su enfermedad.

Dijo: es la primera vez que la palabra *cáncer* forma parte de mí.

Dijo: la palabra hace más daño que el mal en sí mismo.

Dijo: estoy tranquilo, no siento miedo, aún no siento miedo. Tengo tiempo. Aún tengo tiempo.

Dijo: lo siento muchísimo, Emma. Te pido perdón.

Entonces me eché a llorar. Y me pidió que no lo hiciera: tendrás otras noches para eso.

La noche en que el cáncer formó parte de él, cuando se disponía a alterar el curso de nuestras vidas, dejamos a los niños con mi madre y fuimos a L'Huître, en la calle Chats-Bossus, donde nos dimos un atracón de ostras, a él le gustaban las finas de Barrau n.º 2, a mí las Gillardeau, también del n.º 2; nos tomamos dos botellas de Domaine Cauhapé, un Jurançon seco y suave, y no nos emborrachamos, en ocasiones la aflicción y el miedo frenan la embriaguez, al igual que un dique contiene las olas violentas.

Esa noche hablamos de nuestros hijos, de la mejor manera de enseñarles que no somos inmortales, que el amor siempre engendra pesar, una especie de dolor, una piedra seca y rasposa. No sin ternura, él resumió: en suma, hemos de hacerles daño sin herirlos. Ah, la ironía de las cosas... La música de las palabras, como una melodía triste de Sibelius. Una pena aguzada. Gargantas de repente obstruidas. Nos brillaban los ojos, pero las lágrimas no brotaron. Dijo: es curioso tener un dolor que uno no siente. Todavía ignoraba los estragos del tratamiento de caballo que le aplicarían unos días más tarde. La fatiga extrema. El apetito que desaparece. Las seis semanas de hospital. Las hemorragias. El estreñimiento.

Las náuseas. La púrpura. La piel, que ansiaba arrancarse. ¡Que me despellejen, por piedad, que me despellejen!, gritaba.

Cuando volvió a casa, las piernas le temblaban, los niños trataron de no venirse abajo al verlo y, más adelante, Léa dibujó cabellos en su cráneo, uno a uno, con rotuladores negro, gris y marrón, para recuperar el color entrecano que tenían antes, y él se echó a reír.

Había reído de nuevo, como un corazón que vuelve a latir.

Esa noche, después de L'Huître, no volvimos a Bondues. Caminamos largo rato, algo tambaleantes, y en la plaza Louise-de-Bettignies, en el Vieux-Lille, me arrastró al interior del Hôtel de la Treille, como a una chica fácil, y pidió una habitación en la que, sin siquiera encender la luz, de hecho, sin siquiera cerrar bien la puerta, me aplastó contra él, me echó contra él, tal como siempre deberíamos hacer, arrojarnos, fundirnos en el cuerpo del otro, entrechocar, recordemos *Noche transfigurada*; me hizo dar vueltas y mi embriaguez despertó, chispeante y graciosa, y entonces me hizo el amor con una ternura inaudita, como se hace la primera vez y como sin duda se hace también la última.

Por la mañana, ambos teníamos el rostro cansado y pálido, y lo encontré muy guapo. Lo llevé a la Grand-Place, bajo un rayo de sol, donde tomamos un copioso desayuno. No quiso que le untase las tostadas, dijo: no estoy enfermo, y eso nos hizo sonreír. Hablamos de pocas horas después, cuando volviéramos a casa. Las cosas que había que prever. El daño que hacemos a los demás sin pretenderlo.

Me cogió la mano, me dijo: ven, y regresamos.

49

«Pero cuánto me habría gustado / Una vez más arrastrar mis huesos / Hasta el sol, hasta el verano / Hasta mañana, hasta la primavera.»(12)

50

Me cogió la mano, me dijo: ven, y regresamos.

Luego hubo tres años de remisión, durante los cuales lo abandoné.

Léa acaba de colgar.

Es la niña del final de aquella película un tanto aterradora que nuestro hijo vio una y otra vez durante semanas, la que anunciaba la tormenta allá en la linde del desierto, un mundo diferente.

La que anunciaba la caída por la escalera. La tartaleta con matarratas.

Estoy en Cucq, en el camping Pomme de Pin, y desde que mi hija ha colgado, no consigo volver a dormirme. Tendida en la cama de la *mobile home* para dos que ocupo yo sola, espero a que mi violenta migraña se mitigue.

Dejo que las palabras de mi hija se insinúen en mí, que me hagan daño, brutales, zigzagueando como una bola de máquina del millón. De repente esas palabras destruyen muchas cosas, hacen pedazos numerosas certezas.

Atravieso esa noche despavorida y triste, después de los fulgores de Nemorino y Adina pocas horas antes en la playa, en compañía de Mimí, de unos copos de nieve fundida y del precio de nuestros pecados.

No lloro, porque se me antoja que necesitaré mis lágrimas más adelante.

Recuerdo el primer beso de Olivier, su boca seca, sus labios temblorosos, su mano posada en mis riñones, mi estremecimiento inmediato. Recuerdo, más tarde, la calidez de nuestra piel y nuevos estremecimientos. Por entonces imaginaba la vida en pareja como una línea recta de sentido único, sin que el menor peligro pudiera venir de frente, una trayectoria dichosa; yo tenía veinte años, era antes de las fauces del lobo, antes de comprender que el instante constituye la única certeza posible y que es en él donde debemos realizarnos, era antes del frío eterno, antes de los hijos, antes de que la sonrisa de mi marido despertase el voraz apetito de algunas mujeres y caldease el corazón de una de ellas, una cabrita a la que tuvo cuidado de tomar muy joven.

Despunta el día y hace buen tiempo.

El viento ha expulsado las nubes tierra adentro, la nieve ha dejado de caer, finalmente la de esta noche no habrá sido más que una danza en honor de Mimí y en el mío, plumas de pequeños cisnes, un final de ópera.

Sigo acostada. El redoble de tambor en mi cabeza se atenúa.

Afirmo que la gesticulación sobre la faz de la tierra es breve, de una brevedad asesina, y que no merece verse truncada todavía más por el desamor, la rabia o el miedo: precisamente porque no disponemos de tiempo es necesario amar, con desesperación.

Y además, hay que perdonar y ser perdonado si uno quiere vivir.

52

Me levanto. Me lavo. Por fin una ducha, cálida, larga, incluso interminable, hasta vaciar el depósito del agua. No imaginamos cómo el cuerpo se apresura a traicionarnos, cómo la suavidad de la piel puede devenir pegajosa, el vello graso, el olor acre; cómo todo es criminal.

Una vez en el exterior, anuncio a Mimí que debo volver a mi casa. Que el cáncer del padre de mis hijos ha reaparecido, que esta vez es maligno, lleno de odio, hambriento.

Y el señor Boghossian –que cuida la molesta cefalea de su Valentine con coñac y comprimidos de Almogran– va de inmediato en busca de su viejo Renault 5 naranja, abollado y cuyo tubo de escape petardea, no puede ir usted sola, querida Emma, me dijo con las mejillas coloradas, para el dolor que allí la aguarda necesita un brazo robusto, y yo tengo dos; me muerdo los labios para no hablar, Mimí se encoge de hombros y me empuja al coche con su aguja de hacer ojos, ve, ve, no te quedes aquí, pequeña, hay un largo camino, y mi querido Boghossian no es precisamente el piloto Maurice Trintignant.

Tres horas y media de carretera más tarde, llegamos al Domaine de la Vigne. Llamo a la puerta. Oímos ladrar. Mi madre nos abre. Está más delgada. Tiene ojeras. Me mira como se mira a un mendigo, imagino, alguien que te avergüenza y te asusta, y su violencia me paraliza, soy incapaz de pronunciar una sola palabra, de esbozar el menor gesto; me mira de arriba abajo una vez más y entonces afloran sus palabras, frías, lapidarias: no tienes nada que hacer aquí, Emmanuelle, ni tu marido ni tus hijos quieren saber nada de ti, lo que les ocurre es una historia en la que tú ya no figuras, nadie te llora ya, vuelve al lugar de donde vienes; vengo de ti, me entran ganas de decirle, pero una mano firme aferra de repente la mía, me arrastra y me empuja al interior del pequeño vehículo, me enjuga las mejillas, y la voz grave y sabia del señor Boghossian me hace un regalo: en mi país tenemos un proverbio, dice, *Artsounke mi tsav e vor ke hasgana miayn na ov arden latsel e*, «Las lágrimas son un lenguaje que solo puede entender quien ya ha llorado».

De pronto comprendo las penas de mi padre.

Circulamos en silencio hasta la primera estación de servicio de la autopista. El señor Boghossian le echa aceite al motor y vuelve a hinchar uno de los cuatro

neumáticos, eres malo, no te quiero, rezonga al tiempo que le atiza al coche una violenta patada. Después nos tomamos un bocadillo en el aparcamiento, entre los camiones, choferes que hablan un millar de lenguas y fuman marcas de tabaco desconocidas, se intercambian las fiambreras, que hablan de su historia, de sus viajes, se enseñan fotografías y luego se palmean la espalda o el hombro con vigor, antes de subir de nuevo a la cabina y alejarse todavía más de quienes los esperan.

–Yo soy uno de esos hombres –me dice entonces el señor Boghossian–, me embarga la misma pena: resulta difícil volver, porque en nuestra ausencia nuestras familias han descubierto que podían vivir sin nosotros.

Dejo de contenerme.

Latsir, latsir, pokrig Emma. Llore, llore, querida Emma.

53

Más tarde, en la autopista, en el coche bamboleante al que adelantan enormes camiones, mientras regresamos al camping y el señor Boghossian canta a voz en cuello al unísono con la casete de Seda Aznavour, me pregunto, Alexandre, si no te fuiste precisamente para que yo volviera a mi casa.

Para que me dirigiese a ella. Como alguien se dirige a su rendición, como se confiesa una derrota.

54

Al día siguiente.

–Boghossian me ha contado lo de tu madre.

Mimí me agarra la mano como uno recoge un pajarillo caído del nido, se la lleva a los labios y la besa, y su beso incluye todas las palabras que todas las niñas sueñan con oír en boca de su mamá algún día.

Tal vez la mía no hablaba lo bastante fuerte.

Es posible que uno acabe por acostumbrarse al dolor e incluso pueda empezar a amarlo.

Y entonces llega el señor Boghossian con cruasanes, *brioche*s calientes, un periódico, mira a Mimí ruborizado, ella baja fugazmente la vista, entonces sonrío

al adivinar su noche, los volcanes de Armenia, las bonitas palabras falaces, *anouchig'ig!*, lindamente dichas, y los tres nos echamos a reír en el silencio del cámping desierto; nuestras risas son como tres grandes cuervos que emprenden el vuelo.

Después del café, trabajamos en el jardín, esponjamos la tierra con un binador, limpiamos, lavamos, frotamos, ordenamos: ese fin de semana el cámping colgará el cartel de completo debido a una competición de carros a vela que recorrerán los doce kilómetros de la playa de Le Touquet.

Durante veinticuatro horas volveré a ser la señora Patata Frita, olor a fritanga, piel salada, reluciente, los niños mirarán mis cucuruchos con glotonería, y algunos hombres me mirarán a mí, porque siempre se repite la misma historia desde el principio del mundo, todos queremos sentir los latidos, los que azotan la sangre en las sienes, taladran el vientre, producen picazón en los dedos y hacen que te sientas irreversiblemente vivo.

Transcurren las semanas, grises, húmedas.

Mimí ha caído en un invierno de silencio; tricota sin descanso, cárdigan, chalecos con cuello chal, con cremallera, con cuello de tortuga, jerseys con delantero de Jacquard y cuello de cisne o cuello redondo; sigue esperando; y una mañana la encuentro desplomada en la tierra fría, cerca de su silla Piccolo; asustada, llamo al señor Boghossian, que acude de inmediato, es una de sus noches de penas, me dice, las noches de Marie Brizard, en que grita en silencio; me ayuda a meterla en su *mobile home*, me echa una mano para tenderla en la cama, la mira, es hermosa, susurra, es apacible, la mira como a una santa, como a una isla, y pienso en la manera en que miré la boca de Alexandre la primera vez, sus labios, su sonrisa; me había afectado en lo más hondo, se había quedado allí anclada, y mi vida ya no volvió a ser la misma: me volví más fuerte, más débil, más bella, más grave, más alegre, en adelante finita por siempre, por siempre infinita; sí, señor Boghossian, es hermosa su Valentine, es hermosa su isla, muy preciada, saber que existe en alguna parte, en el océano inmenso, constituye una razón para vivir y para creer, algún día le hablaré de mi isla, de mis ansias de hacerme a la mar ciertas noches, de estirar los brazos y nadar hacia los últimos destellos, de dejarme derivar hacia esas negruras, le diré que he aprendido que una renacuaja como yo puede aguantar dos o tres horas antes de

ser engullida e incorporarse al vientre del mundo, allí donde reposan aquellos que nos aman y que nos han dejado antes de conocer la felicidad, le diré todas esas cosas, *shnorhagal em, pokrig Emma, shnorhagal em*, gracias, querida Emma, gracias; y tras haber arropado el cuerpo de Mimí con una manta, esa mañana volvemos cada cual a sus ocupaciones, el mantenimiento del cámping en su caso, alguna tarea de jardinería en el mío; había aprendido a plantar esquejes y a practicar incisiones en la corteza de los árboles, a acelerar el crecimiento de las plantas, a clavar rodrigones, mis manos trabajaban, mi mente vagaba. ¿Crees posible que dos corazones que entran en contacto puedan latir exactamente al mismo ritmo, Emma? Lo creo, Alexandre; te dejaré oír nuestros latidos y se requerirá un oído absoluto para distinguir en ellos dos corazones.

Todas las tardes llamo a casa, solo Léa descuelga. La abuelita no quiere que vaya a verlo al hospital. Louis dice que es como un zombi de *Doghouse*. Tengo miedo, mamá.

–Dime, ¿cuándo volverás?

Y una tarde, mi madre.

Si bien repite que es demasiado pronto, que no serviría de nada que volviese ahora –esperamos, Emmanuelle, todos esperamos, te diré algo cuando haya alguna novedad, te lo prometo–, sé que se ha iniciado cierto acercamiento, y que ese milagro se llama Léa.

56

Esto es lo que cantaba Cio-Cio San.

«Hoy mi nombre es Dolor. Dile, no obstante, que el día de su regreso me llamaré Alegría.»(13)

57

Entonces llegan las pruebas, las resonancias magnéticas, las tomografías, las decisiones, los analgésicos potentes, el dextropropoxifeno, la oxicodona, las indecisiones, la hidromorfona.

Llega ese período algodónoso previo a los seísmos, el tiempo suspendido donde ya nada tiene valor, en que deseas vivir pese a todo y al mismo tiempo

deseas irte ya; preparas la letanía de las despedidas y pides una hora, una noche más, aguantar hasta el amanecer.

Llega por fin el seísmo. El instante en que todo da un vuelco. Donde ya nada tiene importancia. Lo único que quieres es que te arranquen el mal, que desaparezca. A cualquier precio. Darías un brazo por ello, una pierna, una semana y finalmente la vida entera por que cesara el suplicio. Dios, cómo sufro por estar lejos de ellos, tan lejos de mi marido, de su dolor, de su terror sin duda, él que amaba tanto la carne misma de la vida.

58

En este momento te guardo rencor, Alexandre. Durante unas horas, unos días, hasta te odio.

Ya no toco mi cuerpo para ti. Ya no me acaricio el vientre para ti.

Ya no pronuncio ni saboreo tu nombre, como se hace con un caramelo acidulado, ni me muerdo los labios para ti. Ya no te espero, arqueada y desnuda en esta cama.

Nado mucho rato, todas las mañanas, en el mar glacial, a fin de castigarme y herirme, a fin de que las lágrimas heladas, como el acero de una cuchilla, me raspen el cuerpo y le arranquen el recuerdo de ti, de tus dedos, que solo me rozaron la piel del cuello, unos segundos, que apenas me rozaron la espalda, los senos, a través de la tela de la blusa.

Pisoteo tu sombra bajo la tierra. Ya no quiero nada de ti, porque contigo lo he perdido todo.

Y a veces me dejo flotar en el agua, como esas algas verduzcas y brillantes, me abandono a la deriva.

59

Un día, la corriente me empuja hasta Fort-Mahon-Plage y me quedo varada en la arena, en bañador, mi ropa se ha quedado en la playa de Cucq, estoy sola, helada, fuera de lugar. Camino descalza, tiritando, parezco una demente, una mujer perdida, y eso es lo que soy, Alexandre, lo que has hecho de mí. Las plantas de los pies me empiezan a sangrar debido a la rugosidad del asfalto.

Y mientras camino desde hace ya largo rato por la orilla desierta del mar, fuera de temporada, un coche se detiene a mi altura, con una pareja de edad a bordo, él va al volante, ella baja la ventanilla y pregunta si me han agredido, si me encuentro mal, si deseo que me lleven a que me vea un médico, tengo la piel azul, los labios me tiemblan, incontrolables, quiero volver a mi casa, llévenme a mi casa, por favor, quiero ver a mis hijos, los echo de menos, quiero ver a mi marido, se está muriendo, y ellos me llevan de vuelta al camping, ¿está segura de que no quiere que la vea alguien?

Me devuelven al frío de mi vida, a la sal de mis lágrimas, y a mi amor por ti, inútil, difunto.

60

Llegan los primeros días de abril, las primeras yemas en los robles rojos y los madroños, luego las primeras hojas, los primeros nidos, las primeras floraciones, los nuevos clientes, los fines de semana de tiempo clemente, nuevos cucuruchos de patatas fritas, nuevas mangas de jersey, ajustadas, raglán, nuevas copas de Marie Brizard y de vino, y las noticias de Olivier no son buenas.

61

Vuelvo a Lille en plena primavera.

Hora y veinte de tren, la frente pegada al cristal de la ventanilla, los paisajes apagados, las casas construidas de cualquier manera a lo largo de la vía férrea, la ropa tendida al aire libre pero que no se seca; algunos coches oxidados, fosilizados sobre bloques de hormigón en los patios, bañeras cojas en los campos..., una intensa sensación de resignación.

Sophie me espera en la estación de Lille-Flandres.

A su espalda se encuentra su Eddy Mitchell, un tanto torpe, triturando con los dedos el fular rojo que le rodea el cuello, muy a lo *cowboy*, hola, encantado de conocerte, nos damos un beso, ¿no? Sophie me ha hablado tanto de ti que tengo la impresión de que ya nos conocemos, y blablablá, no te preocupes, Sophie, Gainsbourg tampoco era guapo, y ya ves...

En casa de Sophie y Maurice, nos tomamos un café, con una lágrima de

armañac para él. Sophie está triste. Yo estoy triste. Todos lo estamos. La pena es contagiosa, pero es en ese mismo contagio como se atenúa, a Dios gracias.

62

Cuando dejas de pronunciar el nombre de las personas, se desvanecen.

Dime, Alexandre, ¿pronuncias tú el mío de vez en cuando?

63

La vida es la breve distancia entre dos vacíos.

Gesticulamos para colmarla. Nos arrastramos para extenderla. Querríamos que se eternizase. Incluso en ocasiones nos inventamos una doble vida. Mentimos más que respiramos. Miramos sin ver. Deseamos aprovecharlo todo, y todo se nos escurre entre los dedos. Amamos y de inmediato se acabó. Creemos en el futuro y el pasado ya está aquí. Nos olvidan tan rápido... No queremos perder y, cuando llega el final, nos negamos a cerrar los párpados. Rechazamos el puñado de tierra sobre nuestra piel helada. Y sin embargo, hay que saber soltar amarras.

Acordémonos de Blanquita. Acordémonos todos de ella.

«Un pálido resplandor apareció en el horizonte. El ronco canto del gallo surgió de una alquería. Por fin, se dijo, ella que ya solo esperaba al día para morir.»

Por fin.

Hay que aprender a arrojarse al vacío.

64

Mi madre reza, muy a menudo.

Recuerdo esta letanía: «Mis pecados me han hecho perder la divina gracia así como mi alma».

Me burlaba de ella, porque no sabía.

No volví a bañarme en el agua helada. No traté de ahogarte. Perdoné tu ausencia.

De nuevo me tendí desnuda, y otra vez empecé a esperarte.

Recordé que habías dicho que me comerías si bailaba y si, al bailar, mi cuerpo se volvía salvaje.

Recordé que habías perdido el sueño por mi culpa, y que por mi culpa pasabas frío por las noches.

Contigo yo era el fuego. Y jamás dejé que se apagara.

Me refiero a esas quemaduras magníficas que redibujan la piel.

El reencuentro.

El Domaine de la Vigne, en Bondues, es un campo de golf en el que hace mucho tiempo construyeron unos bonitos chalés, en su mayoría blancos. Los terrenos no están vallados, los árboles son pequeños, cuidados, preferentemente frutales o tilos. Los niños juegan sin gritar. Los perros no ladran, no amenazan, son como grandes peluches vivientes. Los vecinos se saludan por la mañana, se sonrían por la tarde, se invitan de vez en cuando, deciden juntos un «recorrido» – entonces los hijos de los buenos empleados hacen las veces de *caddies*–, miden sus progresos, regresan orgullosos, hablando fuerte, descorchan botellas de excelentes vinos y saborean su dicha.

En las mesitas bajas de cristal, en el salón, hay ceniceros de Hermès con motivos de caballos, pintados a mano, en los que nadie aplasta ningún cigarrillo, así como libros de pintura –Léonor Fini, Balthus, Fra Angélico– que nadie hojea jamás.

En invierno, la escarcha que cubre la hierba produce la sensación de que una novia inmensa ha abandonado su velo, o lo ha perdido. Los árboles parecen delgados, sus ramas mendigan. Grandes cornejas negras y brillantes asustan a los perros y a los niños. A lo lejos, los rostros de los golfistas quedan ocultos tras el vaho que escapa de su boca como minúsculos angelotes pataleando a su alrededor.

En invierno, el Domaine huele a fuegos de chimenea, y los niños nacen al

verano siguiente. Rubios. Encantadores. Con los ojos azules. O a veces grises.

Las primaveras siempre son alegres. El polen dibuja manchas pálidas en el rostro de las muchachas, los chicos atrapan las primeras mariposas, que clavan con alfileres, ya con cierto sentido de la crueldad, en paneles de corcho que luego llevan al colegio, orgullosos, como cazadores furtivos que exhibiesen el pellejo de un lobo.

La primavera es una promesa. Un vals tímido. Las piernas de las mujeres se desnudan poco a poco, holgazanean al tibio sol de primera hora de la tarde; los hombres abandonan el traje oscuro, se visten de gris, de prudentes ocres; el baile del deseo se inicia lentamente.

Me gusta ese tiempo de eclosiones, de cuerpos que salen del invierno, de niños que corren de nuevo al aire libre y cuyas risas agudas suponen una inagotable fuente de alegría.

La primavera es la época del orgullo de las madres y el deseo de las mujeres.

Me esperan a la entrada del Domaine.

Manon no está. Mi hijo ha crecido. Luce una espesa pelusa en el labio superior, no es un bigote todavía, Louis querido, aún no eres Tom Selleck. Se pone rígido cuando lo beso, cuando le digo que se está haciendo un hombre y que se parece a su padre; esboza una sonrisa desconfiada. Léa se arroja en mis brazos y el animal amarillo, que debe de ser Zoo, la imita, y caemos a la fresca hierba, sorprendidos. Louis llama al perro, ¡sienta!, chasqueando los dedos, ¡sienta!, con una voz nueva, recia, severa, y nosotras seguimos tumbadas un momento, lo justo para algunas caricias, algunas palabras serias: si tanto tú como papá os vais, ¿cómo voy a crecer? Estrecho a mi hijita contra mí, fuerte, para ahogar sus sollozos. ¿Cómo llaman a una madre que ha abandonado a sus hijos, Léa? Nos ponemos de pie y nos encaminamos hacia la casa, los tres, con el alegre perro trotando a nuestro alrededor. Dos vecinas que siempre me saludaban, antes de mi huida, que me invitaban con regularidad a compartir un té, una tarta con azúcar moreno, al parecer se han vuelto ciegas, además de feas. Aquí, en el ámbito de las gruesas paredes, de las mentiras que se evaporan, en el lugar mismo de la moral de los demás, una mujer no abandona a su familia, su sufrimiento debe permanecer secreto, su desolación está de más; aquí, el deseo es una vergüenza, una enfermedad, y las apariencias siempre se acaban imponiendo.

Mi madre abre la puerta justo cuando llegamos, mi madre pálida, envejecida de repente, con las facciones hundidas, en las que afloran la pena y la vergüenza, una cartografía del sufrimiento.

Nos besamos sin ternura y, más tarde, por fin solas en la cocina, sus palabras surgen, brotan, como pequeñas cuchillas, *tamaña abominación* fue tu partida, Emmanuelle, fue tu huida lo que lo puso enfermo, no te das cuenta, hija mía, los hombres son frágiles y temerosos, Olivier te ha querido tanto, te sigue queriendo, y tú vas y lo matas, su recaída es tu ausencia, cuando escupe sangre tengo la sensación de que eres tú que lo apuñalas, siento vergüenza, oh, siento tanta vergüenza, y esa bajeza me devora a fuego lento, he perdido siete kilos desde que tu marido volvió a caer enfermo, mira, mira, mis dedos se han convertido en alambres retorcidos, ya no tengo fuerzas, los tobillos se me hacen pedazos, me tambaleo, ya no me es posible acarrear todo el daño que has hecho, Emmanuelle, no puedo más, una madre no está ahí para eso, está ahí para la vida, está hecha para lo elevado, no para los desastres; a veces pienso en tu padre y me digo que si bien los hombres siempre nos dejan solas, pese a todo nos necesitan, debes dejar de pensar en ti misma, Emmanuelle, superar ese egoísmo, debes dejar de permitir que *tamaña abominación* nos aniquile a todos.

No me justifico. No le hablo del deseo que me invadió. Que me colmó. Callo la embriaguez del presente. No le digo nada de que me arde la piel. De la euforia que me provocan esas quemaduras. No le confieso que el grito de mi placer hace temblar los cristales de los lugares donde gozo y que es un muerto el que me hace gozar.

La miro, me siento orgullosa, casi arrogante, me siento hermosa, libre por fin, mi respiración se hace más intensa, como cuando la sensación de hambre se atenúa, como cuando la cortesía se aleja, y la taza que ella sujeta en la mano se rompe, la porcelana le hace varios cortes en la palma, la sangre brota, abundante, un rojo aterrador y magnífico a la vez; corro hacia ella, pero mi madre me rechaza, se envuelve la mano con un paño de cocina y me mira fijamente, una mirada torva:

–Eres un monstruo, Emmanuelle.

Me reúno con Olivier.

Está sentado en el salón, con los pies descalzos apoyados en la mesita baja de cristal, cerca de los libros de pintura y del cenicero de Hermès con motivos de caballos. Está pálido. La cortisona le ha hinchado las mejillas. Los ojos se le han hundido en el rostro, su mirada borrosa ha perdido la alegría de vivir que me había hechizado al principio, antes de los hijos, cuando enumeraba treinta pruebas para convencerme de que era la mujer de su vida.

Su mirada ha empezado a apagarse, su corazón a latir más lento, sin duda.

Mi marido me mira, me invita a sentarme a su lado, nuestros dedos se

entrelazan, se dan calor, y entonces sonrío y con respiración agotada me pregunta:

—¿Qué nos ha pasado?

67

Lo que nos pasó fue que llegó el momento, el momento que lo pule todo. Llegó la degradación del deseo y la escarcha sobre mi piel.

Llegó el frío.

Llegó la boca de Alexandre, la dulzura animal de un hombre, el bufido de un tigre de Siberia.

Llegó el sufrimiento, que he acabado por amar. Ese dolor al que he permanecido fiel.

Llegó la palabra de una mujer, en lugar de su silencio.

68

Evidentemente, la idea de vivir el tiempo que nos queda con la conciencia del tiempo en sí, la idea de saborearlo cada segundo, en la gracia del presente, la certeza que procura, la idea de tomarte tu tiempo aunque lo tengas contado, tiempo para hacer las cosas, para pronunciar las palabras adecuadas, preparar las despedidas, *ya*, tomarte el tiempo de dejar algunas huellas, dibujar los surcos, reparar o herir, la idea de vivir cuando ya no hay vida constituye una ilusión novelesca, el sueño de una persona que goza de buena salud.

Pero el cuerpo no está de acuerdo.

La idea de no luchar supone en sí misma un combate. El cuerpo se agota en el tiempo que queda. Pierde peso, pierde el apetito, pierde lentamente la razón. Los músculos se consumen. Los dolores de cabeza dan ganas de gritar, pero la fuerza para gritar ya ha abandonado la nave. Dar cien pasos cuesta lo suyo. Luego dar diez. Luego dar uno solo. El jadeo ahoga. El gusto por las cosas amadas se altera, se convierte en repugnancia.

El cuerpo se vuelve tragedia, se vuelve aflicción, se vuelve cubo de basura.

Por supuesto, el médico le desaconseja esa última libertad. El doctor H. Haytayan, oncólogo, exjefe clínico del Hospital Universitario de Lille. Estará

más controlado en el hospital, dice con voz suave. Mejor acompañado. Uno siempre se cree más fuerte de lo que es. Cree saber lo que es mejor para él. Mire, hace dos años tuve una paciente que quería hacer lo mismo que usted, renunciar a luchar, aprovechar el tiempo que le quedaba. Volvió a los tres días. Deshecha en lágrimas. No quería morir. Ansiaba un tiempo suplementario. Y conseguimos dárselo. Si decide renunciar, Olivier, el tiempo se le hará muy corto, terriblemente corto. Se trata de una lucha perdida de antemano, pero respetaré su decisión. Habría un protocolo que aplicar, y resultará pesado. No crea que basta con un analgésico para saltarse el tiempo que le queda. Olivier levanta la mano para atajar las palabras del médico. Déjeme decidir sobre mi final. Se produce un largo silencio. Mi marido posa la mano sobre la mía. Haytayan finge mirar su historial. Ayúdeme. Se lo ruego.

Entonces el exjefe clínico sonrío. Una sonrisa triste. Una sonrisa de vencido. Les diré a ambos lo que va a pasar a partir de ahora.

69

Si bien ahora un mundo nos separa, Alexandre, al mismo tiempo nos une.

Ven.

Mi marido ha decidido no vivir, y estoy aterrorizada.

Vamos a pasar juntos el tiempo que le queda. Cinco semanas tal vez, según el doctor Haytayan. Puede que dos meses, puede que más. Nadie lo sabe.

Vuelve.

Ayúdame.

70

Escucha esto también, Alexandre, y jamás dudes de mí.

Fosca es fea y Guido es guapo. Lo ama con ese amor que desconcierta y corta el aliento; entonces, fascinado por tanta pasión, consumido a su vez, vencidas sus resistencias, él capitula, se reúne con ella para una sola noche, una funesta noche. No obstante, más allá de esa noche seguirán amándose, ella desde el reino de los muertos, él desde la tierra de los mortales.

Esos amantes habrían podido llevar nuestros nombres.

Manon está en Londres.

Según mi madre, decidió ese viaje cuando se enteró de mi regreso.

–Ya ves, Emmanuelle, el daño que has causado.

Olivier.

Tras la consulta con el doctor Haytayan, no quieres volver enseguida a Bondues, enfrentarte a las preguntas de mi madre, a sus frases inagotables, al espanto de nuestros hijos.

Volvemos al Hôtel de la Treille, en el Vieux-Lille, como la noche, tres años atrás, en que la palabra *cáncer* empezó a formar parte de tu vocabulario.

La habitación 14 está disponible. Aquella noche, después del vino de L’Huître, me tomaste allí como a una chica fácil, una alegre modistilla.

Vuelves a pedirla.

Nos tendemos en la cama, esta vez casi al ralentí. Permanecemos un buen rato en silencio. En un momento dado, noto que lloras. Mis dedos buscan los tuyos. Me los llevo a los labios. Los beso. Me pego a ti. Me fundo en ti. Se me antoja que ya no somos sino una sola carne.

–Tengo miedo, Emma. Tengo miedo de morir y todavía más de sufrir. Estoy triste, y también furioso. Es tan injusto... No veré a nuestros hijos de adultos. No sabré si son felices. No sabré si tú habrías vuelto. Soñaba con que envejeciéramos juntos, Emma, que nos convirtiésemos en unos ancianitos. Cabello blanco, sonrisa dulce. No probaré los vinos de la siguiente cosecha. No sabré si han pulverizado al Isis. Si algún día los coches eléctricos tendrán más de quinientos kilómetros de autonomía. El mundo seguirá sin mí. Pronto ya no percibiré el olor de la lluvia. El cálido pelaje de *Zoo*. El olor a vainilla en el cuello de Manon. Quiero que me incineren, Emma, quiero emprender el vuelo.

Te entra hipo. Un poco de sangre se desliza por tu mentón. Pero te echas a reír.

–Jamás conoceré el final de *Breaking Bad*. Nunca sabré si Schumacher siguió siendo un vegetal o si salió de esta.

Cosas irrisorias todas ellas cuando uno no las conoce.

Te acaricio la frente, las húmedas mejillas, la boca. Te arde la piel. Te tiemblan los labios. No tengo palabras, solo mi cuerpo encajado en el tuyo, fundido en el tuyo.

Nuestra *Noche transfigurada*.

Dormiste un par de horas, velé tu sueño agitado.

El sufrimiento y el miedo producen los mismos efectos.

Cuando de nuevo abres los ojos, estás tranquilo. Me das las gracias y eso me conmociona. Nos apetece tomar vino, pero el hotel no ofrece *room service*. Bajo a la plaza, entro en el primer restaurante que veo. El Milano. Su mejor vino es un Montevetrano, a un precio indecente. Lo cual me arranca una sonrisa.

Te gusta su color rubí intenso, su aroma a madera con notas de violeta, mora y cereza, y luego, más allá, acentos de canela y de tabaco. Añado, divertida, que posee una nota de rocalla y de pezuña. Sonríes y, muy docto, precisas:

–Una nota de cuero.

–De pelo de cabra.

–Una nariz de transpiración en la parte inferior de la espalda.

–De piel enardecida.

–De deseo que aumenta.

–Un aroma a vientre.

–El susurro de un vestido que cae.

–El frenesí de una mano.

–La dulzura de una boca.

Tu sonrisa se borra cuando añades:

–Te he echado de menos, Emma. No supe ver lo que me estaba perdiendo.

–Creí que lo habías dejado escapar.

Entonces llenas de nuevo nuestras copas. Dices que las cosas son todavía mejores cuando tocan a su fin. Dices que uno solo valora las primeras y las últimas veces. No es cinismo, solo melancolía. Dices que me encuentras guapa y te beso. Un beso rápido. Un recuerdo. Y te pido que nos vayamos juntos. Que cumplamos por fin la promesa hecha en la época de nuestra boda, hace más de diecinueve años, de recorrer juntos la ruta de los vinos, oh, solo unos cuantos kilómetros, varias bodegas, los viñedos en sus primeras labores, en las primeras inflorescencias, en las primeras eclosiones, unas semanas juntos, el tiempo de...

No me dejas acabar la frase.

Sí.

73

¿Cabe imaginar los últimos olores que escapan de un cuerpo abandonado y luego abrir la ventana de la habitación y descubrir una alegría inmutable: una nueva mañana en la Tierra, gozosamente soleada, percibir algunos destellos de rocío espolvoreados aquí y allá, seguir el vuelo ebrio de una mariposa con colores de acuarela, observar las corolas de sombras desvelarse perezosamente, percibir los alegres silbidos de los verderones, de los gorriones, y dejar que el grito nazca del vientre vacío, dejar que se eleve como una llama hasta su boca seca y aullar «un hombre ha muerto»?

–Un hombre ha muerto, y yo lo amaba.

74

Recuerdo las exequias de Thérèse Delattre. Una vieja amiga de la familia.

En la iglesia, justo antes de la plegaria final, uno de sus hijos había subido al púlpito y nos obsequió con las últimas palabras de su madre: «No os preocupéis, sé adónde voy».

75

Deseo decir que el dolor es inútil, lo conocemos.

Deseo decir también que la alegría vuelve... en ocasiones.

76

Esta frase suya, perdida en las sombras de la Antigua Bolsa.

–Nuestro encuentro, Emma, en la *brasserie* André. No fue tan solo ese segundo en que nuestras miradas se dijeron que sí, fue cada segundo que siguió.

Entonces lo besé por primera vez, y sus dedos tocaron mi piel.

Estoy instalada en casa de Sophie desde mi regreso de Cucq. En su amplio piso del Vieux-Lille, vigas, parqué chirriante, agua que gorgotea en las cañerías, las entrañas de un animal.

Mi madre ocupa la habitación de invitados de Bondues; una enfermera se halla presente durante el día, otra, a unos kilómetros de allí, en caso de necesidad por la noche.

Olivier ha querido pasar tiempo con nuestros hijos, antes de nuestro periplo por el sur, la prometida ruta de los vinos, ese momento último en pareja, un momento curioso. ¿Vais a empezar de nuevo juntos?, quiso saber Léa. No, vamos a acabar juntos lo que empezamos, y se deshizo en lágrimas, pequeña hada de brazos demasiado cortos para abarcarnos a todos, y escribir un bonito final a nuestra historia.

Una psicóloga se pasa dos días a la semana por Bondues; nos reunimos a su alrededor en el salón y a veces se producen largos silencios, palabras quebradizas como burbujas de aire, también hay risas y promesas, una inmensa pena y sobre todo miedo, que cada cual debe domesticar.

Más adelante, la psicóloga tratará de derribar el muro de indiferencia de nuestro hijo, de comprender por qué lo tienta la idea de hacerse tatuar sus resentimientos en la piel de los antebrazos, una calavera. O bien un puñal.

La pena es una lengua desconocida, hay que aprenderla de principio a fin.

Olivier quería pasar un tiempo con ellos. Porque las partidas siempre exigen mayor dedicación que las llegadas: uno comprueba diez, cien veces que no ha olvidado nada. Porque las palabras de despedida resultan difíciles y cuesta dar con ellas. Porque aparecen las lágrimas y el espanto y los juramentos que hay que hacer al que se va para que pueda partir en paz. Porque la rabia es lenta en manifestarse, peligrosa, como el gas que escapa de un orificio. Porque quiere decirles que estará con ellos, incluso en la ausencia.

Manon vuelve varios días más tarde, pero sigue negándose a verme. Una tarde, Olivier le dice que me quiere y que yo lo quiero, que nuestro amor es hermoso, que ha habido risas y ternura, pasión y grandes óperas, sí, sí, aunque a él no le gusten tanto como a mí, tres magníficos frutos nacidos de ese amor, de nuestra sangre, le dice que soy su madre pase lo que pase, y que pase lo que pase, dondequiera que estemos él y yo, su padre y su madre, seamos carne o

meras partículas de polvo, la amamos incondicionalmente.

Entonces Olivier está preparado.

Y emprendemos el viaje.

78

Debes saber que sin ti, Alexandre, estoy inacabada.

Que sin ti ya no disfruto de la lluvia sobre mi piel, que sin ti algunas arias de ópera parecen mezquinas y patéticas, y que sin ti un amanecer que despunta ya no constituye una promesa.

79

Está sentada detrás de una mesa de despacho, entre coches espléndidos y al parecer potentes, pinturas brillantes, negros intensos con toques de azul o verde imperial o de berenjena, olor a cuero. Está arrebatadora y tiene veinte años, lo que la hace todavía más arrebatadora. Parece trabajar, pero cuando me acerco a ella veo que está hojeando una revista. Levanta la vista hacia mí, y luego el rostro, un movimiento a lo Bambi, una coma perfecta, dibujada con el cuello, que debe de volver locos a los hombres, a los que vienen a comprar coches al precio de una casita de provincias, primero solos, luego con sus esposas, a las que también debe de ofrecer un café, algo suave, elegante, un Caramelito o un Vanilio, y para ellos, un Kazaar o un Dharkan, con aromas de loca intensidad, porque sabe que a todos les apetece, que ahora todos miran a las chicas de la edad de sus hijas con loca intensidad, con una desesperanza inaudita, de ahí el coche potente para huir, lo antes posible, de la mediocridad a que los conducen sus deseos.

Ignoro si me reconoce, rara vez he venido, aunque supongo que habrá visto en casa fotografías en las que poso en el salón, en el hueco de la escalera y en nuestro dormitorio, donde ella durmió, donde permitió que mi marido le devorase el sexo, que todavía huele a leche, a jabón, una carne lozana, donde se dio la vuelta, jadeante, arqueada, como una muchacha de ensueño, donde le dijo: métemela ahí, porque los hombres babean por hacerlo pero no siempre se atreven a pedirlo, hondo, Olivier, ahí, a lo que él procedió, antes de dejarse caer

de nuevo en su lado de la cama entre risas, diciendo que la amaba, que era lo más hermoso, lo más alucinante, lo más excitante y también lo más triste, creo, que había conocido, aunque esto último no se lo dijo realmente, los hombres se cansan tan deprisa... Levanta la vista y luego el rostro hacia mí, de nuevo en plan Bambi, y antes de que tenga tiempo de reconocermelo, la abofeteo, un bofetón fuerte, rabioso, que arraiga en mi vientre, en el dolor que me provoca el hecho de que lo haya abandonado porque está enfermo, pequeña puta, en el dolor de Olivier, arraiga en todo aquello que un día hicimos mal y que se vuelve contra alguien, y su bonita cabeza parece desatornillarse de su bonito cuello, que ahora se inclina hacia atrás, arrastrando el bonito rostro, los bonitos labios que besan, la boca que engulle, hacia atrás, la silla se inclina a su vez en el vacío, el cuerpo de la chica cae, se desploma, la cabeza choca contra las baldosas, el ruido que hace al chocar es espantoso, una mancha roja aparece a la altura del arco ciliar, la sangre se desliza por la mejilla, un vendedor acude corriendo, lo miro, me reconoce y al instante cesa su carrera, sus piernas parecen pedalear hacia atrás, resbalar sobre hielo, resulta casi cómico. Caroline se levanta despacio, la gracia de Bambi ha desaparecido, de repente su belleza es pálida, vulgar, apoya las manos en la mesa de despacho, su cuerpo perfecto se incorpora, no he dado con otra palabra que ese bofetón inmenso, asesino, me mira, solo tiene veinte años, la edad de las promesas, todavía no conoce la violencia y la eternidad del presente, esboza una sonrisa sincera, y esa es su palabra, esa sonrisa, como mi bofetada, y acojo en mí esa palabra y me alivia, y la alivia, y todo ha terminado.

Ni mi madre ni Sophie han conseguido averiguar los sentimientos de Louis.

Cuando le preguntan cómo se siente, lo que experimenta, cómo ve las cosas, si lo embarga la rabia, si tiene preguntas relativas a la enfermedad de su padre, a su decisión de no luchar, responde «me las apaño». Me las apaño, como lo diría de tener que arreglar su cuarto, o del sándwich mixto que se dispone a preparar para sus hermanas.

A mí, que ahora paso más tiempo en Bondues, sigue sin hablarme. Únicamente sobre cuestiones prácticas. Me toma por una guía de supervivencia para adolescentes. «Se me ha acabado el champú.» «Los vaqueros están para lavar.» «Necesito cinco euros para la piscina» y «otros veinte» para salir con los compañeros. «¿Qué puedo ponerme para el acné?» «¿Qué hay para comer?»

Dios, cuánto preferiría que gritase, que aullase, que rompiera los objetos que hay a su alrededor, que me insultara por haberme ido, por haberlos abandonado, por haber matado a su padre como cree con deleite mi madre, que me dijese lo que le viniera a la boca, pero que me hablase, que me diera la oportunidad de poder explicárselo, de colmar sus silencios; y luego estrecharlo entre mis brazos y decirle que yo también tengo miedo.

–Esta noche duermo en casa de un amigo.

Fin de la discusión.

Manon vuelve a marcharse a Londres con su amiga Aurélie Cohen. Aquí apesta. Demasiado mal rollo.

En cuanto a Léa, contempla durante horas con ojos empañados la reproducción del *Cristo muerto* de Holbein el Joven en uno de los libros de pintura que presiden la mesita baja de cristal del salón y que nadie hojea jamás. Unos restos mortales que parecen vaciados, pies y manos gangrenados, huesos sobresalientes, músculos paralizados sobre los que está posada la piel cerosa a modo de sudario.

Hay muchísimas rutas del vino.

Hemos elegido una de las de la Provenza, no porque sea la más antigua, sino porque allí chirrían las cigarras, perfuma la lavanda, crecen los robles verdes, los olivos, los enebros, no porque fluyan torrentes de agua clara, serpenteen en ocasiones lágrimas de pocera, resuene la furia de un panadero engañado o porque los días de mistral se pueda oír a Marius, Mirèio o Bobi, sino porque reina el buen tiempo desde los primeros días de la primavera, porque Olivier quería, una vez más, sentir el sol en su piel, una vez más ese calor, que despide un olor a aceite tahitiano de *monoï* y de vainilla, una vez más sentir el viento tibio, ligeramente salado, en el rostro, una vez más ver el mar que se funde con el cielo a la caída de la tarde y dibuja un cuadro en el que todas las historias pueden escribirse, una vez más vivir la hora mágica en que el sol broncea la piel, alarga las sombras y parece prender fuego a la copa de los pinos, como antorchas festivas, por última vez tomar un desayuno a la sombra de un plátano de tronco pelado, una mesa de hierro forjado, coja, mantel blanco almidonado, cubertería de plata pesada y muy usada, café claro, hirviendo, zumo de naranja recién exprimido, la felicidad sencilla de un trago refrescante, casi helado, el periódico

local, la tinta que ensucia los dedos, las gacetillas relativas a los demás, las peleas entre vecinos, la sección de anuncios del día, las promociones de ropa de cama, los pague uno y llévese dos en la comida para gatos; también amaba la vida por estas pequeñas cosas, Emma.

La ruta del Dracénois.

Forma un triángulo entre Draguignan, posado en su meseta calcárea a la puerta de las gargantas del Verdon, los Arcs-sur-Argens, encaramados en un pico rocoso que domina la llanura por la que mil años atrás aparecían de improviso, como una nube de langostas, los sanguinarios sarracenos, y el Cannet-des-Maures, junto a la A8.

Salimos de Bondues en coche, un BMW muy potente que me daba cierta aprensión conducir. Olivier ya estaba muy debilitado. Habíamos bajado el respaldo del asiento a fin de que pudiera ir tumbado. Almohada, manta, gorra sobre el cabello demasiado corto, ralo, que deja entrever pequeñas calvas. Su cuerpo ya había perdido bastante peso; parecía un adolescente que ha dado un rápido estirón, un joven abedul crecido de través, ramas torcidas, un sufrimiento mudo.

El doctor Haytayan había prescrito Actiskenan, sulfato de morfina, contra el dolor, una cápsula cada cuatro horas –pero eso no le evitará los dolores de cabeza ni la somnolencia, había precisado–, así como un antiemético, debido al molesto estreñimiento que le sobrevendría, y había exigido que consultáramos a un facultativo a nuestra llegada y le mostrásemos su historial médico, que es este. Nos miró partir, con esa mirada sombría de los jefes militares que observan a sus soldados marchar hacia la derrota imparable.

En el silencio del habitáculo del coche, escuchamos el *Otelo* de Verdi y, cuando Desdémona canta su emotivo *Ave María*: «Ruega por quien arruga la frente ante el ultraje, y ante la mala suerte; ¡oh, tú, ruega por nosotros, ruega por nosotros, ruega sin cesar, y en la hora de nuestra muerte, ruega por nosotros!», (14) Olivier posó la mano en mi pierna, una mano que de pronto me pareció muy ligera, incluso imponderable, y me preguntó con voz grave:

–Emma, ¿crees que hay algo después?

Etapas 1. El Domaine Rabiega.

A veces siento que los dedos se me entumecen, que recorren la geografía de mi

deseo.

Siento cómo mis entrañas gruñen y llaman. Siento una ulceración y como un dolor de espinas en la punta de los senos.

Pero ¿no habías desaparecido?

La finca había sido adquirida en 1975 por Christine Rabiega, expresentadora de Télé-Lille y realizadora de reportajes para *Le magazine du mineur*. La revendió varios años más tarde a unos suecos, quienes a su vez la vendieron a un enamorado de la Provenza y del vino, que sigue siendo el propietario.

Llegamos a la caída de la tarde. El cielo es de un rosa nube de azúcar, y las pocas nubes algodonosas están ribeteadas de oro.

Olivier ha dormitado mucho en el coche. Hacía una parada cada cuatro horas para administrarle la cápsula de Actiskenan –se la tragaba con una divertida mueca infantil, y yo le daba las gracias por tratar de hacerme sonreír–, luego andábamos un poco por el área de servicio de la autopista hasta que los vértigos remitían.

En Draguignan, en una de las habitaciones –tremendamente provenzal–, como no tiene mucho apetito, pido que nos traigan un plato de embutidos, otro de quesos y dos botellas de Clos Dière 2011, una capa púrpura, intensa, un aroma a frutos negros, confitados y especiados. Olivier aprecia el vino, su final en boca «regalizado», me dice que no se habla lo bastante de los caldos de la Provenza, y eso que lo merecerían; luego brinda por nosotros, por nuestros tres hijos estupendos, le tiembla la mano y me digo que la copa se le escurrirá de los dedos y el vino ensangrentará las sábanas, y precisamente a causa de las sábanas y la sangre recordamos, con intensa emoción, el nacimiento de cada uno de ellos, Léa, sobre todo, estuvo a punto de nacer en el coche, sin duda tenía prisa por ver el mundo; después su expresión vuelve a ser grave, y me pregunta si he sido feliz con *ese tipo* durante el tiempo que no hemos compartido, durante esa hipótesis que arruinó nuestras vidas, ¿y qué tenía ese tipo?, se llama Alexandre, Olivier, ¿qué poseía ese tipo?, tiene un nombre, Olivier, ¿qué peculiaridad, con qué promesas te seducía que yo habría sido incapaz de cumplir? ¿A qué lugares te llevaba a los que yo no habría podido hacerlo? ¿Qué palabras pronunciaba que yo no conozca? Bajo la vista, me arden las mejillas, la sangre me bombea dolorosamente en las venas, intento hablarle de mis carencias, que fueron la

fuente misma de mis deseos, y que al principio habían sido sufrimiento. ¿Yo te hacía sufrir, Emma? No, pero mis carencias sí. Me herían. ¿No eras feliz conmigo? Me hiciste feliz, pero seguía incompleta, Olivier. El deseo no da la felicidad, no proporciona reposo. Entonces, por un breve instante, le cuesta respirar, me entra el pánico, pero él me tranquiliza con un gesto cansado. Cuando la calma vuelve a su pecho, prosigue: pero el deseo es infinito, Emma, se alimenta de insatisfacciones, una vez saciado, lleno, satisfecho, desaparece, y sin deseo ya no hay nada, nada en absoluto. Así pues, ¿ya no me deseabas? Descorcho la segunda botella de vino, bebemos demasiado, peligrosamente, sin embriaguez. He deseado a alguien aparte de ti, Olivier. No estaba saciada, no estaba llena. No me sentía subyugada. Es realmente asqueroso. Lo sé, Olivier, es asqueroso. Incluso con Alexandre te amaba. Te sigo amando. El amor no se divide. Se multiplica. ¿Como mis glóbulos blancos? Apuro la copa de un trago. Querría que lo entendieras, Olivier. ¿Entender qué, que deseaste a otro hombre? ¿Que tal vez solo deseaste su deseo de ti? No. El deseo de ser una mujer. De dejar de ser silencio. Lleno de nuevo las copas. Alexandre está muerto, Olivier. Ni siquiera tuvimos tiempo de hacer el amor. No conozco el olor de su piel. Como tampoco la suavidad o la rugosidad de las yemas de sus dedos. Una vez, una sola, en el patio interior de la Antigua Bolsa, me besó, sus dedos bailaron en mi cuello tan fugazmente que apenas lo recuerdo. Pero lo deseaste. No, Olivier, te lo repito, me deseé a mí. Me apeteció ser reinventada. Redescubierta. Y sin duda de nuevo abandonada.

Aprieto la copa en la mano, como haría para ahogar a un gorrión, y me callo.

Nos miramos durante largo rato. Nos brillan los ojos. El vino posee destellos rubí que bailan a la luz, dibujan manchas rosadas en nuestra piel, como una diminuta bola de espejos.

Nuestro silencio es hermoso, creo yo.

Más tarde, nace una sonrisa en él. También algunos reproches.

Y un incontrolable pesar.

—El único deseo que me queda ahora, Emma, es el de perderme, el de diluirme en el mundo y formar parte de él. Estar en todo. Estar en ti.

Finalmente, agotado, posa la copa de vino diciendo:

—No te presté la suficiente atención.

Me pide perdón.

Y nuestras penas me inundan.

Una vez más, oigo su voz.

–Hoy has hecho desaparecer una palabra en mí, Emma. Pudor.
Confieso que arrancó el rubor a mis mejillas.

Algunos recuerdos de Olivier y yo.

Había una retrospectiva de Bob Fosse en el Cinéac, y fuimos a ver *Lenny*. Estábamos los dos solos en la sala, y Olivier me hizo el amor. Recuerdo que nunca me había reído tanto al hacer el amor. Y que jamás había sido tan incómodo.

Recuerdo el primer anillo que me regaló. La anilla de una lata de Schweppes. El diamante vendrá más tarde, dijo, y me sentí inmensamente feliz.

Recuerdo la primera vez que se me retrasó la regla. Apareció con flores, champán, una enorme cesta de fruta, el libro de Laurence Pernoud, y entonces me vino la regla.

Recuerdo que prometimos que nunca tendríamos perro. Que nunca nos engañaríamos. Que nunca nos dejaríamos.

Recuerdo nuestro éxtasis cuando degustamos un Corton Clos Rognet 2004 de Méo-Camuzet, a más de doscientos euros la botella, y acto seguido encargó veinticuatro botellas.

Recuerdo las risas locas de aquella tarde en que apareció con un diminuto diamante para engarzar en la anilla. Recuerdo que era sincera cuando le di el sí, sincera cuando pensé que aquello duraría para siempre.

Recuerdo el primer sufrimiento que más tarde habría de anunciar mis carencias; tengo veinte años, me devora el sexo, pero no es el mío.

Veinte años.

«¡Ya!», había dicho la cabritilla.

«Había oído los cencerros de un rebaño que estaban reuniendo, y sintió que su

alma estaba inmensamente triste. Un gerifalte que regresaba la rozó con sus alas al pasar. Se sobresaltó.»

Etapa 2. Château de Berne.

87

El médico es encantador, tiene un acento de la zona que confiere a las palabras violentas la ligereza de un canto.

Examina el historial de Olivier, habla por teléfono con el doctor Haytayan y, tras un nuevo análisis de sangre y un nuevo escáner, ajusta la dosis de morfina, prescribe sesiones de kinesioterapia y que consulte a un nutricionista, porque ahora los gustos de Olivier cambian sin cesar –ya no soporta el queso, la carne, los huevos, el pan, el café–; por lo demás, evidentemente el médico está en contra de mi idea de alquilar un pequeño escúter, pero lo hago de todos modos.

Vieja promesa que Olivier y yo nos habíamos hecho en la época en que creíamos que dispondríamos de tiempo, una excursión por Italia en Vespa, Monteriggioni, Colle di Val d’Elsa, Volterra, un aroma a *Vacaciones en Roma* en la Toscana, pero pasaron los años, las promesas se evaporaron y nuestras vidas se echaron a perder.

Hace buen tiempo.

Estamos atados el uno al otro con dos largas bufandas de lana, porque le resulta difícil agarrarse a mí, ya no tiene fuerza en los brazos.

En el sillín del escúter petardeante, nuestros cuerpos forman un solo cuerpo, feo, poco agraciado, lejos de la virtuosa elegancia que exhiben los cuerpos ligeros del ballet *Noche transfigurada*; circulamos por el largo y caótico camino que lleva al Château de Berne, a través de vides en espaldera, pinos piñoneros, algunos robles, algunos cipreses; el sol enciende los jóvenes racimos como si fueran bombillas de guirnalda, los pájaros emprenden el vuelo a nuestro paso, los faisanes huyen, los zorros desaparecen y, a mi espalda, el cuerpo estibado de Olivier se inclina peligrosamente en las curvas, entonces reduzco la velocidad, grito: ¡estamos en Italia! ¡Hemos llegado, Olivier! ¡Mira, a lo lejos se ve Siena! ¡Se ve Monteriggioni! Grito fuerte para que mi pena no se oiga, grito: ¡soy feliz contigo! Grito: ¡me gusta sentirte pegado a mí! Grito: ¡vamos a salir volando! Grito: ¡te quiero! Y en ese momento la rueda delantera del escúter se hunde bruscamente en un agujero del camino y ambos vamos a parar al suelo, la moto avanza sola unos cuantos metros, permanecemos soldados el uno al otro, en el

sendero terroso, inmóviles, de pronto tengo mucho miedo, pero tras unos segundos de sorpresa te echas a reír, tu risa arrastra la mía y eso, Olivier, es uno de los más bellos recuerdos de los dos, y te doy las gracias.

88

El castillo de Berne, a la salida de Lorgues, hacia Salernes, ocupa desde el siglo XVIII el corazón de quinientas hectáreas de naturaleza, de robles, un extraordinario pinar que protege las vides del viento, del granizo y las heladas; es un lugar perdido donde intentamos reencontrarnos.

La habitación –dos grandes camas, paredes blancas, parqué gris, muebles con pátina– da al bosque, y nos parece estar en un camarote en la proa del *Molly-Aida*, inmovilizado en el corazón de la selva peruana, donde Fitzcarraldo soñó que alguna vez se podría escuchar a Enrico Caruso cantando a Verdi.

Cuando se marcha el kinesioterapeuta, bajamos al restaurante, nos instalamos ante una mesa en la terraza, en el suave calor del sol de la tarde. Seguimos el consejo del sumiller, probamos el rosado del viñedo, una túnica elegantemente asalmonada, brillante, con reflejos irisados. Olivier, siempre preciso, detecta aromas intensos con una mezcla de frutos de pulpa amarilla y cáscara de cítricos, y para que el maridaje de sabores sea perfecto pide un plato de alcachofas espinosas con albahaca y salmonetes a la plancha.

Esta tarde se encuentra bien, llama a los chicos, recupera algo de apetito; el sol le dora la piel, está guapo, y viéndolo reír, oyéndolo hablar, nadie podría imaginar los estragos que el cáncer ha provocado ya en él, una masacre, adivinar que está viviendo, con una copa de rosado en la mano, las últimas horas de su vida, los últimos días.

Esa noche, algo más tarde, conocemos a Jacques.

89

Dejo a Olivier solo el tiempo de ir en busca de una chaqueta a la habitación, pero sobre todo el tiempo de sofocar un acceso de depresión, porque al verlo beber y reír y hablar del día siguiente, de una excepción que desea hacer a los vinos de la Provenza en favor de un Saint-Julien, me he puesto a pensar que era

su último abril, que en ningún caso llegaría al día de su santo, a mediados de verano; el tiempo de poner fin a mis temblores incontrolables, porque evaluó la inmensa injusticia de ver abreviada una vida, mi absoluta limitación, la impotencia de todos para retener a alguien que se hunde; no disponemos de esa fuerza, ninguno de los amores de que somos capaces puede evitar una caída.

El silencio se impone a las risas.

Las brumas disuelven las imágenes.

La pesadumbre se adueña de los que se quedan.

Y luego acabas por hartarte de las penas.

Acabas por sobrevivir.

Un tanto avergonzada.

Pero hasta la vergüenza acaba por hacerse pedazos.

90

Diré que conocí la alegría inmensa de haber existido, la de haber bailado sobre la Tierra, la de haber estado viva, haber visto el brillo de las estrellas, la de haber probado la lluvia, los estremecimientos, algunos vértigos, la de haber sido feliz, total, desconsideradamente, y eso pese a los flechazos malvados, las estelas efímeras, las traiciones, los revoques de sombra y todo lo que un día nos abandona y nos aísla; sí, pese a todo ello, seguiré diciendo que lo más hermoso aún está por llegar.

91

Gansadas para las pavas.

Jacques está sentado con Olivier a la mesa donde lo he dejado hace un momento. Han pedido una segunda botella de vino, esta vez tinto –notas de frambuesa, de grosella, de cereza, de frutos secos y, por lo que dicen, un amable final de café, mermelada de ciruelas y chocolate–, perfecto con los quesos *serios* que comparten.

Le he traído un jersey grueso, la noche es fresca, hay un poco de humedad.

Me presenta a Jacques, sesentón, cabello y barba blancos, una sonrisa bonita y prudente.

Jacques trabajó en publicidad, sector en el que fue un brillante *copywriter*. Ganó premios. Con bastante rapidez se convirtió en director creativo, lo que significa, entre otras cosas, precisa con guasa, un gran sueldo, un gran coche, una asistente guapa. Nuevas campañas publicitarias, nuevos premios, un divorcio, y finalmente el tedio. Las ganas de otra cosa. De acercarse a sí mismo. De huir de las reuniones interminables. Los compromisos. Nos habla de las fotos de Sharon Stone o de Jane Fonda, tan retocadas que se veía obligado a mencionar sus nombres en los anuncios a fin de que el público las reconociera. Se había ido con bastante dinero, había intentado escribir un libro. Una novela sobre todo aquello. Algo que debería haber sido importante. Útil. Definitivo. Pero, en fin, entre las cinco líneas de un *bodycopy* sobre un antiarrugas, dice, y las trescientas páginas de una vida, hay un abismo, y me caí en él. Abandonó París para instalarse en el sur. En una minúscula galería de arte en Le Thoronet, donde vende a los turistas placas de madera local (alcornoque, castaño, cedro) grabadas con aforismos que le inspira la «vida». Ejemplos: «La verdad está en ti». «Levántate y cambia el mundo.» «El otro es un camino.» «Cada mañana supone el comienzo de una vida.» «El amor es el motor más ecológico.» Etcétera. Textos en camisetas. En tazas de té. Gorras y zapatillas por encargo. Y después le entraron de nuevo ganas de escribir frases más largas. Entonces se regaló una semana aquí, en el Château de Berne, para ponerse manos a la obra. Rodeado de calma. En el corazón del pinar. En medio de la belleza.

—¿Y? —le pregunto.

—La primera frase es la más difícil —contesta Jacques.

Y los tres nos echamos a reír. Me hace feliz verte reír. Le cuentas lo de tu enfermedad a Jacques y, tras fruncir el ceño, él te habla de esperanza. Dice: la esperanza es el sentimiento más poderoso que quepa conocer, más poderoso que el odio, que el amor, más poderoso que el terror o la violencia. No me hagas una de tus frasecitas al estilo del Almanaque Vermot, le sueltas en tono alegre. Pero Jacques ya no ríe. Tiene miedo por ti. Te pregunta si estás seguro de tu opción. Podrías creer en la ciencia, dice, confiar en que te salven, se ha visto antes, gente a la que se creía desahuciada, hay sanadores, magnetizadores, medicina suave, homeópatas, está Dios, están los médiums africanos, algunos budistas, existen mil posibilidades para salvarte, podrías ver crecer a tus hijos, ver todas las cosas hermosas que te apetezca, qué sé yo, Bután, Venecia. He visto todo eso en las últimas semanas, respondes, quizá no Bután ni Venecia, pero he pasado horas inolvidables con Emma, sin duda las más hermosas, y dentro de unos días, nuestros hijos, nuestros amigos y tú, espero, estaréis todos ahí, nos diremos que

nos queremos e indudablemente será verdad. Pero todo eso, lo interrumpe Jacques, puedes hacerlo sin... –duda sobre qué palabra emplear– condenarte. Sí, sueltas tú en un susurro, pero nunca lo habíamos hecho. Jamás hacemos lo que deberíamos en el momento en que tendríamos que hacerlo. Siempre dejamos a los que amamos para el último lugar. Y empiezas a toser porque las palabras se te atascan en la garganta, pides otra botella, me dispongo a decirte que ya hemos bebido bastante, pero me abstengo.

Nos quedamos largo rato sentados a la mesa, al aire libre. La temperatura ha descendido y el personal nos ha traído mantas.

Jacques describe sus campañas publicitarias para Mercedes, tú opinas que sus nuevos modelos se parecen a los Opel, le hablas de BMW, de diseño, de *wastegate*, de cosas que ignoro. Os miro a ambos, desconocidos el uno para el otro hace apenas tres horas. Parecéis dos viejos amigos, dos muchachos que hablan de coches, que hablan de chicas y que, en el fondo, hablan de sus miedos y de sus esperanzas. Me conmovéis. Os encuentro guapos. Estáis tan vivos...

Después subimos a la Gran Suite a fin de que te tomes la dosis de Actiskenan y puedas descansar por fin, acunado por el crepitar del fuego en la chimenea.

En el momento en que apago la luz, me dices con voz seca:

–Prefiero bailar el tiempo que me quede de vida en vez de descansar.

En la oscuridad, no ves la perla de mercurio que aflora a mis ojos.

Más tarde, como no consigo conciliar el sueño, bajo sola, las ganas de otra copa, y luego otra más, la necesidad de dejar que el vino triste diga la última palabra: rabia, depresión, odio, qué más da; y el camarero del restaurante me sirve un gran reserva 2012, frutos negros frescos, vainilla y guindas, nada de pezuña, pelos de cabra o labios suaves, esta noche quiero beber, aunque fuera el vinazo que a veces servía Mimí en el camping, beber, solo eso, porque no puedo gritar ni romper cuanto me rodea, beber hasta caer redonda, porque la marcha de los hombres a los que amo despierta en mí una rabia desconocida.

–Voy a emborracharme contigo.

Me sobresalto y levanto la cabeza.

Jacques me sonrío. Va en albornoz y tiene el cabello alborotado.

–Estaba fumando en la ventana de mi habitación, te he visto y me he dicho que también a mí me apetecía la última.

Le devuelvo la sonrisa y, tras acabarme la copa, la lleno de nuevo y se la tiendo; él la apura a su vez. Un par de borrachines eficaces. Trato de estar a tu altura, dice. Entonces le sirvo otra y otra más, y el camarero nos trae una nueva botella con una segunda copa.

Jacques toma entre las suyas mis manos temblorosas.

–Sé que escribo muchas tonterías en mis placas de madera, pero qué quieres, a la gente le encantan. Un día, una señora hasta me preguntó si tenía algo sobre los perros, no tenía nada, así que le dije que pasara al día siguiente. En una madera corriente que había recuperado de una caseta de perro, había grabado en un lado: «Mi perro es el que me hace tener gancho» y, en el otro, «Solo hay uno que me querrá siempre y jamás me juzgará: mi perro». Se puso loca de alegría, y para agradecérmelo me envió a todas sus amigas: así fue como empecé a escribir gansadas sobre los gatos, los pinzones, los hámsteres e incluso una pava.

Sigue envolviéndome las manos, mis temblores parecen remitir.

–Crean que solo soy bueno para escribir sandeces, pero a ti puedo decírtelo, porque tú sabes separar el grano de la paja, tú buscas respuestas, Emma. No hay que tratar de comprender por qué suceden las cosas, por qué el cáncer de Olivier ha reaparecido, por qué le ocurre precisamente a él. Hay personas que consideran que, si entienden la razón de que la enfermedad haya vuelto, se curarán. Eso supone, sencillamente, negarse a aceptar el misterio. Existe el misterio de la vida y el misterio de la muerte, Emma, el misterio de nuestra tan vulnerable condición humana. Debemos aceptar que hay cosas de mayor envergadura que nosotros, respecto de las cuales no podemos hacer nada. Y eso nos devuelve a la proporción adecuada en el universo.

Etapas 3. Château de Saint-Martin.

Durante los días siguientes, escuchamos en bucle *Tabula rasa II*, de Arvo Pärt, y el *Ave María* de Caccini.

Comemos bombones Rochers Suchard, cosa que nunca nos atrevíamos a hacer por fútiles razones estéticas, sobre todo yo.

Vemos tu película favorita, y la mía (comiendo Rochers Suchard, sobre todo yo).

Hablamos por Skype con Léa. Pregunta cómo podrá tocarte cuando te hayas ido. Si crees en los fantasmas. Si serás uno de ellos. Pregunta si tienes miedo, y sus grandes ojos se turban.

–¿Sabrás lo que será de mí, papá? ¿Me verás?

Nos bebemos un Léoville Poyferré 2009 en una playa de Saint-Raphaël mirando cómo el sol se hunde en el agua, como una naranja que rueda y cae al

suelo y desaparece debajo de un mueble.

En una calle de Taradeau, le dices a un tipo que te estás muriendo y él agacha la cabeza y aprieta el paso.

Una noche me entra el pánico porque no encuentro las cápsulas de Moscontin, y tenemos que correr al hospital para que te entreguen otras nuevas. Pánico. Arritmia. La increíble abnegación de los conductores de ambulancia.

Dices de nuevo a alguien, en la calle, que te estás muriendo, y esta vez esa persona te pregunta si puede realizar alguno de tus sueños. Le sonríes sin una palabra.

Delante de la oficina de turismo intentas regalar el gran BMW, pero la gente ríe, cree que se trata de una cámara oculta. Juras que no es eso, que lo ofreces porque ya no lo necesitas, porque te marchas, y un hombre te pregunta cómo puedes irte si no tienes coche; respondes que tienes cáncer, que no te lo llevarás contigo, y entonces el hombre quiere saber el kilometraje, la potencia, las opciones, cuánto consume, cuánto quieres por él, y repites: se lo regalo, y él te tilda de estafador y de ladrón. Dice que si a los burgueses les da por empezar a timar, es el mundo al revés.

Tardamos una hora en encontrar el número de teléfono de un tal Frédéric Jeanmart, a quien no conozco, uno de tus amigos de infancia. Lo llamas. Tarda un poco en ubicarte. Evocáis un patio de recreo. Una merienda. A una vecina. Después le pides perdón. Nunca sabré por qué. Y veo tu rostro apaciguado, pese al dolor que empieza a despertar, los perdigones de sangre, minúsculos confetis.

Nos decimos cosas que jamás nos habíamos atrevido a decirnos. Que te habría gustado hacer el amor con una mujer negra, alta, picante. Que te encanta Caroline porque hay en ti oscuridades que ella acepta. Y que ilumina. Yo, que te odié el día en que me... –no encuentro las palabras–, el día de mis primeras lágrimas contigo, y eso te pone furioso. Te digo que no nos queda tiempo para la rabia. Te digo que gozaba bastante poco en la cama. Pero que amaba el placer que obtenías conmigo.

Que amaba tu sed.

Das un tropezón en la pasarela de madera que lleva al jardín romántico del Château de Saint-Martin y no tengo fuerzas para levantarte. Grito. Alguien acude. Te llevan como a un rey hasta nuestra habitación. El médico aumenta todavía más la dosis de opiáceos y tus ojos parecen apagarse, como las brasas por la mañana, cuando el calor da paso al frío.

Conseguimos ponernos en contacto con la guionista Alexandra Clert para que nos cuente la próxima temporada de la serie *Engrenages*, que tanto te gusta;

acepta con la condición, por supuesto, de que no se lo revelemos a nadie, ¿ni siquiera allí donde voy?, preguntas, y al otro extremo del hilo la risa de Alexandra Clert es cálida y amistosa.

Una tarde –la víspera del día en que llegarán todos–, estamos tendidos uno al lado del otro en el amplio lecho con dosel de lady Chatterley. El somier chirría. La ventana está entreabierta. Las cortinas susurran. Tu respiración es intensa. Amenazadora. Nos quedamos quietos largo rato. Silenciosos. Por superstición. Después, a la caída de la tarde, cuando el cielo se tiñe de rojo, nuestros dedos se buscan. Se tocan. Luego nuestras manos. Nuestros brazos. Mi boca se posa en tu hombro. Te recorre el torso. El calor perdido. La sal. Prueba el hierro de tu sangre. Encuentra las rejas torcidas de tus costillas. Tus dedos redescubren mis pesados senos. Mi piel fresca, estremecida. Mi espalda. Mis riñones. Hay algo inmensamente dulce en cada uno de nuestros gestos, y de exhausto en nuestro apetito. Más tarde, aunque nunca me ha gustado hacerlo, sencillamente porque te gusta a ti, te tomo un instante en mi boca, tu sexo apenas se hincha, demasiado agotado. Te limitas a lanzar un suspiro, largo, como una tristeza de cuerdas en un cuarteto de Dvořák.

Más tarde, mi cabeza anida en tu cuello. Se encaja en él por última vez.

Nuestros cuerpos se dicen hasta la vista.

Se separan, como finalmente los de los bailarines de *Noche transfigurada*, porque no hay nada en este mundo que no nazca ni acabe con un desgarró.

Esta noche se han acabado esos países.

Se han acabado nuestras islas.

93

Tengo previsto mantenerte conmigo durante todo un día, una vez que te hayas ido.

94

«—Pero, desdichada, ¿acaso no sabes que en la montaña está el lobo?... ¿Qué harás cuando aparezca?...»

Debo decirte, Alexandre, que el cuerpo de Olivier y el mío se han despedido.

Debo decirte que ha sido grave, doloroso, pero en absoluto triste. Su piel estaba fría y su sexo muerto en mi boca.

Te oiré responderme que lo sabías, que uno solo reconoce con certeza las últimas veces, y por primera vez me dirás que me amas, me dirás que el presente es inmenso.

Que en lo sucesivo esa será mi tierra.

Entonces te pediré que te instales en ella conmigo. Y será un sí, como en una boda.

Como en un baile.

Un vértigo.

Es el más bonito de los tres.

Un castillo que, de hecho, tiene más de casa familiar imponente y confortable que de *fortaleza*. Paredes lustrosas, colores italianos, con lienzos desconchados, como lágrimas de piedra. Revoques de sombras. La acogedora tibieza que proporciona el follaje de los robles gigantescos, cuyas hojas recién brotadas dibujan gorriones inmóviles en las paredes, en el azul de las mesas de hierro, como pequeños cielos, fuera, en los bancos de madera, en los parterres de flores amarillas y blancas. Más allá, el jardín romántico, al que se accede por un puentecillo: setos recortados con una aproximación alegre, estatuillas de piedra ocultas aquí y allá que parecen reírse de nosotros, y, colgadas por encima de nuestras cabezas, jaulas de bambú y enrejados con falsos pájaros en su interior, como para recordarnos que los de verdad no se aprisionan, lo cual me evoca la confusa poesía del jardín de Colette, en *La Treille Muscate*, que la llevó a escribir: «¿Habré alcanzado aquí lo que no se recomienza en absoluto?».(15)

En el primer piso, la habitación Juigné, donde, colmo de la ironía, se rodaron algunas escenas de *Lady Chatterley, el despertar de la pasión*. Las ventanas dan al parque y, al fondo de todo, a la piscina de piedra. La habitación resulta fresca debido a los baldosines color óxido del suelo, que permanecen fríos en todas las

estaciones; papel pintado con estampado de flores, deliciosamente anticuado, mobiliario estilo Luis XVI provenzal, una mesita redonda sobre la que escribo cuando Olivier duerme y, por último, la cama con dosel, el colchón grueso, mullido, en el que el cuerpo tan ligero de mi marido ya ni siquiera se hunde, esa cama que recuerda una última isla.

El Château de Saint-Martin. Es el más bonito de los tres. Es el último.

Una tierra santa.

Sophie y Maurice llegan a primera hora de la tarde en coche, con una maravillosa sorpresa para mí a bordo: Mimí, o más bien Michèle, con su elegante traje sastre de dama. Y nada de burlas, muchacha, se trata de una cita. Una fiesta.

Por su parte, mi madre, Louis y Léa vienen en tren, alquilan un coche en la estación de Draguignan y se reúnen con nosotros a lo largo de la tarde.

Manon ha encontrado un vuelo Londres-Niza, Jacques va a recogerla al aeropuerto y la trae aquí. Al llegar, él me hace un regalo, recuerdo de mi amarga embriaguez en el Château de Berne, un salvavidas sublime; se trata de una placa de palisandro de Brasil, en la que, antes de barnizarla, ha grabado: «Si la razón no te ofrece respuestas, búscalas en la poesía».

Las otras cuatro habitaciones para huéspedes del castillo son para nosotros; llevan nombres deliciosamente *kitsch*: Marquesa, Marqués, Imperio y Meursault (en homenaje, según me enteré, a Anna de Meursault, hija del propietario del castillo de Meursault en Borgoña y esposa del bisabuelo de la condesa de Gasquet, Thérèse, que vive aquí y nos saluda todos los días); en cuanto a Mimí, que no puede hospedarse en el castillo, es Jacques quien le brinda alojamiento, a pocos kilómetros; Jacques, en cuya casa, la primera noche, degustan brandy de cereza a pequeños sorbos insidiosos; el aguardiente les ofrece un atajo inesperado, se enjugan algunas lágrimas de risa, otras de aflicción, y entre aquella a la que llamaban Madame en su época de esplendor y el poeta grabador en madera, «El amor es una rosa sin espinas», se produce una repentina colusión, un verdadero encuentro, una historia de palabras que se abrazan, qué guapa eres, eres turbadora, y tú, tú eres un roble y un álamo a la vez, lo cual me gusta; un último cartucho, me confesará más tarde Michèle, en ese momento hermosa como una evidencia, con las mejillas encendidas, las manos cálidas, un último flechazo, pequeña, una gracia postrera, cuando una ya no creía en cascabeles ni en la mansedumbre de los hombres.

Ninguna belleza permanece enterrada por completo.

Antes de que aparezcan todos, de que estemos todos reunidos, de que lleguen las «despedidas que se eternizan», Olivier me arrastra a la pequeña capilla de San Francisco, en Lorgues: unas cincuenta sillas, una bóveda de cañón de medio punto, blanqueada con cal, y detrás del altar de mármol y oro, en una hornacina, la estatua del Sagrado Corazón, flanqueada de la de san José a la izquierda y la de san Francisco de Asís a la derecha.

Una última vez juntos.

Se sienta en primera fila y permanezco a su lado.

Respira profundamente, como alguien que intenta hacer el vacío en su interior. Mira a su alrededor un tanto perdido. Se frota las manos porque hace fresco, casi frío. Tose, y el eco de su tos lo sorprende.

Mantiene los ojos cerrados.

Más tarde, antes de volver a abrirlos, se los frota, y los tiene rojos. Toma mi mano, la suya está helada y le tiembla. No me mira. Habla en un susurro. Lo hace tan bajo que debo inclinar el rostro, acercar el oído a sus labios. Dice palabras que no le conozco. Que parecen una plegaria. Pregunta si puede quedarse un poco más. Unos meses. Un año breve. Por favor. Aunque haya dicho que no lucharía. Aunque debamos cumplir nuestras promesas y marchar cuando llega la hora. Vuelve el rostro hacia mí, y es su rostro de niño. Blanco. Terso. Luminoso. Que solo he visto en las fotos. Su rostro de antes de la violencia. Me sonrío. Dice: tal vez todo eso sea cierto, Emma, que podemos salvarnos, que podemos quedarnos todos juntos, ahora o más tarde, quiero decir que algún día quizá estemos todos reunidos. No lo sé. No quiero descartarlo esta tarde, no quiero creer que esto es lo único que hay. Lo único que tenemos.

Esta brevedad.

Lo miro. No lloro. Las lágrimas jamás han hecho crecer nada.

Y cuando la nariz le sangra de nuevo, recojo la sangre con mis dedos, la bebo, y sé que él estará en mí por siempre.

Nunca me hablaste de Dios, Alexandre. No tuvimos tiempo.

¿Crees que hubo algo antes de nosotros? ¿Que habrá algo después? ¿Después de ti y de mí?

¿O crees que el amor solo deja cenizas?

¿Crees que pecamos?

¿Que fuimos tan terriblemente humanos?

99

En la capilla, mientras Olivier, con los ojos cerrados, las manos juntas y los dedos entrelazados, intenta, supongo, sentir una presencia además de la mía, me digo que aquí nos interrogamos sobre la vida después de la muerte, cuando hay algo mucho más importante que la vida después de la muerte.

La vida antes de la muerte.

Esa minúscula trayectoria milagrosa.

100

Fuera, la noche es *negra, aletargada y profunda*.

No sopla viento. Los grillos ya no cantan. Un silencio aterrador. Enloquecedor.

Entonces me convierto en un grito.

101

Mientras en la hora de los desastres oscuros el Sévrédol mitiga, al menos por un rato, el dolor de Olivier, cuyo cuerpo se sobresalta cuando el sufrimiento finge alejarse, pienso en el demasiado breve recorrido en compañía de Alexandre, en los escasos surcos de deseo que trazamos y que no habrán tenido tiempo para germinar, en mi goce pese a la ausencia, tan sorprendente, tan intenso que me hizo descubrir que el placer no solo posee el lenguaje de los gritos, de las lágrimas, ni siquiera el de las risas, sino también ese otro, tan complejo, casi religioso, de la belleza del silencio.

Miro el cuerpo de Olivier invadido por el dolor, ese cuerpo que acaba por

albergar el dolor en sí, a ese yacente tranquilo, como una limosna de la noche, una piedad de sombra, y no puedo por menos que pensar en el de mi padre, varado en una cama del centro Oscar-Lambret, con una mascarilla de oxígeno en el rostro, varios goteros, a modo de maleficios, conectados al dorso de su mano, a su pecho, el vello blanco, la piel violácea en algunos puntos, los lunares que nunca le había visto, ese cuerpo despojado (todo piel y huesos), atrofiado, en cuyos brazos no me había refugiado desde la infancia y las promesas de tigres, de América, de Ateliers Mécaniques un miércoles por la tarde; recuerdo haberlo observado mientras dormía, era la primera vez que lo observaba dormir, normalmente son los padres quienes velan el sueño de sus hijos, los padres los que se agotan, los que los preservan del mal y de la brutalidad de los deseos, y entonces adiviné el dolor de los padres, su terrible impotencia, y apoyé su mano fría y azulada en la mía, que todavía era pequeña, solo pude estrecharle tres dedos, los apreté lo más fuerte que pude, pero permanecieron de piedra, apenas gruñó, aproveché ese fugaz sobresalto para preguntarle si tenía miedo, si estaba en paz, si creía en los ángeles, en el perdón de los pecados, en lo que nos prometían en la misa dominical, «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá», para preguntarle si le había gustado tenerme como hija, y él gruñó, con la garganta seca, de papel de lija, y con la mano libre se apartó la mascarilla de plástico y musitó:

–Apágame.

Entonces lo estreché[5] contra mi pecho, lo había entendido mal.

Su muerte me dejó sin respuestas, crecí con ese frío y, tres décadas más tarde, las llamas del pelaje de un animal salvaje me caldearon y por fin supe que siempre lo había querido y reconocí que nunca se lo había dicho.

Las palabras que no decimos son las que nos hacen más daño.

102

Alexandre era un incendiario y a mí me había apetecido que me inflamaran.

Era un cartógrafo que había detectado mis fallas.

Un hombre que había adivinado mi gramática.

103

«De niños, mirad bien todas las llanuras redondas / La capuchina con sus abejas alrededor / Mirad bien el estanque, los campos, antes del amor / Porque después uno jamás ve nada en absoluto.»(16)

104

Quiero que nos riamos.

Es un día radiante, un cielo de postal. Estamos solos en el castillo, solos en el jardín romántico, donde han dispuesto una gran mesa, mantel blanco, platos blancos, cubertería de plata empañada, repujada, vino de la zona, gran reserva, capa oscura con reflejos rubí, nariz afrutada –cereza y fresa–, un paladar de taninos finos, un vino alegre que corre a raudales, y el banquete de primavera elaborado por un virtuoso chef de Vidauban, dado que el castillo no tiene restaurante.

Hace buen tiempo desde el amanecer, un amanecer tibio, acogedor. Olivier ha dormido mal. Se ha despertado sin aliento. Violenta migraña. Confusiones. Invasión del lenguaje por parte de la queja. Vómitos. Una hora de kinesioterapia le sienta bien. Desde hace dos días el médico va aumentando fuertemente la dosis de analgésicos; me llevó a un aparte: sobre todo cada dos horas, no se salte ni una dosis, su cuerpo pende de un hilo, todo está fallando en su interior, es un drama de magnitud 9, sin medicamentos el dolor sería insoportable, ni siquiera la medicina tiene palabras para eso, basta con que imagine un piano sobre su pecho, ese es el daño que le haría. Un piano pequeño, ciento cuarenta kilos. Un dolor inhumano. Ni siquiera tendría las fuerzas necesarias para gritar. No me atreví a preguntar cuánto tiempo le quedaba, porque antes de irse el doctor me dijo en tono considerado: está muy bien que reúna a su familia en torno a él precisamente ahora, y en ese momento tuve la respuesta.

Olivier se ha dormido como un tronco. Bajo al jardín, pero no encuentro a nadie. Entro en el edificio donde están la tienda y el espacio destinado a la degustación de vinos, donde reina un olor a alcohol, a madera húmeda, a setas, y me encuentro al becario que nos presentaron la víspera, diecinueve años, quizá veinte, alto, de piel clara y manos fuertes, le hago una seña para que se acerque, en cuanto llega a donde estoy lo aferro de los brazos, lo arrastro, como en un movimiento de vals, al pequeño pasillo que da acceso a una escalera y un lavabo, lo empujo contra la pared, la sorpresa lo alucina por un momento, mi

atrevimiento me arrebola las mejillas, se me acelera la respiración, agarro sus grandes manos y las poso sobre mis senos, acarícialos, estrújalos, me llevo una de sus manos al vientre, tócame, por favor, tócame, mi marido se está muriendo, quiero sentirme viva, y los torpes dedos del muchacho empiezan a remover, cierra los ojos, me pego a él, murmuro en su oído qué bueno, qué bueno, gracias, continúa, más fuerte, no me haces daño, y el aliento jadeante del chico es cálido y agrio en mi cuello, sus labios buscan mi boca, pero aparto la cara, no quiero un beso, no de él, no su lengua, no esa trágica intimidad, solo sus dedos torpes, apresurados, que me aplastan, me pellizcan, y de repente el ruido de pasos en la escalera nos deja petrificados, reconozco ese chasquear de dedos, la suela que golpea las baldosas al compás, oigo la voz ronca, amistosa, que entona «Nada de *boogie-woogie* antes de rezar vuestras oraciones nocturnas»,⁽¹⁷⁾ y me vuelvo hacia Maurice, de pronto feliz sin saber por qué, abro los brazos, el chico huye como un animal asustado al que liberan de una trampa, y los dos prorrumpimos en carcajadas, el hombre que canta las palabras de otro y yo, la mujer perdida, una risa salvaje, dos animales preservados.

La víspera los chicos se sintieron conmovidos de volver a ver a su padre. Léa le acarició el rostro macilento, besó sus ojos apagados. Le tocó los cabellos y le dijo que los que ella había dibujado en su día con rotulador eran más bonitos. Louis se mantuvo a distancia, Olivier le hizo una seña para que se acercase. Le estuvo cuchicheando al oído y nuestro hijo empezó a llorar antes de rodear a su padre con los brazos. Manon no me había dirigido la palabra desde que llegó, quiso estar a solas con él, y por lo tanto no sé lo que se dijeron.

Sin embargo, esa misma tarde, cuando Maurice entona *Le Moribond* a petición de Louis, mis hijos se acercan por fin a mí, atrapan mis manos, cantan llorando y riendo porque su padre llora y ríe al mismo tiempo, están guapos en su dolor por tener que abandonar tan brutalmente la dulzura de la infancia, el tiempo de la canción es el de nuestro reencuentro, el de nuestras carnes de nuevo juntas, mezcladas, el de nuestros aromas remotos, la leche en el cuello de Manon, el cacao en polvo Benco en los labios de Louis, la hierba segada en el cabello de Léa; más avanzada la tarde, cuando todos comprenden que hay que dejar partir a los que uno ama, aprender a dejar que calen en nosotros, hay un último momento de gracia; y de repente sopla el viento, la montaña se vuelve violeta y me viene a la memoria el «ya» de la cabra del señor Seguin, pienso en todo aquello que sucede tan deprisa, en todo lo que no hemos tenido tiempo de probar hasta la saciedad, en todo lo que no hemos acarreado bastante, moldeado bastante, devorado bastante, todo lo que perdemos en el instante mismo en que

sucede.

Cuando Olivier se duerme, nuestros hijos y yo nos reunimos fuera, en la noche húmeda, y hablamos de él; Mimí trae mantas y vino y Manon le pide que se quede con nosotros; Louis la saluda con un educado «oaqutá» que nos hace sonreír a todos (entiéndase: hola, ¿qué tal?). Jacques se nos une, luego mi madre y finalmente Sophie y su cantante, y entonces formamos un solo cuerpo, un solo aliento. Hablamos bajito a fin de no despertar los maleficios de la noche. Brindamos por Olivier. Brindamos por nuestras vidas y por todo lo que nos une. Léa hace un brindis por la belleza de las estrellas, porque cada estrella antes ha sido alguien, dice, y se toma la primera copa de vino de su vida, un rosado alegre, sus pómulos parecen encenderse como dos bombillas del 14 de Julio, exige otra, la obtiene, y todos nos divertimos. Más tarde, el becario (su mirada evita meticulosamente la mía) viene a proponernos encender una hoguera si lo deseamos, los chicos gritan ¡sí!, ¡sí!, incluso lo acompañan a recoger ramas muertas en el jardín romántico, la madera seca prende con rapidez y las llamas suben bien alto en la oscuridad, hacen que nos brillen los ojos, nos calientan el cuerpo, dibujan sombras danzantes y alegres en nuestros rostros. Mi madre es la primera en retirarse a su habitación, porque tiene frío, pese al vino, pese a la hoguera; luego Maurice, a quien el alcohol ha agotado; en cuanto a Mimí, a la que los chicos miran y escuchan fascinados, nos mantiene en vela un buen rato con sus historias del cámping: un recién nacido olvidado un día en las duchas, una anciana que buscaba su dentadura y a la que nadie entendía, una peluca pelirroja encontrada entre las bolas de petanca, y bragas, Dios mío, docenas de bragas altas con las que no sabíamos qué hacer; pañuelos, sugiere Louis. Vestidos para muñeca, propone Léa. Gorros para calvos, reitera Louis, y señala la ventana del cuarto de Maurice. Sus idioteces nos encantan.

Estamos vivos.

Mi madre se ha cortado el pelo. Recuerdo que lo llevaba igual de corto cuando murió mi padre. Confiere a su rostro un toque más infantil, un tanto perdido, y perdida lo está. Al principio de la velada ha dicho: me ahogo, la pena es un tumulto, un río peligroso, corta los dedos en la superficie del agua y no se ven nuestros gritos. En la mesa, se instala al lado de Olivier; cuando lo mira, se echa a llorar, y cuando no lo mira, también llora. Entonces él trata de distraerla con frases de Jacques, en madera de castaño: «La muerte es un nacimiento», «La alegría fluye en nosotros como la sangre, abrámonos las venas», pero eso no la divierte en absoluto, ¿cómo puede reírse de todo esto, Olivier?, tamaña abominación, tamaña tragedia, y la risa de Olivier, aunque ahora le cueste más

hacer malabarismos con su cuerpo devorado, sigue siendo bonita y generosa.

Olivier toma mi mano, la besa; el vino lo pone alegre, parece aligerarlo; te doy las gracias por todo esto, Emma, esta comida, esta fiesta, ah, si pudiera durar un poco más..., toda una vida, vaya, ¿por qué ha habido que esperar a esto? Anda, bebamos, sigamos bebiendo, está bueno este vino, entra muy bien, ya no le guardo rencor al tipo que te volvió loca, Emma, que te hizo hermosa, estabas guapa con él, guapa como jamás te había sospechado, Olivier ríe, está borracho, cuando me lo cruce allá arriba hablaremos de ti, y mira, dentro de un rato cantaré con Maurice, y luego, más bajito: por cierto, ¿no te parece feo? El amor es ciego. Al otro extremo de la mesa, Maurice levanta la copa en nuestra dirección. Sophie está perdidamente enamorada: me da clases de canto, me confía muy excitada, haremos dúos, como Johnny y Sylvie en la gran época de *J'ai un problème*, oh, Emma, qué feliz soy, lástima que lo haya encontrado tan tarde, y además fuma demasiado, eso me preocupa, no por su voz, no, ya sabes lo que quiero decir, ay, oh, perdón, no es el momento, me da tanta pena Olivier... Si tú supieras... Amiga mía, hermana mía.

A la mesa, enfrente de los cantantes, Mimí bebe con prudencia y Jacques bebe sus palabras. El hombre es un corazón o no es nada, declama. La víspera, en su casa, se dijeron sus palabras, como unos esponsales, esa electricidad definitiva, esa ola rompiente que se llevó todas sus miserias. Esta noche se agarran de la mano.

Esta mañana Mimí y yo nos hemos arrojado en brazos la una de la otra, su llegada ha sido un regalo, una misericordia de madre; a veces me hacía pensar en la mía, si es que por ventura la mía se había querido alguna vez a sí misma. Habría venido descalza por la nieve por ti, pequeña. Es hermoso lo que haces. Pegas unos con otros mil retazos de vida para urdir un inmenso recuerdo, lo cual me conmueve, Emma, posees una extraña ternura, ese es tu diamante. Conocí al embajador de uno de esos países de hombres que habría dado su fortuna por un diamante así. Sonreí. Con tantas emociones me entran ganas de fumar, ¿y sabes qué, pequeña?, voy a hacerlo. Sí, voy a hacerlo. Y Mimí encendió el cigarrillo. Tras diez años de abstinencia. De inmediato recuperó la elegancia del gesto, el codo doblado, el antebrazo apuntando hacia arriba, la muñeca flexionada, una fotografía de Helmut Newton. Aspiró golosamente, la primera bocanada de aire de un recién nacido, dejó que el calor se difundiera por su garganta y su pecho, un leve vértigo, sus ojos tan claros se dieron la vuelta un instante, viraron al blanco, tuvo un estremecimiento extraordinario, luego expulsó el humo por la nariz, por la boca, y prorrumpió en carcajadas de mujer fascinada, una risa de

mujer ebria, oh, pequeña, oh, Dios mío, qué bueno está, resulta casi indecente, y la idea de que esta pequeña dosis de tabaco pueda ayudarme a perder los molestos kilos de más, a recuperar mi silueta –los chicos malos me silbaban, ¿sabes?–, me encanta. Porque, si bien Jacques tiene unas manos hechas para las redondeces, los hombres prefieren los cuerpos delicados, así tienen la impresión de protegerlos. Hay palabras que nunca me han dedicado, como flores que jamás me han ofrecido, palabras que hacen creer en cosas que considerabas perdidas, susurró. Anoche me adornó el cuello con algunas de ellas, como un collar de perlas. Y de repente siento frío porque pienso en Alexandre, en las palabras que sus ojos habían depositado en mis riñones, en la *brasserie* André de Lille, así como en todas aquellas que dejamos desaparecer de nuestra vida porque eran nimias, sucias y sospechosas. Pienso en el inmenso vacío que creó en mí con el fin de instalarse en él, y finalmente no vino.

No nos hemos reunido esta noche porque Olivier esté a punto de morir, sino porque está vivo.

Hablamos de Dios, hablamos de los ángeles y de nuestros padres, hablamos de música, de vino, del viento y de ciertas tormentas, hablamos de algunos libros, hablamos de la fealdad de los coches de hoy en día, de las damas elegantes con sombrero de plumas a bordo de un Delahaye o un Thunderbird, hablamos de la abyección de los políticos, hablamos de las estrellas y del infinito, del hecho de que nos hallamos presentes en todo, en el viento, en las hojas de los árboles, en el agua de los ríos, en las piedras de los bosques, en las plumas de las aves, y en la bosta de vaca, añade Léa partiéndose de risa, debido al ciclo de la tierra, precisa, de la lluvia, de la hierba rumiada; hablamos de todo eso, uno nunca desaparece por completo, vivimos siempre, hasta lo infinitamente pequeño.

Antes del postre –Mimí se ha conchabado con el Comtesse de Saint-Martin, un blanco de 2013, un pequeño poema, dice, y Jacques, enamorado, achispado, le cuchichea al oído: he visto tu belleza, el poema eres tú, eres un rondel, Mimí querida, entonces ella se echa a reír, grábame un rondel en un redondel, y acaricia la mejilla al poeta sobre madera–, Louis nos divierte a todos con sus preguntas a Maurice. ¿Por qué no has optado más bien por cantar a Goldman?, ¿o a Renaud? No lo sé. Me vino así. Una revelación en la ducha. ¿Se te apareció san Eddy? ¿Sabías que Eddy Mitchell dijo del vino de Beaujolais que los años buenos limpia el embaldosado y que los malos lo raya? ¿De veras? Pues no, no lo sabía. A mí me gusta mucho el Beaujolais. Deberías probar a ponerte una pequeña peluca en la parte delantera, un bisoñé. ¡Louis! Carcajadas, no hay nada malo en ello.

Entonces mi hijo le pide que cante a Brel. *Le Moribond*. «*Je veux qu'on rie / Je veux qu'on danse / Je veux qu'on s'amuse comme des fous.*»(18) Maurice duda, su nuez se desasosiega, porque Brel, así de repente, esa canción, ahora, es cosa seria, como oír a Bach en una iglesia. Pero de todos modos se levanta, vacilante. El vino de una copa que se vuelca dibuja una mancha púrpura en el mantel, una forma que me evoca una ola sorbida por la arena, una desaparición, y entonces mis hijos se me acercan, formamos una cadena, cantamos en un último momento de gracia, y el viento se levanta de pronto.

Mirad bien las montañas violeta, los pensamientos que se abarquillan suavemente como faldas plisadas que se cerrasen al deseo, los encajes de nubes rosadas, deshiladas, mirad bien los pinos que se deslizan hacia la sombra, los campanarios que desaparecen en el viento, las mariposas que se desvanecen; miradlo todo antes del amor, porque después uno jamás ve nada en absoluto.

Mi madre tiene frío y se retira a su habitación.

En el jardín romántico, bajo las jaulas colgadas, ahora iluminadas como lámparas, ante las miradas divertidas, guasonas, de las estatuas, Mimí, Jacques, Sophie, Maurice y mis hijos bailan, un baile de primavera, con las canciones de Counting Crows, de Adele, de Antony & The Johnsons. Yo me quedo junto a Olivier. Entrelazamos las manos, nos miramos y las cosas bonitas, al igual que las feas, reaparecen, y dice: lo siento mucho, y yo repito: lo siento mucho. Los farolillos nocturnos revelan su último rostro, ojos hundidos, pómulos salientes, la protuberancia de su cuello como un pequeño obús, una injuria. La muerte disfruta desfigurando la belleza, como si no soportase la aflicción. Olivier sigue bebiendo, y yo bebo para compartir su embriaguez, su desolación, bebo para llegar a esos silencios elocuentes, para bajar con él, para no soltarle la mano, y también porque nos gusta beber juntos; y cuando el vino se desliza por su mentón, como un escape, porque su cuerpo ya no puede contenerlo, y le impregna el cuello de la camisa, cuando deposita la copa y su mirada se hunde en la mía, dice: siempre he pensado que uno hacía declaraciones impactantes antes de morir, que dejaba una herencia, palabras importantes, debo de haber visto demasiadas películas, Emma, demasiadas idioteces, lo que quiero decirte, lo que me queda por decirte, es que me jode palmarla, jode convertirse en esta mierda, ya no me tengo en pie, estoy contento de que se acabe y, sin embargo, daría cuanto tengo por quedarme un poco más, solo por poder caminar sin que me duela, contigo del brazo, respirar, engullir el aire, resulta duro acabar, requiere tanto tiempo... Dime, Emma, ¿me amabas? Sí.

Emma amó.

Acabo de comprender por qué mi madre nunca me llamó Emma.

Debido al pretérito indefinido del verbo amar.

Siempre ha preferido Emmanuelle, porque hay algo en ese nombre del orden de la delación: el final *elle*, ella; fue *ella* quien me privó de maternidades, *ella* quien abandonó a un hombre que la amaba y a sus tres guapos hijos, *ella* quien se entregó a un desconocido, *ella* quien se marchó a vivir como una perdedora, en un camping, con una vieja buscona, una madama, de hecho, *ella* quien no tuvo paciencia ni fe, *ella* la que ahora da vueltas, paralizada por los remordimientos, alrededor de su marido, que se está muriendo, el pobre, *ella*, y si eso no es una abominación, una vida como la suya...

Pero puedo equivocarme. Las cosas siempre han sido complicadas con *ella*.
Mi madre.

Como han dejado de alimentar la hoguera, todos nos retiramos a nuestras habitaciones.

Olivier tiene un sueño muy agitado. Pequeñas burbujas de sangre revientan entre sus labios, como las burbujas de los peces en la superficie del agua, pequeños granos de granada. Gime, y su sufrimiento me disminuye.

Más tarde, lo despierto para hacerle tragar cuatro comprimidos de Moscontin. La miosis le ha dibujado unos ojos curiosos, los de un animal acorralado. Piel cerosa. Sudores fríos. Agitación. Me quedo sentada en la cama, a su lado, y le acaricio el rostro. Ya no me quedan lágrimas.

Nos hemos convertido en quimeras.

Soy una piedra arrastrada, pero conozco la profundidad invisible de los ríos.

Si alguien me recoge, recogerá también mi historia.

Si devora mis palabras, también me devorará a mí.

Al día siguiente de aquella larga jornada alrededor de Olivier, mi madre se dispone a subir a Bondues con los chicos.

Hacen una visita a su padre antes de partir, está muy quieto en la cama de lady Chatterley, un cuerpo de contornos borrosos, como de carboncillo; le dicen hasta la vista, Léa llora mientras le besa las manos, le dicen que lo quieren, que están tristes, que volverán a verse, después..., y nadie se atreve a preguntar después de qué.

Desayunamos por última vez todos juntos, una mesa alegre, a la sombra de una encina. Recuerdo a Olivier diciendo que también ama la vida debido al frescor de un zumo de naranja recién exprimida, y Manon enjuga la lágrima que se desliza por mi mejilla y entonces tengo la certeza de que nos hemos reencontrado. Después hablamos de todo, excepto de él. De las próximas vacaciones de verano. De un ordenador que se ha estropeado en casa. De Zoo, que estará volviéndose loco en su residencia para perros.

La vida, en una palabra, dice Léa.

A última hora de la mañana, Mimí, Jacques, Sophie y Maurice se marchan juntos. Varios días a Cavalaire. A las playas desiertas de abril. Los primeros baños entre gritos, porque el agua aún está fría. Las risas de su nueva felicidad. El rosa helado del anochecer. Sus deseos de parejas, sus sueños con el otro, que esta vez confían en que sea el último.

Jacques ha decidido venderlo todo e instalarse en Cucq, en el camping de Mimí, perdón, señora, en el *hotel al aire libre* de Mimí; abrirá un taller de grabado en madera e impartirá un curso de escritura de aforismos y, para los alumnos más prometedores, un curso de haikus. De hecho, él mismo ha compuesto uno:

*Ella me miró
mientras negras alondras
volaban bajo.*

Maurice y Sophie cantarán a dúo en las bodas, se aprenderán las canciones de Bruel y de Matisyahu para animar los Bar Mitzvá –más rentables–, y él seguirá haciéndole el amor dos veces por sesión.

En cuanto a mí, que me he quedado sola, desde esta habitación donde espero a estar preparada, donde me arranco el manto de culpabilidad e intento hacer acopio de un valor improbable, a veces veo en el exterior a Alexandre, su

elegante cuerpo vaga por los jardines, desaparece de vez en cuando detrás de un seto, su boca de fresa se confunde en ocasiones con las flores. Suele sentarse en un banco, cruza las piernas con desenvoltura, entonces tengo la impresión de que me aguarda, y mientras el kinesioterapeuta se ocupa de Olivier o el nutricionista redacta sus menús, bajo a reunirme con él, me instalo a pocos metros y, sin que me vea, observo sus labios, su sonrisa, su hoyuelo, sus largas pestañas negras, ese sortilegio, imagino las palabras que podría dirigirme, y todas las veces siento una descarga eléctrica en el bajo vientre. Mis mejillas se tiñen de rosa como el primer día y se me antoja que sigo desnuda. A veces nuestras miradas se cruzan, vivas, animales, y parecen jugar, hacer cabriolas, posarse al azar, como una bala que rebota, en el lóbulo de una oreja, la ventana de una nariz, mi *Bósforo de Almásy* y, por último, en nuestros suspiros, y siempre me entran ganas de morder ese fruto, de beber esa sangre, siempre ganas de salpicaduras, de marcas y de cicatrices, ganas de besar su boca, no a él todavía, no al hombre ya, solo devorar sus labios, y él sonrío, y sé que soy una mujer deseada.

Tienes razón, Alexandre, el presente es inmenso, y es ahí adonde hay que ir.

108

Cito de memoria.

Al final de la obra de Kleist, Pentesilea sale de la cueva con la boca, las manos y los brazos ensangrentados. La reina de las amazonas se mofa de las demás: hay tantas mujeres que se aferran al cuello de sus amantes y les murmuran: te quiero tanto, te amo con tal intensidad que te comería, y al pensar en ello, sienten repugnancia; pues bien, yo lo he hecho, dice.

El amor no conoce límites.

109

Cuando Olivier duerme, a veces bajo al jardín romántico. Deambulo por allí.

Mis dedos rozan la corteza de los árboles, las hojas de las alheñas y los plátanos, se hunden en la tierra, donde crecen las violetas, los grandes farolillos azules, las digitales purpúreas de largos cálices; mis dedos acarician el aire tibio, tratan de atrapar las partículas de Alexandre que, como los vilanos del diente de

león, revolotean a mi alrededor, alrededor de todos nosotros, y que, con desencanto, trazan el mundo que debería haber sido.

110

Hacia el final, velé hasta tarde algunas noches, con el fin de acordarme de una palabra precisa suya, un olor más, volver a oír algunos de sus silencios, parlanchines como suspiros.

Y el cansancio me agrisó la piel, me apagó los ojos, entorpeció mis pasos.

Desearía tanto dotar de gracia la banalidad de nuestras vidas, tocar esa fiebre, asir lo inasible...

Me habría gustado tanto hacerme trizas, dislocarme en él, alcanzar la ínfima frontera entre las cosas, esas placas tectónicas que hay en nosotros, tan sensibles, que trastornan los sentimientos, crean microscópicas fisuras, esos caminos que en ocasiones llevan al abismo, y otras veces a la felicidad.

Ni mis desesperanzas ni su cuerpo aplastado, que acarreo, me han apartado de mi camino.

He permanecido fiel.

Sigo creyendo en el deseo desmedido.

Sigo creyendo en ese fuego que vuelve inmensa la vida.

111

Ha llegado la hora oscura.

La hora del matarratas, de la caída por la escalera.

La de la alegría y la de la vergüenza de no albergar ya esperanzas.

La de la tormenta llegada de lejos, de un tiempo antiguo, y que lo arrastra todo, tanto la moral como la pena, y al amanecer aporta la gracia de los paisajes luminosos, apacibles e infinitos.

Tengo miedo y estoy preparada.

Que nadie se interponga. Que no me evoquen la beatitud de los que esperan un milagro. Que no me señalen con el dedo los que rezan.

Hablo de amor.

Hablo de lo que uno puede hacer por amor y que todavía ignora.

«Entonces sonó un aullido en la montaña:
–¡Auuu! ¡Auuu!»

A veces se da el caso de que paseo de noche por las calles de un pueblo, o de una ciudad –muy a menudo al azar de las del *Domaine de la Vigne*, en *Bondues*–, y siempre me hago la reflexión de que resulta curioso, siendo de noche, no oír nunca gozar a las mujeres, gruñir a los hombres, no ver jamás las casas estremecerse, no percibir las risas o los suspiros después de hacer el amor, no ver brillar en las ventanas oscuras la llama de un mechero, el extremo enrojecido de un cigarrillo, la porcelana del rostro de una mujer que se refresca las mejillas con el frío cristal de la ventana.

De manera que he esperado a la noche porque desdibuja los contornos, difumina los rostros, atenúa las miradas; en su seno desaparecemos.

No soy de las que de niña tenía miedo de ella. La noche era un manto amplio y cálido, en ella oía la voz de mi padre, o la de mi madre, que me leía las tristes deambulaciones de *Lily Bart*, el amor crepuscular de *Consuelo*, los celos voraces de *Anne de Guilleroy* y la tragedia de la cabrita de *Daudet*; y desde *Blanquita*, y desde el lobo, y desde la sangre, la noche fue para mí lo que hace que brillen las estrellas, lo que traza el camino que lleva al alba, al pálido fulgor en el horizonte, al canto ronco del gallo que llega de una alquería, como el humo de una hoguera húmeda; la noche pasó a ser para mí la esperanza de aguantar hasta la mañana, de ver los sufrimientos alejarse antes de desaparecer.

Aguardo el corazón de la noche.

Ese momento en que la oscuridad merodea, en que se enrosca alrededor del mundo.

Ahora.

Su cuerpo agotado afronta una pesadilla. Poso la mano en su hombro. Lo sacudo suavemente, tal como hacía para despertar a nuestros hijos las mañanas de invierno, cuando todavía estaba oscuro y pese a todo había que levantarse,

tomarse la leche demasiado caliente, vestirse, salir, caminar bajo la luz de las linternas hasta el colegio.

Gruñe.

Le digo que lo siento mucho, pero es la hora de los medicamentos.

Le digo que lo amo.

Sus ojos siguen cerrados. Sus labios sonrían. Intenta desvestirse. Quiere morir desnudo.

Y mis dedos bailan..., pero de espanto.

Introduzco un primer comprimido en su boca. Un segundo. Un tercero. Un sorbo de agua. Traga. Después otros comprimidos. Diez. Once. Doce. Todos los de la caja que se supone que he perdido. Le digo hasta la vista. Se los traga todos. Sin hacer muecas. Sin sufrir.

Su sonrisa.

Entonces su cabeza cae de lado, hunde la almohada. Tiene la belleza que todos soñaban para el durmiente de Rimbaud.

La noche, fuera, *aletargada y profunda*.

No sopla viento. Los grillos ya no cantan.

Reina un silencio aterrador, inhumano, cuando las brasas de su aliento se disponen a apagarse.

114

En ese espantoso silencio, la voz de Alexandre resuena de pronto.

Oigo sus palabras, que me habían acogido.

Oigo aquello en lo que él creía, aquello en lo que yo creo ahora, y que trastorna la idea de la felicidad:

–El presente es la única certeza, la única isla posible en el vacío.

Es en él donde todos debemos vivir.

Entonces me convierto en un grito.

115

Corro hacia Olivier.

Le abro la boca. Hundo dos dedos en su garganta, pero no ocurre nada.

Empujo más allá el índice y el corazón. Grito su nombre. Entonces llega una primera convulsión. Una segunda. Y de sus entrañas líquidas y cálidas brotan los comprimidos que debían producir una sobredosis de morfina, según Haytayan, después una parada respiratoria y por último el final.

Vomita un líquido transparente, y de repente pienso en el nacimiento de mis hijos, en el líquido amniótico, saco los dedos de su boca, y él se sigue vaciando, y tal como ocurrió en el caso de Manon y Louis, y en el caso de Léa, ese dolor culmina en un grito, un horror alado, y mis lágrimas oxidadas se mezclan con mi risa y mi risa con mis primeras palabras: no te estás muriendo, Olivier, sigues ahí, sigo aquí, el presente es la vida, y tú sigues en ella, existimos en cada segundo; se enciende una luz en el pasillo, ruido de pasos, rápidos, violentos golpes a la puerta de mi habitación, una voz aterrorizada: ¿va todo bien? ¿Quiere que llamemos a alguien? Y yo chillo con voz de loca, una mujer que emerge de las profundidades, al borde de la asfixia, chillo: ¡pidan una ambulancia, mi marido está vivo, mi marido está vivo!

Su cabeza está posada en mi regazo, ahora le acaricio la frente ardiente, le tiembla todo el cuerpo.

Está acostado, con el dolor a nuestros pies.

Le murmuro palabras que solo nos han pertenecido a nosotros.

Le canto bajito al oído la letra del *Miserere* de Leonora: «Comprobarás que ningún amor sobre la faz de la tierra fue más intenso que el mío».(19)

Lo dejo remontar lentamente hacia el día.

Recuerdo asimismo este verso: «Es demasiado amar cuando uno muere de amor».

Estoy ligada a él, en este amor fuera de la carne, como lo estuvieron Penthesilea, Cio-Cio San, Leonora, Fosca y tantas otras.

Los camilleros entran en la habitación y empieza el baile: unos brazos fuertes levantan su cuerpo, lo tienden y lo atan a una camilla, unas manos le pinchan el brazo, le ponen una transfusión, su boca está cubierta por una mascarilla de oxígeno, su cuerpo por una delgada manta isotérmica, alguien separa nuestros dedos, la piel pegada a la del otro, y Olivier desaparece en el corazón de la oscura coreografía, una voz suave me pide que le repita lo que ha ocurrido –las doce cápsulas de Moscontin, el vino tinto, el vómito provocado–, y luego la voz, grave y cálida, dice que se lo llevan a Draguignan, a la policlínica Notre-Dame, que se llevan también su historial médico, que si tengo coche puedo seguirlos, pero que nada urge, señora, nada urge, lo conducirán al servicio de reanimación, no podrá verlo de inmediato, no antes de mañana, poco antes del mediodía, y de

repente la habitación, como una zona de batalla tras una evacuación, se queda desierta.

116

«En el mismo momento, una trompa sonó muy lejos en el valle.»

117

Los destellos de la luz giratoria. Una estroboscopia fascinante. Las pulsaciones azules de un corazón. La noche eléctrica, con intermitencias. La sirena sofocada en la lejanía.

La ambulancia que se lleva a Olivier se aleja a toda velocidad porque sigue vivo, porque queda una oportunidad, una ínfima posibilidad de alegría; entonces, todas las lágrimas que me ha pedido que me guarde para el día en que realmente las necesite brotan de mis ojos, de mi boca, de las heridas que el cuchillo para pelar patatas ha dejado en mis manos a modo de tatuajes, inundan la habitación, anegan la alfombra, empapan las sábanas, y permanezco largo rato tendida en la superficie de esa agua salada, floto sin luchar, me abandono, ligera por fin, por primera vez desde hace mucho tiempo.

118

Un muerto ha salvado a un hombre.

119

«La cosa duró toda la noche. De vez en cuando, la cabra del señor Seguin miraba las estrellas bailar en el cielo luminoso.»

120

La noche es una lucha. Una danza de guerra.

El amanecer lo deja con vida.

Dentro de unos días será trasladado al centro Antoine Lacassagne de Niza, o al Hospital Universitario de Lille, eso hemos de decidirlo nosotros.

Luego, poliquimioterapia, cuatro semanas en aplasia medular, transfusiones plaquetarias y globulares, medidas antiinfecciosas, aislamiento, confiando en que no sea demasiado tarde, que la médula ósea se regenerará después, que se recuperarán cantidades normales de glóbulos blancos.

Llego a la policlínica a primera hora de la tarde siguiente, con los ojos enrojecidos, afectada, afeada. Café malsano de la máquina. Salas de espera abarrotadas. Revistas de hace meses, hechas jirones; Dios, cómo vuela el tiempo, y cómo de repente te importan un comino los titulares. Voy a verlo cada cuarto de hora, y no veo nada. Solo un entramado de tubos. El blanco de la sábana, como una capa de nieve. La palidez de su frente.

A media tarde aviso a mi madre. Aviso a los chicos. Mi madre... Oh, Señor, mis plegarias no habrán sido en vano, gracias, es una bendición lo que está ocurriendo, Emmanuelle, una suerte reparar el daño que has hecho. Léa solloza diciendo que está muy bien que papá haya cambiado de opinión, que haya decidido vivir, y digo que sí, y entre hipidos se echa a reír y me sumo a ella y nuestras risas son un alborozo. Manon y Louis desean subir al primer tren, pero les digo que es inútil, que dentro de unos días estaremos todos en Lille, y Louis me da las gracias por lo que he hecho, sin que sepa lo que realmente he hecho, y veo en ello el principio de nuestro reencuentro.

No he telefonado ni a Sophie ni a Mimí, imaginarlas en Cavalaire embriagándose, bailando, haciendo el amor, me fascina, y por nada del mundo querría arrojar una sombra sobre su éxtasis.

Han limpiado la habitación Juigné, no queda ningún olor, la menor huella de los horrores de la noche anterior, y en los jarrones, los pensamientos marchitos y descoloridos han sido sustituidos por tulipanes blancos, casi luminosos.

Tengo los ojos secos, ya no me quedan lágrimas y se me antoja que jamás volverán. Me quedo largo rato tendida en la cama, evoco las ostras y el vino, el primer día en que el cáncer formó parte de nuestras vidas, recuerdo los cabellos que Léa dibujó en su cráneo con rotuladores, nuestra caída del escúter, hace tan solo unos días, y su alegre pasmo, que era su último regalo.

Deseo decir que el peso de un muerto se me ha colado en las venas.

Más tarde, la mujer de la limpieza llama a la puerta, no, no necesito toallas limpias, gracias, ni tampoco agua, ni jaboncitos, y mi pena todavía no se ha desgastado, tampoco necesito cambiarla.

Deseo decir que busco el vacío porque me parezco a él.

Más tarde, me quito el pasador que me sujeta la espesa melena, que dejo caer libremente sobre los hombros, me desabrocho la chaqueta del pijama y mi piel, pálida, casi translúcida en algunas zonas, y mis pesados senos, mis aréolas claras, adquieren el color espectral de la luna que se insinúa a través de las cortinas, me bajo los cómodos pantalones de chándal color púrpura, que se deslizan hasta mis tobillos a cámara lenta, y mis piernas, con un movimiento aéreo similar al elegante paso de las garzas, lo dejan tras de mí, como un cuerpecillo despojado, una corona sin reina, una salpicadura de sangre, y estoy desnuda, y cansada, y me miro el bajo vientre de nuevo oscuro, húmedo y cálido, tal como os gusta, como ansiáis devorarlo, me tiendo contra vuestros cuerpos fríos, esas piedras heladas, y me fundo y me duermo entre vosotros.

121

«¡Por fin!, dijo el pobre animal, que ya solo esperaba al día para morir; y se tendió en el suelo con su hermoso pelaje blanco todo manchado de sangre...

Entonces el lobo se arrojó sobre la cabrita y se la comió.»

122

Más tarde, dejo que se desvanezcan las últimas penas; abro la ventana de la habitación Juigné, que da a un parque soleado al que la vida regresa siempre al alba, y grito: ¡un hombre está vivo!

Un hombre está vivo, y yo lo amaba.

123

Desde esa ventana entreabierta.

El viento es apacible. Me acaricia los senos, se desliza por mis hombros. Se

pierde en mi cabello. Tengo el vientre frío.

Es una mañana más en la Tierra. Entre otras mil. Cielo dentado, frisos anaranjados, violetas y amarillos. El canto de un gallo. Una alquería. Humo, como una trenza que sale volando y se despliega. El silencio, y varias cuchilladas en ese silencio, como un motor de motocicleta, muy lejos.

Me despierto, el trueno ha pasado.

Vuelvo a la policlínica a última hora de la mañana.

Su marido, me dice una enfermera, acaba de volver de una nueva resonancia magnética, una nueva tomografía, y su estado es estable, lo que puede, y fíjese que digo puede, precisa, resultar *esperanzador*.

La esperanza de una vida depende en ocasiones de un adjetivo de doce letras.

En la habitación, Caroline está sentada a su lado.

124

—Fue su bofetada. Comprendí que usted lo amaba y que lo había perdido, comprendí que yo lo amaba y no quería perderlo. Manon me ha dicho que quería que lo salvaran.

Entonces estrecho entre mis brazos a esa chiquilla fascinante, apenas mayor que mi hija de más edad, ese torbellino, y le murmuro tu nombre, Alexandre, le digo que eres tú quien lo has salvado, tú quien me has abandonado.

125

Lille, donde los meses van transcurriendo. Donde hasta el verano llega.

Olivier ha vuelto a casa, su sangre narra una historia más grata.

Cuando hace buen tiempo, a veces Caroline lo instala al pie de nuestro viejo manzano, a la sombra de sus amables ramas bajas, y mira a los jugadores de golf a lo lejos como uno contempla el futuro; entonces se aprieta contra él y se estremece al descubrir, conmovida, la gracia y la eternidad del presente.

He vuelto al piso de Sophie, donde de vez en cuando mis hijos se reúnen conmigo a mediodía o por la tarde, el tiempo de compartir una comida, un mimo, una historia. Cine los sábados, o compras, el preciado placer de estar juntos, apaciguados. Luego los acompaño a Bondues, paso un rato con Olivier –

Caroline tiene la delicadeza de dejarnos solos—, y ahora es en el silencio donde recuperamos lo mejor, donde no hay pregunta alguna que plantear porque ambos conocemos las respuestas.

Una tarde, mientras me preparo para irme, Olivier me obsequia con un último agradecimiento, como si pidiera perdón, pero, al contrario que mi padre, él especifica por qué.

—Por no haber cumplido nuestra promesa.

La que nos hicimos a los veinte años y que precisaba que si uno de los dos debía acabar en un cuerpo deshumanizado, el otro tenía que empujarlo delante de un camión o arrojarlo desde lo alto de una escalera, lo que le resultase más fácil.

Entonces, el camino que nos separó para luego volver a reunirnos llega a su fin.

126

Ahora puedo confesarlo. Con suma frecuencia he deseado pegar los brazos al cuerpo, como un ave repliega las alas, y dejarme caer, estrellarme contra el suelo, enmudecer con un ruido apagado.

Pero entonces no habría bailado en el viento. No habría sido la sangre de un hombre.

127

La última escena.

A finales de junio nos reencontramos todos en el *hotel al aire libre* de Mimí, para celebrar la belleza de la vida, decretó ella.

La entrada del camping Pomme de Pin, cerrado a los clientes por dos días, está decorada con placas de roble, arce o abedul, clavadas en los árboles, pegadas a la puerta de la tienda de comestibles, de la freiduría, de las duchas, y en las que el poeta ha grabado máximas inolvidables: «El amor es un canto y ya no tengo voz», «La esperanza es más potente que una bomba atómica», «Tu amor me mata y sigo con vida», «¡En pie! ¡La vida ha comenzado!».

El señor Boghossian, a quien la llegada de Jacques a la vida de Mimí y al

cámping colmó de tristeza, ha permanecido estoico: sabes, querida Emma, yo lo sabía, un día leí los posos del café que le había preparado en el *gezvé*, y que ella se tomó, removí los restos como mi padre me había enseñado a hacer, volqué la taza –a la derecha del asa queda el futuro– y en las figuras de los posos vi unas manos de hombre que no eran las mías, entonces comprendí, me sentí *derdoun*, *derdoun*, triste, triste, pero no dije nada, he conocido con ella mi parte de felicidad, mis volcanes.

Ha dispuesto una larga mesa de banquete, compuesta de una decena de mesas plegables, cubiertas con dos grandes sábanas, vajilla desparejada, olvidada por los veraneantes a lo largo de las temporadas, y dos buenos toneletes de vino, gran reserva tinto y rosado del Château Saint-Martin, tampoco somos unos salvajes. Al otro extremo de la mesa, al lado de Mimí, está sentado un hombre de unos cuarenta años, con un agradable rostro de rasgos armoniosos, unos ojos muy claros, lleva un jersey color calabaza, miro a Mimí fascinada, no me atrevo a creerlo, ella me dirige una sonrisa y asiente despacio con la cabeza, me entran ganas de gritar mi alegría, pero se lleva el índice a los labios y comprendo que todavía es su secreto.

Comida de pícnic, eficaz, pensada para saciar: salchichón, patés, quesos, pero no seáis idiotas, dice alguien, ¡el queso de cabra se está derramando!, verduras para mojar en la salsa favorita de cada cual, queso blanco al curry, mayonesa de cebollino, yogur con cominos, pero ¡joder, que alguien mate a estas avispas!, pan de pueblo para los hombres, chips de colores delicados para las damas, carrusel de postres, licores blancos con el café armenio, ¿no os recuerda al alquitrán? Maurice pide coñac, incluso un armañac añejo, ¿y también mi culo?, replica la anfitriona con grandes carcajadas, pues la verdad es que a mí me apetece, murmura Jacques. Olivier está feliz, y aunque siga sin haber recuperado el peso de antes de la guerra, aunque su hermoso rostro continúe demacrado y pálido, ríe con Jacques, escriben algunas frases fruto del alcohol, Louis se les ha unido y les sugiere palabras más actuales, expresiones más enrolladas, de lo contrario nunca venderás tus trozos de madera, Jacquot, ¿ahora me llamas Jacquot? Caroline cuida de Olivier con sus fascinantes ojos y su corazón de cierva, de vez en cuando lo besa en el cuello, le acaricia la mano, posa la suya en su pierna, y ante cada uno de sus gestos mi marido sonrío, sosegado, enamorado. Más tarde, Maurice propone cantar una de las últimas canciones de Eddy Mitchell, *Quelle chose a changé*, «Algo ha cambiado», y todos protestamos, como borrachines en un bar una tarde de fútbol. Manon se levanta entre risas, tú eres quien debería cambiar, Maurice, ¡cambia de peinado!, la interrumpe Louis, ¡así está muy

guapo!, grita Sophie, mejor prueba con Pharrell Williams, prosigue mi hija, y, para sorpresa general, Maurice entona *Happy*, «*Happy, Happy! Bring me down / Can't nothing*»,⁽²⁰⁾ se produce un momento de gracia, Sophie patalea en su silla como un niño que necesita ir al lavabo pero está demasiado excitado con lo que ocurre para moverse del sitio, oh, mi hombre maravilloso, maravilloso, susurra con los labios húmedos, te adoro, te has quedado con ellos, nuevas risas, silbidos, copas que brindan, y Manon, *conmovida*, le envía un beso con las yemas de los dedos; el señor Boghossian, muy emocionado, con las escleróticas ya rosadas como el vino, pregunta a Léa si querrá casarse con él cuando sea mayor, le promete hacerle descubrir el Aragats y el Porak, dos magníficos volcanes de su país, hacerle degustar el *beurek* y el *khashlama*, beber *dough*, y *Tariri*, y Léa ríe con todo el esplendor de su hermosa infancia, pero ¡cuando yo sea mayor tal vez hayas muerto!, entonces el señor Boghossian se encoge de hombros, un tanto decepcionado, sin duda tienes razón, pequeña, *tver, tver*, las cifras, las cifras, ay, de hecho, no sé contar muy bien, y con manos temblorosas vuelve a servirse una copa llena hasta el borde de rosado del tonelete, y veo, creo que soy la única que lo hace, veo empañarse sus ojos, las cenizas de los volcanes de su país oscurecerle la piel, veo arrugarse su rostro mientras se aleja con paso pesado e inseguro hacia su caravana. Seguimos bebiendo, porque el vino aligera el peso de la vida y permite que las palabras emprendan el vuelo, imprecisas y bellas, como globos que se sueltan. Sophie está borracha y dormita largo rato en brazos de *suhombre*, a quien la mezcla de alcohol ha dibujado y petrificado una expresión alelada, una especie de doble fofo, ceroso, curioso, como los rostros aproximativos del Museo de Cera. El hombre del jersey calabaza cuchichea al oído de Mimí, ella le acaricia las mejillas, le enjuga los ojos de vez en cuando. ¡Qué hermosa es la alegría que se descubre en un rostro!

El embotamiento se impone. La somnolencia se abate sobre todos nosotros. Varias avispas revolotean en torno a los restos de salchichón. Una mariposa se ha posado en el borde de mi copa y Léa tiende los dedos, milímetro a milímetro, pero se escapa, dos alas azules, brillantes, bordeadas de amarillo. Maurice ronca con la boca abierta a pleno sol. Una película de Renoir.

Después, hacia las cuatro de la tarde, Mimí se levanta tan vivamente, como si la hubiera mordido una serpiente, que su silla y Jacques caen a la arena; nos sorprendemos, divertidos, Maurice se sobresalta, ¿qué pasa?, ¿quién es?, ella da unas palmadas y anuncia el programa; después de este festín, Emma nos lleva a la ópera, todos en dirección a la playa, ¡vamos, vamos, despertad! Mis hijos aplauden, Olivier me sonrío, una sonrisa de antes de todo esto, Caroline lo agarra

del brazo con extrema delicadeza, como para un paso a dos, Mimí camina ahora flanqueada por sus dos hombres, con el cigarrillo entre los labios, y toda la pandilla nos ponemos en movimiento, cortejo alegre, tambaleante, partimos hacia la mayor sala de ópera del mundo, donde el señor Boghossian, ahora con los ojos completamente rojos, inquietantes, nos espera con sillas y colchones instalados en la arena, altavoces preparados y varias sombrillas color de anisete, las cuales desmienten a todos aquellos que pretenden que aquí el buen tiempo nunca dura mucho y machacan con que Le Touquet es la sexta ciudad más lluviosa de Francia.

La Traviata.

París, 1850. Un joven de buena familia se enamora de una cortesana. El padre del joven la convence de que rompan. Sin embargo, los sentimientos no se quiebran. Cuando el enamorado vuelve junto a su amada, es demasiado tarde, la tuberculosis ha acabado con ella, muere en sus brazos, no sin antes haber elevado la voz hacia el cielo para cantar su miseria y su alegría.

Su último adiós es precisamente esa palabra: «*Gioia!*».

A veces, la alegría es todo lo que queda.

Llegados al dique, entre Jacques y Maurice levantan la silla de ruedas de Olivier, quien, muy divertido, empieza a saludar a las personas que lo rodean, a la manera de un monarca, con el codo doblado y un movimiento reducido de la muñeca, lo llevan así hasta el borde del agua, Caroline da saltitos de alegría, sus veinte años embellecen el mundo; entonces todos se instalan cómodamente, Mimí besa en la mejilla al señor Boghossian, añade: gracias, Vahé, gracias por todo, y oigo su nombre de pila por primera vez, Vahé, que significa «hombre sombrero», es un adiós, y él lo sabe, lo saben los dos, dice que se siente *yerjanik* por ella, feliz, y le sube el pavo como a los tímidos de los dibujos animados de nuestra infancia, antes de alejarse con paso inseguro y derrumbarse en la arena con la cabeza por delante, y todos nos echamos a reír, con una risa tierna preñada de una indecible humanidad; entonces resumo el argumento de *La Traviata* en pocas palabras; varias personas se acercan y preguntan si pueden quedarse también y escuchar esa pasión triste, esa carne color amaranto, y no tardamos en ser unos cuarenta en la playa, reagrupados en torno a una ópera luminosa y sombría a la vez, una historia de redención por amor y por fatalidad, una historia de mujer perdida, tan novelesca; una mujer que acarrea todo el dolor del mundo, y cuyo desnudo canto y agonía son de una obsesiva belleza y poseen el brillo del perdón.

Ese don tan poco común.

De repente, nos embarga la sensación de que, del rugido del mar y del soplo ligero del viento, las notas de los violines, de los violonchelos, surgen en un ramillete de una elegancia única, casi grave; un silencio absoluto reina entre todos nosotros, los cuerpos dan la impresión de acercarse unos a otros a fin de no estar solos ante tal emoción, luego la música cambia, evolucionando en un aire de vals, un instante más ligero, más gozoso, antes del breve y delicado final, una nube que viniera a posarse en el suelo, antes de la intervención de los instrumentos de viento, que anuncian la del coro, su potencia por fin, casi amenazadora, y luego la voz de soprano de Violetta, la mujer perdida, la mujer machacada, entonces me levanto, paso cerca de Olivier, cuya mano roza secretamente la mía, camino hacia el mar, me alejo, mis pies se hunden suavemente en la cálida arena, mi mente echa a volar, como las notas de Verdi, y de repente ahí están mis hijos, a mi lado, caminamos juntos, con los pies dentro del agua musgosa, en la linde del mundo, avanzamos los cuatro hacia el norte; jugando, Louis salpica un instante a sus hermanas, que sueltan grititos, Manon lo amenaza con colgar en Facebook que se hacía pipí en la cama hasta los seis años, que se chupaba el pulgar hasta los once, etcétera, y se calman; a lo lejos, Violetta canta «Flora, amigos míos, que el final de la noche se vea colmado de júbilo porque estáis aquí»,⁽²¹⁾ conozco el dolor que la espera, resuena y cala en mí, es hermano de mi pena, me estremezco; y Léa empieza: ¿Cómo era Alexandre? Se suma Louis: ¿Le hablaste de nosotros? Y Manon: ¿Le habría gustado conocernos? Y de nuevo Léa: ¿Le gustaban nuestros nombres? Y por fin todos juntos: ¿Crees que nos habría querido, no como papá, quiero decir, pero nos habría querido? ¿Era guapo? ¿Te besó? ¿Olía bien? ¿Te cortaste el pelo por él? Papá estaba triste cuando te fuiste. Decía que estabas más guapa con Alexandre. ¿Habríais tenido hijos? ¿Habría podido irme a vivir con vosotros? ¿Ya habíais elegido una casa? ¿Cuál era su profesión? ¿Adónde fuiste cuando murió? ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Lo echas de menos? Río, me ahogo, pero no lloro, ahora ya no lloro y, sofocada, corro por el agua hacia el horizonte, la falda se me empapa con rapidez, su peso me hace caer, me arrastra hacia el fondo, pero aguanto y empiezo a nadar, mis hijos no tardan en reunirse conmigo en el mar entre gritos, encantados de bañarse completamente vestidos, y nuestras brazadas nos llevan hacia nuestros amigos, más allá, que ahora están cantando: «Bebamos gozosamente de esta copa resplandeciente de belleza»,⁽²²⁾ nuestros amigos que cantan la alegría de vivir, antes de la pena de Violetta, y con la boca cada vez más inundada de agua salada debido a mi torpe modo de nadar, digo a Manon, a Louis, a Léa, les digo que Alexandre fue mi vida, aunque breve,

aunque casi inexistente, les digo que fue mi alegría, mis estremecimientos, mis impudores y mis miedos, que engrandeció mi existencia, les digo que era guapo, incluso más que eso, y que me desmayé cuando murió, y que me perdí, les digo que lo sigo amando, que sigo echándolo de menos, y que no creo que lo supere jamás, pero que esa melancolía resulta hermosa, que constituye el recuerdo de él, y sobre todo su presencia, les digo que vivo en su presencia, que me colma, y que es mi alegría por haber existido, que soy feliz, y Léa es la primera en decir que me quiere, y luego Louis, y luego Manon, me dicen que me quieren, y entonces llegamos a la arena.



[5] Véase la nota [1]. (*N. de la T.*)

Lo que sucedió después, lo que fue de mí, adónde fui, por quién se abrieron o se cerraron mis brazos, por quién lloré y canté, por quién mi piel sintió frío, por qué me latió desbocado el corazón, aquello hacia lo que caminé, qué camino elegí, qué abismos, qué aromas deposité en el hueco de mi cuello, en el corazón de mi *Bósforo de Almásy*, nada de todo ello tiene mucha importancia.

Todo lo que para mí la tenía está aquí.

La mujer que Alexandre descubrió y que entregué sin disimulo y sin mentira, esa que aprendí a amar, pese a su huida, su sorda vergüenza, pese a su cobardía de rana de zarzal, esa mujer que él descubrió en mí es hermosa.

Es todas las mujeres, puesto que es la tentación misma, y su imposibilidad.

Soy a un tiempo la pena y la belleza de la pena.

Alexandre es el deseo sobrecogedor de mi vida. Un deseo tan puro que debería implicar asimismo todos los perdones. Sin embargo, Alexandre no vino a mi vida. Apenas la rozó, quemó sus contornos, prendió fuego a mi ancho vientre, donde no duerme, fuego que nadie apagará ya, hoy lo sé.

—¿Me harás bailar?

—Sí.

—¿Dar vueltas?

—Sí.

—¿Hasta el vértigo?

—Sí.

—¿Me retendrás?

Cuanto yo amaba está aquí, mi carne, mis pecados, mis alegrías, mis hijos, e incluso Olivier y nuestras últimas semanas juntos, que me enseñaron que el amor carece de límites, que soy hija de Pentesilea y de Cio-Cio San, y que la hoja de un cuchillo también puede abrir caminos.

*

Los que nos aman acaban abandonándonos, pero llegan otros.

La cabra del señor Seguin

POR ALPHONSE DAUDET

(1866)

A M. Pierre Gringoire, poeta lírico en París

¡Siempre serás el mismo, mi pobre Gringoire!

¿Cómo, te ofrecen un puesto de cronista en un buen periódico de París y tienes la desfachatez de rechazarlo...? Pero ¡mírate, desdichado muchacho! Mira ese jubón agujereado, esas calzas hechas un desastre, esa cara flaca que vocea hambre. ¡Ya ves adónde te ha conducido la pasión por las rimas bellas! Eso es lo que te han valido diez años de servicios leales en las páginas del dios Apolo... Pero ¿no te da vergüenza?

¡Hazte cronista, imbécil! ¡Hazte cronista! Ganarás tus buenos cuádruples escudos, tendrás un cubierto en Brébant y podrás mostrarte los días de estreno con una pluma nueva en tu gorro...

¿No? ¿Que no quieres? Pretendes seguir libre a tu antojo hasta el final... Pues bien, haz el favor de escuchar la historia de la cabra del señor Seguin. Verás lo que se consigue queriendo vivir con libertad.

El señor Seguin nunca había sido dichoso con sus cabras.

Las perdía a todas del mismo modo: una buena mañana, rompían la cuerda, se iban a la montaña y allí el lobo las devoraba. Ni las caricias de su amo, ni el miedo al lobo, nada las retenía. Al parecer, eran unas cabras independientes, que ansiaban a cualquier precio el aire libre y la libertad.

El bueno del señor Seguin, que no entendía nada del carácter de sus animales, se sentía consternado.

–Se acabó; las cabras se aburren en mi casa, no conservaré ninguna –decía.

Sin embargo, no se desanimó y, tras haber perdido seis cabras del mismo modo, compró una séptima; solo que esta vez tuvo cuidado de elegirla muy joven, para que se acostumbrase a vivir en su casa.

¡Ah, Gringoire, qué linda era la cabritilla del señor Seguin! ¡Qué linda con sus ojos dulces, su barbita de suboficial, sus pezuñas negras y brillantes, sus cuernos anillados y sus largos pelos blancos, que la envolvían como una hopalanda! Era

casi tan encantadora como el cabrito de Esmeralda, ¿te acuerdas, Gringoire? Y además dócil, cariñosa, se dejaba ordeñar sin moverse, sin meter la pata en la escudilla. Un amor de cabritilla...

El señor Seguin tenía detrás de su casa un redil rodeado de espinos. Allí metió a la nueva interna.

La ató a una estaca, en el lugar más bonito del prado, con cuidado de dejarle mucha cuerda, y de vez en cuando iba a ver si estaba bien. La cabra se sentía muy feliz y pacía la hierba de tan buena gana que el señor Seguin estaba encantado. ¡Por fin, he aquí a una que no se aburrirá en mi casa!, pensaba el pobre hombre.

Pero el señor Seguin se equivocaba, su cabra acabó por aburrirse.

Un día se dijo mirando la montaña:

–¡Qué bien se debe de estar allí arriba! ¡Qué placer brincar en el brezal, sin esta maldita cuerda que te despelleja el cuello!... ¡Al burro o al buey ya les está bien pacer en un redil!... Las cabras necesitan espacios abiertos.

A partir de ese momento, la hierba del redil se le antojó insípida. El aburrimiento hizo su aparición. Adelgazó, empezó a escasearle la leche. Daba pena verla tirar todo el día de la cuerda, con la cabeza vuelta hacia la montaña, las ventanas de la nariz dilatadas, diciendo «¡Beee!» con tristeza.

El señor Seguin se daba perfecta cuenta de que a su cabra le pasaba algo, pero no sabía lo que era. Una mañana, cuando acababa de ordeñarla, la cabra se volvió y le dijo en su dialecto:

–Escuche, señor Seguin, en su casa me muero de nostalgia, déjeme ir a la montaña.

–¡Ah, Dios mío! ¡Ella también! –gritó estupefacto el señor Seguin, y dejó caer la escudilla; luego se sentó en la hierba al lado de su cabra y dijo–: Pero ¡¿cómo, Blanquita, pretendes dejarme?!

Y Blanquita respondió:

–Sí, señor Seguin.

–¿Acaso aquí te falta hierba?

–¡Oh, no, señor Seguin!

–¿Quizá estás atada demasiado corto? ¿Quieres que alargue la cuerda?

–No vale la pena, señor Seguin.

–Entonces, ¿qué necesitas? ¿Qué es lo que quieres?

–Quiero ir a la montaña, señor Seguin.

–Pero, desdichada, ¿acaso no sabes que en la montaña está el lobo?... ¿Qué harás cuando aparezca?...

–Le daré cornadas, señor Seguin.

–Al lobo le importan un comino tus cuernos. Se me ha comido a cabras mucho más cornudas que tú... ¿Te acuerdas de la pobre y vieja Reinalda, que estaba aquí el año pasado? Una señora cabra, fuerte y mala como un macho cabrío. Luchó con el lobo toda la noche y finalmente, por la mañana, el lobo se la comió.

–¡Qué pena! ¡Pobre Reinalda! No importa, señor Seguin, déjeme ir a la montaña.

–¡Bondad divina! –exclamó el señor Seguin–, pero ¿qué diablos les hacen a mis cabras? Otra más que el lobo se me va a comer... Pues bien, no, ¡te salvaré a tu pesar, diablillo! Y por miedo a que rompas la cuerda, te encerraré en el establo y te quedarás allí para siempre.

Dicho lo cual, el señor Seguin llevó a la cabra a un establo completamente a oscuras, cuya puerta cerró con doble vuelta de llave.

Lamentablemente, había olvidado la ventana, y apenas hubo vuelto la espalda, la pequeña se largó. ¿Te ríes, Gringoire? ¡Ah, claro!, ya veo: tú estás de parte de las cabras, contra el bueno del señor Seguin. Pues veremos si ahora te ríes. Cuando la cabra blanca llegó a la montaña, hubo una fascinación general. Jamás los viejos abetos habían visto algo tan bonito. La recibieron como a una pequeña reina. Los castaños se inclinaban hacia el suelo para acariciarla con los ápices de sus ramas. Las flores de la dorada retama se abrían a su paso, y exhalaban el mejor aroma de que eran capaces. Toda la montaña la agasajó.

¡Imagina, Gringoire, lo feliz que se sentía nuestra cabra!

No más cuerdas, no más estacas, nada que le impidiera brincar, pacer a su antojo... ¡Vaya si allí había hierba!, ¡hasta más arriba de los cuernos, querido mío! ¡Y menuda hierba! Sabrosa, fina, dentada, compuesta de un millar de plantas... Era algo muy distinto al césped del redil. ¡Y qué decir de las flores! ¡Grandes campánulas azules, digitales color púrpura de largos cálices, todo un bosque de flores silvestres desbordantes de jugos embriagadores!

La cabra blanca, medio achispada, se revolcaba por allí con las patas al aire y rodaba a lo largo de los taludes, en confusa mezclanza con las hojas caídas y las castañas. Luego, de repente, se incorporaba de un brinco sobre las cuatro patas y, ¡alehop!, allá que iba de nuevo, con la cabeza por delante, entre los matorrales y los arbustos, ya fuese por un pico o por el fondo de un barranco, hacia arriba, hacia abajo, por todas partes... Era como si hubiera diez cabras del señor Seguin en la montaña.

Lo cierto es que Blanquita no tenía miedo de nada.

Salvaba de un brinco grandes torrentes que la salpicaban al pasar de polvo húmedo y de espuma.

Entonces, completamente chorreante, iba a tenderse en alguna roca plana y dejaba que el sol la seicara... Una vez, al acercarse al borde de una meseta con una flor de codeso entre los dientes, había divisado al pie, al fondo de la planicie, la casa del señor Seguin, con el redil detrás, lo cual la hizo llorar de risa.

–¡Qué cosa tan pequeña! –exclamó–, ¿cómo he podido aguantar ahí dentro?

¡Pobrecilla!, al verse situada tan arriba, se creía al menos tan alta como el mundo...

En definitiva, fue un buen día para la cabra del señor Seguin. En las horas centrales, corriendo de un lado para otro, se tropezó con un rebaño de rebecos que estaban masticando con ganas una labrusca. Nuestra pequeña corredora con vestido blanco causó sensación. Le cedieron el mejor sitio junto a la labrusca, y todos aquellos señores se mostraron muy galantes. Incluso parece –y que esto quede entre nosotros, Gringoire– que un joven rebeco de pelaje negro tuvo la buena fortuna de agrandar a Blanquita. Los dos enamorados se perdieron en el bosque una o dos horas, y si quieres saber lo que se dijeron, ve a preguntar a las fuentes parlanchinas que corren invisibles entre el musgo.

De repente se levantó viento. La montaña se volvió violeta; era el anochecer.

–¡Ya! –exclamó la cabrita, y se detuvo sumamente sorprendida.

Abajo, los campos estaban anegados de bruma. El redil del señor Seguin desaparecía en la niebla, y de la caseta solo se veía el tejado con un poco de humo. Oyó los cencerros de un rebaño que estaban reuniendo, y se sintió el alma inmensamente triste... Un gerifalte que regresaba la rozó con sus alas al pasar. Se sobresaltó. Entonces sonó un aullido en la montaña:

–¡Auuu! ¡Auuu!

Pensó en el lobo; la muy loca no había pensado en él en todo el día... En el mismo momento, una trompa sonó muy lejos en el valle. Era el bueno del señor Seguin, que intentaba un último esfuerzo.

–¡Auuu! ¡Auuu! –aullaba el lobo.

–¡Vuelve! ¡Vuelve! –gritaba la trompa.

A Blanquita le entraron ganas de regresar; pero al recordar la estaca, la cuerda, la valla del redil, se dijo que ahora ya no podía acostumbrarse a esa vida, y que era mejor quedarse. La trompa había dejado de sonar...

La cabra oyó a su espalda un ruido de hojas.

Se volvió y en la sombra vio dos orejas cortas, muy erectas, junto con dos ojos que relucían...

Era el lobo.

Enorme, inmóvil, sentado en sus cuartos traseros, estaba allí mirando a la cabrita blanca y degustándola por anticipado. Como sabía muy bien que se la comería, el lobo no se daba prisa; solo cuando ella se volvió, se echó a reír con maldad.

–¡Ja, ja!, ¡la cabrita del señor Seguin! –dijo, y se pasó la gruesa lengua roja por los labios enardecidos.

Blanquita se sentía perdida... Por un momento, al recordar la historia de la vieja Reinalda, que había luchado toda la noche para que al final el lobo acabara comiéndosela por la mañana, se dijo que tal vez sería mejor dejarse comer enseguida; luego, tras haber cambiado de opinión, se puso en guardia, con la cabeza gacha y el cuerno hacia delante, como la valiente cabra del señor Seguin que era... No porque tuviera la esperanza de matar al lobo, las cabras no matan al lobo, sino tan solo para ver si podría aguantar tanto tiempo como Reinalda...

Entonces el monstruo avanzó, y los pequeños cuernos entraron en danza.

¡Ah, la valiente cabritilla, cómo embestía de buena gana! Más de diez veces, y no te miento, Gringoire, obligó al lobo a retroceder para recuperar el aliento. Durante esas treguas de un minuto, la muy glotona pillaba de nuevo a toda prisa unas briznas de su adorada hierba; después volvía a la lucha con la boca llena... La cosa duró toda la noche. De vez en cuando, la cabra del señor Seguin miraba las estrellas bailar en el cielo luminoso y se decía:

–¡Oh, con tal de que aguante hasta el amanecer...!

Una tras otra, las estrellas se fueron apagando. Blanquita redobló las cornadas, el lobo las dentelladas...

Un pálido resplandor apareció en el horizonte... El canto ronco del gallo surgió de una alquería.

–¡Por fin! –dijo el pobre animal, que ya solo esperaba al día para morir; y se tendió en el suelo con su hermoso pelaje blanco todo manchado de sangre.

Entonces el lobo se arrojó sobre la cabrita y se la comió.

¡Adiós, Gringoire! La historia que has oído no es un cuento de mi invención. Si alguna vez vienes a la Provenza, nuestros campesinos te hablarán a menudo de «la cabra del señor Seguin, que había luchado toda la noche para que al final el lobo acabara comiéndosela por la mañana».

Lo has oído bien, Gringoire: «Para que al final el lobo acabara comiéndosela por la mañana».

Notas

(1) «No, no, che'io non apprezzo / che te, mio dolce amor / tu sei tutt'il mio vezzo / di tutt'è il mio cor.»

(2) Serge Lama, *L'Esclave*, letra y música de Serge Lama, Universal Distribution – IMS – Mercury – Universal, 1974.

(3) Definición proporcionada por cnrtl.fr.

(4) *Madame Butterfly*, de Giacomo Puccini, libreto de Giuseppe Giacosa y Luigi Illica.

(5) En *Ella, yo y el otro*, película de Claude Sautet (1972), guion de Jean-Loup Dabadie.

(6) Marguerite Yourcenar, *Opus Nigrum*, Alfaguara, 1983.

(7) Eddy Mitchell, *Rio Grande*, letra y música de Claude Moine y Pierre Papadiamandis, Polydor, 1993.

(8) «Quanto è bella! Più la vedo, e più mi piace.»

(9) «Son galante, son sergente; non v'ha bella che resista alla vista d'un cimiero.»

(10) «Si può morir, di più non chiedo.»

(11) Datos de la Facultad de Medicina de Tours.

(12) Jacques Brel, *J'arrive*, letra de Jacques Brel, música de Gérard Jouannest, Barclay, 1968.

(13) «Oggi il mio nome è Dolore. Però, dite al babbo, scrivendogli, che il giorno del suo ritorno Gioia, Gioia mi chiamerò» (*Madame Butterfly*, acto II).

(14) «Prega per chi sotto l'oltraggio piega, / La fronte e sotto la malvagia sorte; / Per noi, per noi tu prega, prega, / Sempre e nell'ora della morte nostra, / Prega per noi, prega per noi, prega.»

(15) Colette, *La Naissance du jour*, Ferenzi et Fils éditeurs. *Al rayar el día*, Argos Vergara, 1982.

(16) Anna de Noailles, «Déchirement», *Revue des Deux Mondes*, t. V, 1903.

(17) Eddy Mitchell, *Pas de boogie-woogie*, letra de Claude Moine, música de Layng Jr. Martine, Barclay, 1976.

(18) Jacques Brel, *Le Moribond*, Philips, 1961.

(19) «*Tu vedrai che amore in terra / Mai del mio no fu più forte*» (*El trovador*, ópera en cuatro actos de Verdi; libreto de Salvatore Cammarano y Emanuele Bardare).

(20) Pharrell Williams, *Happy*, Black Lot / Comumia / Sony, 2013.

(21) «*Flora, amici, la notte che resta d'altre gioie qui fata brillar.*»

(22) «*Libiamo, ne' lieti calici che la bellezza infiora.*»

Agradecimientos

Ante todo, a Karina Hocine, «¿Qué sería yo sin ti sino este balbuceo?».

A Charlotte von Essen, exigente y benevolente, una rima preciosa.

A Philippe Dorey, siempre entusiasta, siempre dispuesto a saltar a su bicicleta, atravesar París, evitar los autobuses locos y aparecer con su franca amistad.

A Éva Bredin, que hace viajar a mis libros por todo el mundo.

Gracias también, y sobre todo, al fabuloso equipo de Lattès.

A Alphonse Daudet, por haber tenido la elegancia de nacer en una época en que se escribían largas cartas.

Al doctor Hagop Haytayan, gran enamorado de los libros, que tan amistosamente me guio en la psicología de mis personajes enfermos. Al profesor Jean-Denis Rain, que jamás se ha mostrado avaro con su valioso tiempo para hablarme del cáncer. Y al doctor Philippe Thomazeau, quien demuestra a diario que el *final de la vida* sigue siendo vida.

A Lee Godden y Mike Dowdall, por haberme hecho descubrir la *Agripina* de Händel una tarde de verano, en el corazón de la muy chic campiña inglesa, y a Morgan Pignard, por haber llevado a mis oídos *El elixir de amor* de Donizetti y *La Traviata* de Verdi, antes de los embelesos en la Ópera de la Bastilla con Dana.

A Michel Chirinian, quien fue la voz del señor Boghossian. *Shnorhagal em, Michel*.

A todos los lectores que llevan más de un año dándome amables tirones de orejas porque he tardado mucho en acabar este libro, y cuya impaciencia y fidelidad suponen un verdadero apoyo.

A mis cuatro hijos, que aguantan la tormenta que los sacude desde hace dos años y que, a través de esta historia, comprenderán hasta qué punto ha habido amor en todo ello.

Finalmente, a Dana, por haberme hecho descubrir, comprender y amar la ópera y, más tarde, la danza, como el emotivo *pas de deux* de *Noche transfigurada*, de Arnold Schönberg, coreografiado por Anne Teresa De Keersmaeker, conmovedora hasta las lágrimas, centelleante, maravillosa... Tú

eres mi fuente de alegría.



MAEVA

Título original: *Danser au bord de l'abîme*

© Éditions Jean-Claude Lattès, 2017

© de la traducción: Rosa Alapont, 2018

Diseño e imagen de cubierta: Opalworks sobre imágenes de Getty Images

© MAEVA EDICIONES, 2018

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

MAEVA defiende el *copyright* ©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-17108-46-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita **nuestra web**

Maeva Ediciones en las redes sociales

